

HOMENAJE

AL

MARQUÉS DE SANTA CRUZ

DE

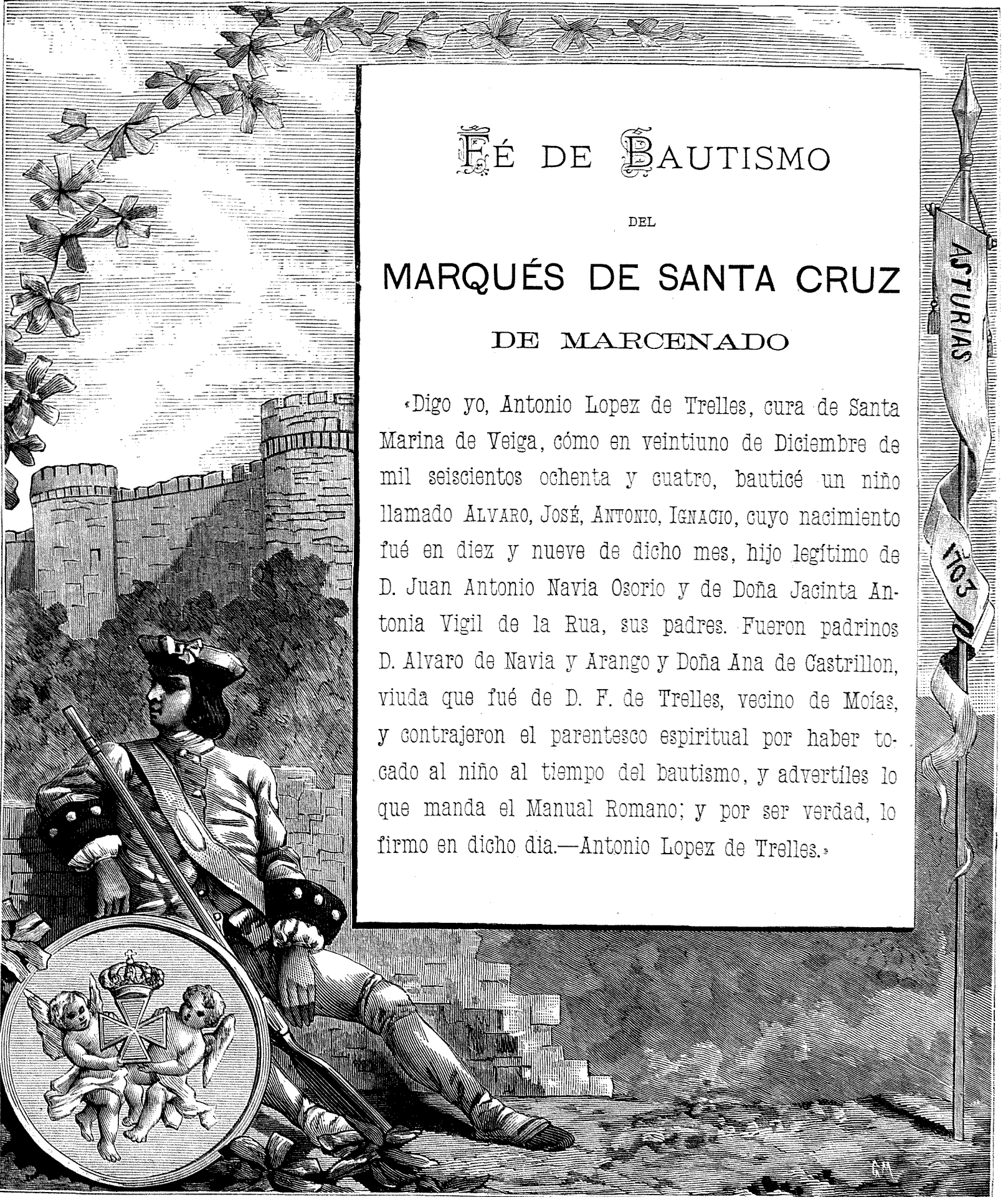
MARCENADO

La Ilustración Nacional

AÑO V

NÚMERO EXTRAORDINARIO

MADRID



FÉ DE BAPTISMO

DEL

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

«Digo yo, Antonio Lopez de Trelles, cura de Santa Marina de Veiga, cómo en veintiuno de Diciembre de mil seiscientos ochenta y cuatro, bauticé un niño llamado ALVARO, JOSÉ, ANTONIO, IGNACIO, cuyo nacimiento fué en diez y nueve de dicho mes, hijo legítimo de D. Juan Antonio Navia Osorio y de Doña Jacinta Antonia Vigil de la Rua, sus padres. Fueron padrinos D. Alvaro de Navia y Arango y Doña Ana de Gastrillon, viuda que fué de D. F. de Trelles, vecino de Moías, y contrajeron el parentesco espiritual por haber tocado al niño al tiempo del bautismo, y advertiles lo que manda el Manual Romano; y por ser verdad, lo firmo en dicho día.—Antonio Lopez de Trelles.»

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Francisco Serrano, Duque de la Torre.
Capitan General.

Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela y Ceballos, Conde de Cheste.
Capitan General y Director de la Academia Española.

Excmo. Sr. D. Eduardo Fernandez San Roman, Marqués de San Roman, Presidente de la Junta Directiva del Centenario.
Teniente General.

Excmo. Sr. D. Antonio Ros de Olano, Marqués de Guad-el-Gelú.
Teniente General.

Excmo. Sr. D. José Ignacio Echavarría, Marqués de Fuentesiel.
Teniente General.

Excmo. Sr. D. Manuel Pavía y Rodriguez de Albuquerque.
Teniente General.

Excmo. Sr. D. José Lopez Dominguez.
Teniente General.

Excmo. Sr. D. José de Reina y Frias, Conde de Oricain.
Teniente General.

Excmo. Sr. D. Juan Martinez Plowes.
Teniente General.

Excmo. Sr. D. Pedro Ruiz Dana.
Teniente General.

Excmo. Sr. D. Manuel Salamanca y Negrete.
Teniente General.

Excmo. Sr. D. José Gomez Arteche.
Mariscal de Campo.

Excmo. Sr. D. Juan Guillén Buzaran.
Mariscal de Campo.

Excmo. Sr. D. Antonio Daban y Ramirez de Arellano.
Mariscal de Campo.

Excmo. Sr. D. Pedro de la Llave y la Llave.
Mariscal de Campo.

Excmo. Sr. D. Eduardo Bermudez Reyna.
Mariscal de Campo.

Excmo. Sr. D. Tomás de Reina y Reina.
Mariscal de Campo.

Excmo. Sr. D. Juan Nepomuceno Servert.
Mariscal de Campo.

Excmo. Sr. D. Angel Alvarez Araujo.
Brigadier.

Excmo. Sr. D. Gregorio Jimenez Palacios.
Brigadier.

Excmo. Sr. D. Miguel de Goicoechea y Jurado.
Brigadier.

Excmo. Sr. D. Federico Ochando.
Brigadier.

Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor.
Excmo. Sr. D. Manuel Pedregal y Cañedo.

D. Luis Vidari.

Coronel Comandante de Artillería, retirado.

D. Emilio Ferrari.

D. Adolfo Llanos y Alcaráz.

D. José María Serrate.

D. José de Siles.

D. Félix Badillo.

D. Antonio de Caula.

D. Cesáreo Fernandez Duro.

Capitan de Navío.

D. Francisco Javier de Salas y Rodriguez.
Capitan de Navío.

D. Pedro Novo y Colson.
Teniente de Navío.

Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.
Coronel de Artillería.

D. Ignacio Salinas.

Coronel de Estado Mayor.

D. Arturo Cotarelo y Valenzuela.

Coronel Teniente Coronel de Inválidos.

D. Leopoldo Cano y Masas.

Coronel, Teniente Coronel de Estado Mayor.

D. Honorato de Saleta.

Coronel Teniente Coronel de Ingenieros.

D. Angel Rodriguez Tejero.

Teniente Coronel, Comandante de Infantería.

D. Cástor Ami.

Teniente Coronel, Comandante de Ingenieros.

D. Carlos de Barutell y Yandiola.

Teniente Coronel de Infantería.

D. José Ignacio Chacon.

Teniente Coronel, Comandante de Estado Mayor.

D. Jacinto Hermúa.

Comisario de Guerra.

D. Pedro Hernandez Raimundo.

Coronel, Comandante de Infantería.

D. Eugenio de la Iglesia.

Coronel, Comandante de la Guardia civil.

D. Federico de Madariaga y Suarez.

Teniente Coronel, Comandante de Infantería.

D. Emilio Prieto y Villareal.

Teniente Coronel, Comandante de Caballería.

D. Arturo Zancada y Conchillos.

Teniente Coronel, Comandante de Infantería.

D. Angel Altolaquirre.

Oficial primero de Administracion Militar.

D. Ricardo Caruncho y Crosa.

Teniente Coronel, Capitan de Caballería.

D. Carlos Cano.

Comandante, Capitan de Artillería.

D. Manuel Diaz y Rodriguez.

Teniente Coronel, Capitan de Infantería.

D. Nemesio Lagarde.

Capitan de Ingenieros.

Sr. D. Domingo Ortiz de Pinedo.

Oficial primero de Administracion Militar.

D. Juan de Madariaga.

Capitan de Infantería de Marina.

D. Manuel Zarazaga.

Capitan de Ingenieros.

D. Cándido Ruiz Martinez.

Teniente de Estado Mayor.

D. Miguel Carrasco Labadia.

Capitan Teniente de Caballería.

D. Emilio Bonelli y Hernando.

Capitan, Alférez de Infantería.

D. Alfonso Ordax.

Teniente, Alférez de Infantería.

Sr. D. Antonio Garcia Bruna.

Empleado del Ministerio de la Guerra.

Un soldado.

19 de Diciembre de 1884.

CRÓNICA DEL CENTENARIO

La circunstancia de salir á luz este número el 19 de Diciembre, contribuyendo su aparición á dar algun realce á la festividad que celebramos en este día, impidenos dar cuenta de las veladas, certámenes y demas actos que se realizan en estos momentos en honor del insigne marqués de Santa Cruz de Marcenado al cumplirse el segundo centenario de su nacimiento.

La idea expuesta por el Sr. D. Luis Vidart, hace seis meses, en las columnas de nuestra modesta Revista, y por nosotros acogida espontánea y desinteresadamente, ha dado sus frutos en manifestacion gallarda, que así honra la memoria del sabio tratadista y valeroso guerrero que dió su vida por la patria, como enaltece al ejército español y á las clases sociales que, respondiendo á la entusiasta excitacion hecha en nombre de una gloria nacional, acudieron á ofrecer su concurso, dando calor y vida al pensamiento, y facilitando medios, sin los cuales las más bellas teorías no logran verse traducidas á la práctica.

La adhesion del Centro Militar á este pensamiento, y la aprobacion del señor marqués de San Roman, tan pronto como le fué comunicado por los señores Vidart y director de LA ILUSTRACION NACIONAL, fué la primera garantía del éxito. La envidiable reputacion que en la república de las letras goza este distinguido general, sus condiciones de carácter y el práctico conocimiento que posee de la sociedad en que vive, prestaron á la idea un poderoso concurso.

Aceptada por él la presidencia de la Comision organizadora del Centenario, desde el mismo momento emprendióse una activa é inteligente propaganda, excitóse el entusiasmo en las clases llamadas por su representacion social á dar sombra y proteccion á estas manifestaciones; congregó el general San Roman en su domicilio á las personas que, impulsadas por su amor á las letras y á las glorias militares, se habian adherido á este pensamiento, y cuando contó ya con suficiente número de adeptos, dispuso celebrar una gran reunion en el Ateneo Científico Literario de Madrid, cuyo local cedió galantemente esta sociedad; y de aquella junta, salió elegida la directiva del Centenario, organizándose inmediatamente en la siguiente forma:

Junta Directiva del Centenario del Marqués de Santa Cruz.

PRESIDENCIA

PRESIDENTE.—Excmo. Sr. Teniente general marqués de San Roman.

ADJUNTOS Á LA PRESIDENCIA.—D. José Navia-Osorio marqués de Santa Cruz de Marcenado.—Excelentísimo Sr. D. Manuel Pavia y Rodriguez de Alburquerque.—Excmo. Sr. Teniente general D. Tomás O'Ryan.—Sr. D. Luis Vidart.—Sr. D. Arturo Zancada.

SECRETARIO GENERAL.—Sr. D. Ignacio Salinas.

SECRETARIOS.—Sr. D. Cayetano de Alvear.—Señor D. Emilio Bonelli.

SECRETARIO ACCIDENTAL.—Sr. D. Leoncio Mas.

COMISIONES

Comision Económica.

PRESIDENTE.—Excmo. Sr. Teniente general don José de Reina, conde de Oricain.

VICEPRESIDENTES.—Excmo. Sr. D. Manuel Pedregal.—Excmo. Sr. D. Pedro Lallave, Mariscal de campo.

VOCAL.—Excmo. Sr. Brigadier D. Manuel Fernandez Ibarra.—Excmo. Sr. Brigadier D. Angel Alvarez de Araujo.—Excmo. Sr. Brigadier D. José Santelices.—Excmo. Sr. D. Cesáreo Fernandez Duro.—Sr. D. Francisco Capdepon.—Sr. D. Adolfo Carrasco.—Sr. D. Julian Suarez Inclán.—Sr. D. Leoncio Mas.—Sr. D. José Centaño.—Sr. D. Luis Garcia Martin.—Sr. D. Castor Amí.

SECRETARIO.—Sr. D. Ramon Lamas y Navia-Osorio.

COMISION DE FESTEJOS

PRESIDENTE.—Excmo. Sr. Teniente general don José Lopez Dominguez.

VICEPRESIDENTES.—Excmo. Sr. General D. Eduardo Bermudez Reina.—Excmo. Sr. D. Emilio Arrieta.

VOCAL.—Excmo. Sr. Brigadier D. Victoriano Atmeller.—Excmo. Sr. D. Joaquin Maldonado Macanaz.—Excmo. Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.—Señor D. Gaspar Lambea.—Sr. D. Juan de Mesa.—Señor D. Pedro Novo y Colson.—Sr. D. Manuel Eulate.—Sr. D. Angel Tejero.—Sr. D. José Ignacio Chacon.—Sr. D. Francisco Lopez Garbayo.—Sr. Presidente de la Gran Peña.—Sr. D. José Fernandez Bremon.

SECRETARIO.—Sr. D. Emilio Prieto.

COMISION DE MONUMENTO

Y OBRAS LITERARIAS

PRESIDENTE.—Excmo. Sr. D. Manuel Becerra.

VICEPRESIDENTES.—Excmo. Sr. General D. Pedro Lallave.—Excmo. Sr. General D. Angel Rodriguez Quijano.—Excmo. Sr. General D. José Coello Quesada.

VOCAL.—Sr. D. Arturo Cotarelo.—Sr. D. Ramiro de Bruna.—Sr. D. Leopoldo Cano.—Sr. D. Augusto Suarez Figueroa.—Sr. D. Angel Rodriguez Tejero.—Sr. D. Francisco Lopez Garbayo.—Sr. D. Eugenio Laiglesia.—Sr. D. Pedro Hernandez Raimundo.

SECRETARIO.—D. Federico Avilés.

COMISION DE INVITACIONES

PRESIDENTES.—Excmo. Sr. Teniente general don Antonio Ros de Olano.—Excmo. Sr. Teniente general D. Pedro Ruiz Dana.

VICEPRESIDENTES.—Excmo. Sr. General D. Carlos Ibañez.—Excmo. Sr. General D. Juan Guillen Buzarán.

VOCAL.—Excmo. Sr. D. Martiniano Moreno.—Señor D. Manuel Eulate.—Sr. D. Augusto Suarez de Figueroa.—Sr. D. Federico Jaques.—Sr. D. Francisco Javier de Salas.—Sr. D. Ramiro de Bruna.—Sr. D. Federico Avilés.—Sr. Director del *Memorial de Artilleria*.—Sr. Director del *Memorial de Ingenieros*.—Sr. D. Ubaldo Romero Quinones.

SECRETARIO.—D. Melchor Pardo.

Como hemos indicado ya, antes de celebrarse la reunion del Ateneo habia dado cuenta el Sr. Vidart de la solemnidad proyectada al Centro Militar, obteniendo de esta Sociedad calurosa acogida. Su digno y cortés presidente, el brigadier D. José Santelices, haciéndose intérprete de tan escogida corporacion, manifestó al punto que ésta se hallaba dispuesta á coadyuvar, por cuantos medios se hallaran á su alcance, á que el acto que se preparaba resultara con el mayor brillo posible, puesto que en ello hallábase interesado el prestigio del ejército, á quien se enaltecia directa y principalmente honrando la memoria del fiel y valeroso soldado que supo inmolarse por su patria ante los muros de Oran.

No hay frases con que encarecer la actividad desplegada por las comisiones en que se subdividió la Junta directiva desde el momento de su constitucion, y el celo é interés demostrado por todos los pertenecientes á las mismas. Véase desapasionadamente lo hecho, y podrá apreciarse algo el mérito contraído, si para este exámen se tienen en cuenta

los ásperos obstáculos que la inercia y el abandono, propios de nuestro carácter, oponen á la realizacion de cualquiera empresa que necesite como factores algun movimiento desacomunado, algo que nos distraiga del plan de vida ordinario, ó que modifique el programa que acostumbramos trazar en la víspera para el día siguiente.

Si hubiéramos de enumerar los pasos dados, las gestiones hechas, el constante trabajo de propaganda realizado por todos y cada uno de los miembros de la Junta, las columnas todas del presente número no bastarian á darnos espacio. Desde el presidente á los secretarios, cada uno en su esfera de accion, han sabido rivalizar en inteligencia, laboriosidad y buen deseo. A todos por igual deben alcanzar los plácemes y las satisfacciones, en justa y honrosa recompensa de sus trabajos.

El temor de hacer pretericion por olvido ó inadvertencia de algun nombre, nos impide rendir aquí tributo á cada uno de los señores que han figurado al frente de esta gran manifestacion, exponiendo sus particulares merecimientos.

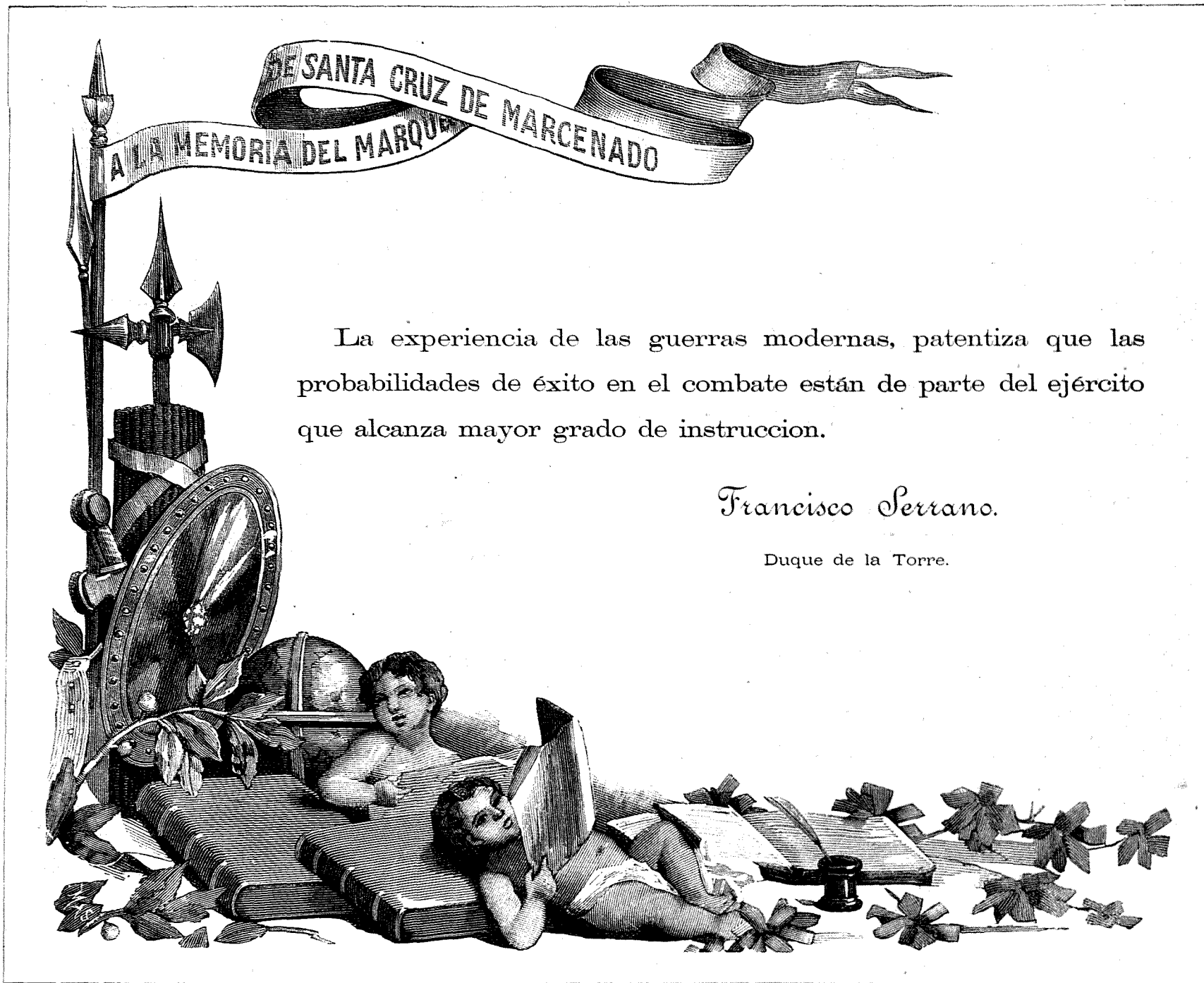
Los que hayan seguido en las columnas de LA ILUSTRACION NACIONAL, puesto que en ellas hemos dado cuenta exactamente, el curso de los trabajos que se encaminaban al fin propuesto, saben que el Centro Militar acordó celebrar un solemne certamen, señalando tres temas; y por medio del grabado dimos á conocer los objetos que la corporacion destinó á premiar los trabajos dignos de esta distincion, á juicio de tres jurados, en que fueron presidentes los generales Ros de Olano, Dabán y Bermudez Reina. Determinó asimismo el Centro Militar solemnizar el centenario con una solemne velada literario-musical el 18 de Diciembre, y facilitar la accion de la Junta directiva, asociándose á ella para la celebracion de la gran velada del día 19 en el teatro Real.

Los premios señalados por el Centro han sido adjudicados: el del primer tema, exámen crítico de las *Reflexiones Militares*, consistente en una pluma de oro y brillantes, al comandante de caballería don Emilio Prieto; el del segundo tema, biografía del marqués de Santa Cruz de Marcenado, y que consiste en una escribanía de plata, al oficial primero de Administracion militar D. Angel Altolaiguirre; y el del tercero, á la poesia inspirada en la gloriosa muerte del caudillo de Oran, que es un bonito juego de escritorio de plata; tambien al comandante señor Prieto, por una oda inspirada en la gloriosa historia del ilustre general.

Han obtenido ademas segundos premios: el oficial de caballería D. Miguel Carrasco, por una biografía; y D. Cándido Ruiz Martinez, teniente de Estado Mayor, por una composicion poética.

La diputacion provincial de Asturias no podia permanecer indiferente ante una manifestacion consagrada á la memoria de uno de sus más ilustres hijos. En aquella region el concepto patrio no se desvirtúa y gasta por las corrientes del positivismo que hoy mueve á las sociedades, y en ella hallan siempre eco y amparo las ideas y los actos que tienden á elevar el prestigio nacional, y á dirigir nuestros pasos por sendas de verdadero progreso. Pais pobre, con su voluntad ha suplido á sus medios; adelantándose á toda excitacion, ofreció su concurso en cuanto tuvo noticia de la solemnidad acordada, y desde este momento no ha perdonado diligencia para coadyuvar al éxito. La diputacion provincial de Asturias, al obrar así, ha respondido á la confianza de sus representados, y deja un ejemplo que en ocasiones análogas no dudamos ha de encontrar imitadores.

En el certamen abierto por la Junta directiva, bajo el tema «Vida y escritos del marqués de Santa Cruz,» no se ha adjudicado el primer premio. La comision nombrada para examinar los trabajos presentados acordó habian merecido mencion honorífica los de los señores D. Máximo Fuertes Acevedo, D. Javier de Salas y D. Juan de Madariaga; y teniendo sin duda en cuenta que lo breve del plazo ha debido contribuir á que las Memorias no cumplieran con las condiciones señaladas en el concurso, ha dispuesto prorogar el certamen, concediendo el tiempo



La experiencia de las guerras modernas, patentiza que las probabilidades de éxito en el combate están de parte del ejército que alcanza mayor grado de instruccion.

Francisco Serrano.

Duque de la Torre.

que necesariamente requiere la preparacion y ejecucion detenida de esta clase de obras.

El programa de los festejos no sería ya oportuno insertarlo aqui. Con pequeñas modificaciones, es el mismo que en nuestro número anterior dimos á conocer, y desde luego podemos hacer la afirmacion de que estas fiestas revestirán la mayor importancia, dados los elementos de que se ha echado mano, y la concurrencia de un público tan distinguido como numeroso, presidido por SS. MM.


La funcion religiosa de Atocha, la velada en el teatro Real, las del Centro Militar y Ateneo y la gran retreta, constituyen el conjunto de los festejos. La seriedad y la esplendidez son los caracteres distintivos que han procurado dar á estos actos, tanto la Junta directiva del Centenario como las corporaciones asociadas al pensamiento. La gran marcha de *El Profeta*, ejecutada por todas las bandas de música de la guarnicion, bajo la direccion del maestro Barbieri, no podrá menos de haber causado en el público el mismo agradable efecto que nos produjo á nosotros cuando la oimos ensayar. Ha sido ésta una idea feliz, por lo que merece ser aplaudido el ilustre compositor. La parte musical de la gran velada ha sido organizada por el apreciabilísimo y popular maestro Arrieta, que en la eleccion de las piezas ha puesto de relieve su talento y buen gusto.

S. M. el Rey, dando su aprobacion á esta solemnidad y costeando la magnífica funcion religiosa

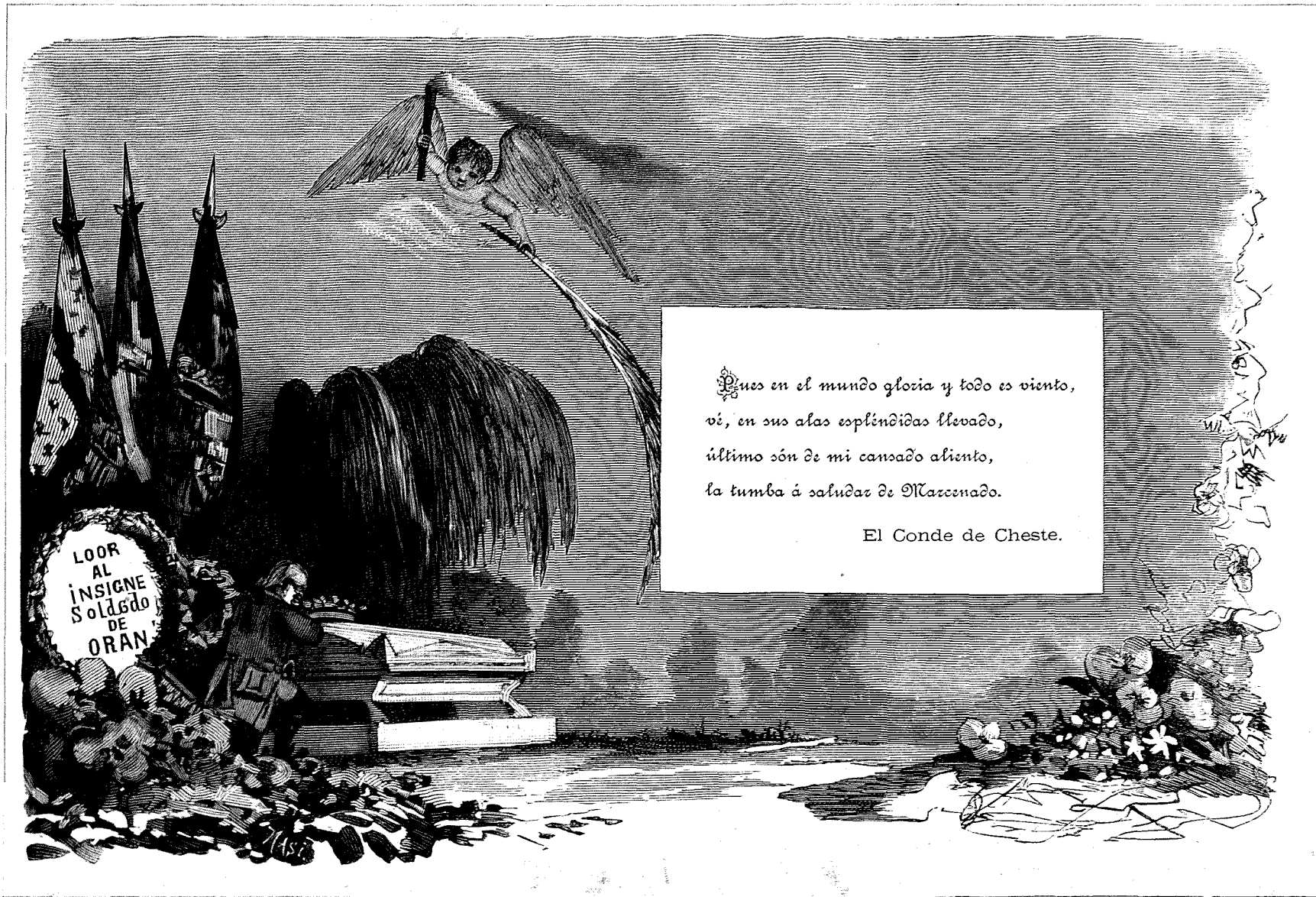
de Atocha, contribuyendo ademas con su peculio á costear los gastos, ha demostrado una vez más su interes constante en promover y patrocinar toda manifestacion de vida en la sociedad militar, y el culto que su alma rinde á nuestros grandes caracteres históricos. El ejemplo del jóven Monarca ha sido imitado por el Estado Mayor general, por las clases todas de la milicia, por muchas ilustres corporaciones y personalidades del órden civil, haciendo palpable que, en medio de nuestro abatimiento, hay aún ideas capaces á mover la opinion y borrar las diferencias que nos separan, fundiéndonos en una accion comun, de la que puede esperarse un próximo renacimiento.

LA ILUSTRACION NACIONAL, que se honró al dar asilo cariñoso al pensamiento del Sr. Vidart, y que no ha cesado en sus tareas de propaganda hasta verlo realizado, da hoy término á su mision, ofreciendo á sus favorecedores este número extraordinario, en el que coadyuva á la solemnidad consagrada al inmortal autor de las *Reflexiones Militares*; y al rendir este tributo, creemos un deber expresar el público testimonio de nuestro reconocimiento á los distinguidos colaboradores de este número que, asociándose á nuestra tarea, han avalorado el homenaje que rendimos á un bizarro soldado y escritor ilustre.

LA REDACCION.

UÉ D. Alvaro Navia-Osorio, un soldado heróico, de obra y de consejo; discretísimo diplomático y gran tratadista de milicia. Ensálzale la posteridad, no ya por sus méritos de guerrero, ni por su ciencia en las artes de la política; téjele coronas de oro por su libro; las de laurel, bien que regado con toda su sangre, son, por lo visto, más perecederas en este mundo caduco. Las armas y las letras abrazadas forman, con todo, el pedestal á su fama.

Poco avisado será quien crea en el renacimiento del antiguo espíritu militar de nuestro ejército, mientras que la sociedad española no se repose para que la sabiduría y la disciplina constituyan el nervio de la pública administracion y del verdadero progreso; pero no desmayemos, aún cuando no veamos los que vivimos la tierra de promision; pongamos sobre nuestras cabezas el inmortal libro; consultado en el corazon del hombre y leccion preciosa de un gran maestro en el oficio de la guerra, servirá, en tanto dure y rija la especie humana, de firmísima y robusta columna para re-



Pues en el mundo gloria y todo es viento,
 vi, en sus alas espléndidas llevado,
 último són de mi cansado aliento,
 la tumba á saludar de Marcenado.

El Conde de Cheste.

construir en todos tiempos, sobre la base del honor, el estado militar de nuestra patria querida.

¡Gloria inmarcesible al marqués de Santa Cruz de Marcenado!

EL MARQUÉS DE SAN ROMAN

PRESIDENTE DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL CENTENARIO

Diciembre 19 de 1884.

A continuacion insertamos una breve, pero curiosa biografía del marqués de Santa Cruz de Marcenado, escrita por su íntimo amigo D. Melchor de Macanaz, aquel célebre ministro de Felipe V que fué, en un periodo de visible decadencia, ornamento de las letras patrias, celoso, inteligente y probo administrador, economista insigne y honor del suelo español, por todas estas nobilísimas condiciones, á que unió la firmeza de carácter y la fé de principios que distingue á los espíritus verdaderamente elevados, sin que las asechanzas y persecuciones de un partido, por todo extremo intolerante, amenguaran sus bríos ni doblegaran su firmísima voluntad.

El documento á que aludimos, que figura en el archivo de aquel hombre ilustre, nos ha sido facilitado, con otros que se insertan en este número, por su sucesor el Excmo. Sr. D. Joaquin Maldonado Macanaz, que es uno de los primeros que en el siglo actual se han ocupado en poner de relieve, por medio de una notable biografía, el valor militar y literario del autor de las *Reflexiones Militares*.

Al rendir al Sr. Maldonado Macanaz este tributo de reconocimiento en nombre de las clases militares, le ofrecemos tambien el testimonio de nuestra gratitud por la deferencia que nos ha dispensado, poniendo á nuestra disposición su notable archivo

histórico, contribuyendo así al brillo de la solemnidad que se celebra en honor del marqués de Santa Cruz de Marcenado.

BREVE NOTICIA DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ

D. Alvaro de Navia y Osorio era natural del principado de Asturias, y poseedor de estas dos casas ilustres; sus ascendientes tuvieron hospedado á San Francisco de Asís cuando estuvo en el principado, y le fundaron un convento, y el Santo, al marchar, les escribió una carta en que les decía «que por la caridad que con él y sus religiosos habían tenido, Dios perpetuaría su posteridad;» y se ve hasta hoy cumplida la profecía, pues no ha faltado en ella la sucesion de varon; y hoy día conserva su casa esta carta original como una preciosa reliquia. Los Osorios, marqueses de Astorga y grandes de España, traen su descendencia de la misma casa, que en la Historia se ve cuánto se señaló en la guerra contra los moros; pues sirvieron á los Alfonsos y Fernandos con tal empeño, que uno de los Alfonsos, yendo contra los moros á la parte de Portugal, se hospedó en casa de Alvaro Osorio y le sirvió la comida en platos de madera que llaman *horteras*, y sabiendo el Rey que esto venia de haber vendido su plata para mantener sus gentes en la guerra, le dejó parte de la suya, y acabada la campaña volvió el Rey á pasar por su casa y se le sirvió la comida como ántes, porque tambien habia vendido la plata que el Rey le dió, y por esto le quedó el sobrenombre de *don Alvaro Osorio, el de las horteras*.

La madre del marqués era hermana de D. Antonio Argüelles, que fué gobernador del Consejo de Castilla y gentil-hombre de Cámara del difunto rey Carlos II, y de una de las primeras familias de Asturias.

Él era vizconde del Puerto, marqués de Santa Cruz de Marcenado, señor de la villa y puerto de

Navia y otros lugares. El rey D. Felipe V pidió al principado de Asturias, como á todos sus reinos, gente para la guerra. El principado de Asturias tuvo su junta para ello y acordó levantar un regimiento de infantería, y con la facultad que el Rey le dió de elegir los oficiales, eligió por coronel al marqués, entonces vizconde del Puerto, de edad de diez y ocho á diez y nueve años, que ni aún habia acabado de estudiar la retórica; sirvió en la guerra del reino de Valencia con gran distincion, y luego que se tomó la ciudad de Tortosa, mandando las armas de las dos coronas el difunto duque de Orleans, se le envió con su regimiento á Sicilia, donde sirvió con igual acierto en la quietud de aquel reino.

De allí se le pasó á la recuperacion del reino de Cerdeña, á donde luego que fué recuperado, se le dejó por segundo comandante, y muy en breve le dejó todo el mando el que lo era, por ver su gran mérito, y lo conservó hasta que por el tratado del año de 1721, hecho en fuerza de la Cuádruple Alianza, las armas de España hubieron de evacuar aquel reino; y el Rey, conociendo los grandes talentos del vizconde, le envió por su enviado extraordinario á la corte de Saboya, estando ya graduado de mariscal de campo, en donde se mantuvo hasta el año de 1727, que el Rey le nombró por su segundo plenipotenciario y embajador extraordinario á la corte de Francia y al Congreso de Soissons. Vittorio Amadeo, duque de Saboya y rey de Cerdeña, hizo tanta estimacion del marqués por sus raros talentos y méritos, que hasta los cuidados domésticos de mayor confianza los consultaba con él como si fuera su padre ó su hermano.

En Noviembre de 1727 llegó á Francia con los empleos dichos, y como sus obras le habian hecho célebre en la república literaria, como su espada en la escuela de Marte, se llevó desde luego la atencion del ministerio y de todos los hombres ilustres de la Francia; y tan conocido fué por su amabilidad, su verdad, su rectitud y desinterés, su virtud

y singular aplicacion al mayor bien y á la mayor gloria de las dos coronas, que hasta el menudo pueblo le llegó á amar tan tiernamente como lo manifestó en su ausencia, en la que sintió que se le hubiese enviado á Ceuta, y lo que le afligió la desgracia de su pérdida en Oran; pues todos vimos que desde el Rey Cristianísimo hasta el último de sus vasallos, sintieron esta gran pérdida.

Era de mediana estatura, pero muy proporcionada, más gordo que flaco, de hermoso rostro, de gran prontitud en discurrir; sus dichos, célebres en las conversaciones y aún en los negocios más árdios, podrían llenar un gran volumen; su cólera era grande, pero aún era mayor su prudencia y su bondad, pues aún con un doméstico, el último de su casa, á quien en la cólera le hubiese dicho una palabra descompuesta, de allí á un instante le pedía perdón, con un aire tan noble, que hacia ver á todos que no era capaz de ofender á ninguno, ni darle materia para dudar de su buen corazón.

Los once tomos de sus *Reflexiones Militares*, que el último lo escribió y dió á la luz pública en París, nos dan á cada paso una continuada prueba de su vasto ingenio y estudio, así como de su buen corazón, pues en todo se le ve inclinarse al bien, á la equidad, á la misericordia, á la caridad, á la justicia y al amor al prójimo, y no le quedó que discurrir para que en la guerra se conservase la vida del soldado, y para que en la paz gobernasen los generales y demas cabos como padres caritativos, y nunca como jueces severos. Estas obras, traducidas en francés, nos dicen las noticias públicas que se imprimen en Holanda, pues él las publicó en la lengua española. Tenía intento de continuar hasta 20 tomos, y ya dispuesta la materia para los nueve que le faltaban y comenzado el 12, así como otra gran obra, la *Historia de los tratados de paz de España*, cuyos materiales también juntó, y de los archivos de España se le enviaron, de orden del Rey, copias fieles de los originales que se llevó; y sabemos que trabajó en esta obra, pero ignoramos lo que dejó ya coordinado y puesto en forma.

Al ver el tomo XI de sus *Reflexiones Militares*, todos se persuadirán que conocía perfectísimamente las monedas y que era consumado aritmético; y con todo eso, en sus manos apenas las conocía, y hacia poquisima estimacion de ellas, y sin el singular ingenio de la marquesa, hubiera vivido á discrecion de sus domésticos. Él nos dejó en Francia un maestro armero y otro de fundicion, á quienes enseñó á hacer pistolas ordinarias que, con ménos pólvora, tienen aún más alcance que un fusil; fusiles que alcanzan tanto como un cañon de artillería, y cañones de pié y medio, de artillería, que alcanzan más que las piezas de 24, y con ménos pólvora; y como éstos, nos dejó otros muchos secretos raros, hijos de su grande ingenio, y no fué corta prueba la de la célebre fiesta que el Rey su amo le confirió, que se ejecutase en París, en alegría del nacimiento del Delfín, cuya decoracion y suntuosidad se debió á su cuidado.

El Rey su amo, deseoso de servirse de él cerca de su persona, le llamó y envió en su lugar al marqués de Castelar, secretario del despacho de la Guerra. A principios de 1731 hizo su viaje, sin que se lo impidieran los rigores de los grandes hielos que hubo. El Rey lo recibió con indecible gozo, y desde luego le destinó para ministro cerca de su persona; los que gobernaban entónces, temían su rectitud é integridad, y con arte sacaron que el conde de Charny, que mandaba en Ceuta, pasase á mandar los 6.000 españoles que hay de guarnicion desde entónces en las plazas de Toscana, y que fuese á Ceuta á servir en interin el marqués de Santa Cruz, lo que se dispuso sin dejarle volver á ver al Rey, en que se vió claro cuánto temían los del mando que el Rey no le dejase marchar.

Apénas hubo estado un año en Ceuta, cuando se le nombró para ir á la expedicion de Oran y se le dió el grado de teniente general, y luego que se tomó la plaza se le encargó el quedar de comandante de ella y de aquellas fronteras. Véanse las noticias públicas de este tiempo.

Casó tres veces, y de todos tres matrimonios ha

dejado cinco hijos y cuatro hijas. El primogénito, casado en Asturias con una señora de la primera nobleza; una hija casada en Galicia con uno de las primeras casas de aquel reino; otra en Valencia con un sobrino de Perellós, gran maestro de la orden de San Juan, antecesor al que ahora hay; de los seis restantes, el mayor está baldado de todos sus miembros, y de los otros cinco, que son del tercer matrimonio, el mayor, que es D. Lucas, no tiene aún doce años; D. Victorio, que le sigue, nació en Turin y le sirvió de padrino Victorio Amadeo, duque de Saboya, rey de Sicilia, y allí tuvo otra niña. En París tuvo el último niño, y cuando murió en la batalla con los moros, dejó á la marquesa próxima á parir; y así, de vuelta á España, parió en Cádiz una niña. La marquesa es hija del teniente general D. Estéban Villetti, que ha muerto en el Consejo de Guerra, habiendo sido tan gran general como ministro; fué de las primeras familias de Aragon, de la parte de la Ribagorza.

MELCHOR DE MACANAZ

Suelen brotar más chispas de ideas de los cascos de los caballos de algunos Atilas, que de los cerebros enfermizos de muchos tribunos.

En la cuadra de un cuartel, en algunas ocasiones palpitan más sentimientos de honor, de valor y de virtud, que en muchas aulas de filosofia moral.

CAMPOAMOR.

SONETO

Del fértil seno de la madre España
Nace el altivo Tajo en breve cuna,
Y creciendo con rápida fortuna,
Ceden los pinos á su adusta saña,

Si rompe cerros, si florestas baña,
Rio es el Tajo; su corriente es una,
Sea en la vega anchisima laguna,
Sea sierpe que enrosca la montaña.

Miradle en Aranjuez, en los verjeles;
Vedle desde la cántara extremeña;
Contempladle al llegar al Océano...

Que así del alma, en cándidos rieles,
La idea brota, y rauda se despeña,
Rio caudal del pensamiento humano.

ANTONIO ROS DE OLANO.

Las naciones que posean «grandes caracteres» serán siempre felices, disfrutarán constantemente de la paz, y prosperarán y se engrandecerán en todos sentidos.

Los hombres dotados de *gran carácter* honran á su patria, se sacrifican por ella en todas ocasiones. Son desinteresados y adversarios de la adulacion y de la servidumbre; no descienden jamás á nimiedades, y ocupan siempre sus condiciones intelectuales—que, por lo bien empleadas, producen mejores y más prácticos resultados que las más grandes capacidades, extraviadas por las ambiciones personales é intereses mezquinos,—en asuntos y empresas elevadas que tengan relacion con los intereses generales de la patria, de la carrera que profesan, y de las misiones que se les confien.

Los enemigos más encarnizados de los «grandes caracteres,» son todos los que no conciben que éstos puedan existir; y los que más enérgicamente los desprestigian, son los *charladores*, perturbadores de oficio y gangrena de la sociedad.

¡Desgraciado país que no tenga «grandes caracteres» y entregue la direccion de sus destinos á esa raza de *locuaces*, que se conceptúan «hombres de Estado» con privilegio á ocupar toda clase de puestos sociales, y á gobernar, porque únicamente nacen con memoria, tienen el dón de la palabra, y adquieren osadías parlamentarias!

Los países entregados á «la elocuencia,» son desdichados: se hallan constantemente perturbados, y no constituyen nada estable ni sólido.

MANUEL PAVÍA.

Los ejércitos deben aspirar, por su ilustracion, á representar mejor la grandeza que la fuerza material de los pueblos.

J. LOPEZ DOMINGUEZ.

Rindese culto en la presente época á los intereses materiales, y á su mejoramiento atienden los Gobiernos; ciertamente que no deben olvidarse, pero preciso es, si los ejércitos han de responder cumplidamente á su difícil mision, que es de gran importancia á sus intereses morales, y nada conducirá con más acierto á este fin que una práctica constante de la sábias máximas del ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado. Enaltecer su memoria es deber de cuantos formamos la familia militar, y deber no exento de egoismo, pues nos honramos al honrar su nombre.

JOSÉ DE REINA Y FRIAS.

Espiritu militar y de union entre las clases, con mutuo respeto y cariño, garantizarán el porvenir del ejército.

MANUEL SALAMANCA.

Pocos son los hombres dignos de pasar á la posteridad. Pero es tal la condicion humana, que se estudia con más admiracion á los que causaron grandes males, que á aquellos que realizaron grandes bienes en pro de la humanidad.

Por esto se habla con más entusiasmo del destructor de un imperio, que de aquel que lo fundó ó lo engrandeció.

Los hombres que no han sido ilustres en la paz ni en la guerra, y que no son conocidos ni por sus vicios ni por sus virtudes, no nos presentan ningun ejemplo en su vida que citar ni que seguir, y por eso no merecen que se les consagre ningun recuerdo.

La Historia es un testigo que refiere las acciones de los hombres. El único medio de que la Historia nos dedique una página, es hacernos dignos por nuestros hechos, por nuestro saber ó por nuestro valor, de la consideracion, del respeto, del cariño y de la admiracion de nuestros contemporáneos.

EDUARDO BERMUDEZ REINA.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ

Nació de estirpe encumbrada,
nutrióse en labor que abruma;
si combatió con la pluma,
civilizó con la espada.
A su nacion asombrada
dejó un monumento en pié;
vivió de ciencia y de fe,
murió por patria y por gloria.
¡Feliz aquel cuya historia
tan grande y tan breve fué!

E. FERRARI.

Á LA MEMORIA DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ

DE MARCENADO

La fama de tu historia duda, en suma,
Si se cortó tu pluma con tu espada,
O se templó tu espada con tu pluma.

No recuerdo qué panegirista concluyó así un soneto laudatorio de cierta obra militar; pero entiendo que dichos versos cuadran muy bien al célebre marqués á quien estos renglones dedicamos, salvo que de él no cabe en rigor la duda del poeta, pues tenemos certidumbre de que aquí no tiene lugar la disyuntiva, y ambas cosas debieran ó pudieran suceder, como el poeta dice, y no se crea que es absurdo *templar hojas de espada con cañones de pluma*, pues sabido es que los antiguos fabricantes de aceros en las cajas de cementacion ponían barras de hierro mezclado con carbon y materias ricas en azoe, tales como raspaduras de asta y otros objetos, como, por ejemplo, dichas plumas.

Cierto es que las que sirvieron para templar la espada del Marqués no pudieron emplearse después para escribir; mas con su dicha bien templada espada pudo cortar otras para continuar sus científicos trabajos.

Ense el aratro era el lema del mariscal Bugeaud, significando con él sus aficiones militares y agrícolas: *ense et penna*, esto es, «con la espada y con la pluma,» pudo ser muy bien el lema de nuestro marqués.

Vivió escribiendo y peleando, y de él puede decirse con Ercilla:

«Armado siempre, y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza.»

Deseando corresponder á la atenta invitación que nuestro amigo el director de LA ILUSTRACION NACIONAL nos ha hecho en carta recibida ayer, para escribir algunas líneas destinadas al número extraordinario que piensa publicar de su acreditado periódico; y sabiendo que es menester quede esta noche en sus manos nuestro trabajo, si queremos vea la luz pública, ponemos mano á la obra, y apremiados por la escasez tan extraordinaria de tiempo, nos ocuparemos del lema que en nuestro sentir puede llevar la espada que empuña la estatua que se erija á la memoria de nuestro célebre escritor y militar.

Tal estatua deberá llevar otra leyenda en su pedestal, escrita en estilo lapidario, que vale tanto como conciso, pues la concisión es dote de la elegancia, la cual en epigrafía consiste en que una grande idea se encierre en brevísima forma.

No pretendemos tanto; esto es, no nos ocuparemos del pedestal, mas la leyenda de la espada es ménos importante que la de éste, y aún ménos visible para los espectadores. Así, pues, encontramos sumamente cómodo, para salir de nuestro compromiso, tomar algunos lemas de los que coleccionamos y dedicamos á los alumnos de artillería en 1880, en folleto casi desconocido; puesto que la Academia sólo lo imprimió para aquéllos.

Extractemos, pues:

«Templóse en Tajo esta hoja,
Y dando tajos, tu honra.

«En Tajo se templan armas,
Y dando tajos, las almas.»

El retruécano y el jugar del vocablo era muy propio de lemas y notas en espadas y en escudos nobiliarios, aún en tiempo del marqués.

«Nacen, donde un valiente rinde el alma,
Mirto, ciprés, laurel, olivo y palma.

«La ciencia sin valor, no da victoria;
De la union de las dos nació la gloria.

«Del infante español la bizzarria
Europea hizo la voz «infanteria.»

No es hiperbólico este aserto, pues sabida es su exactitud, como narran los tratadistas.

En mi citada coleccion, para desagrar al lector de lo inculco de mis versos, trasladaba bastantes de los enérgicos de Ercilla, é insiguiendo en la misma idea de desagrar, escojo ahora algunos pertinentes á nuestro asunto, tomados también del celebrísimo poeta militar citado.

Véanse, pues:

«Partid, que á los honrados vida honrada
Les conviene, ó la muerte acelerada.»

Paréceme este lema un buen recuerdo de la salida de Oran, en que murió el noble marqués.

«Se ganan fama, prez, honor y gloria,
Haciendo cosas dignas de memoria.»

Commemoracion de su laboriosa vida y de su gloriosa muerte.

«¡Cuán breve es el suspiro de la muerte,
Que pone fin y límite á la suerte!»

¡Qué bien vendría este lema, si el escultor representase moribundo á nuestro laureado, asido, por

ejemplo, á una pieza de batalla que se suponga acompañó á las tropas que de Oran salieron!

«Noticia de tu fama eternamente
Corra de lengua en lengua y gente en gente.»

Aquella nuestra Memoria, de donde entresacamos los copiados lemas, la concluimos expresando que, siendo tan hermosos como se deja ver los de Ercilla, debíamos suprimir los anteriores nuestros; pero que no lo hacíamos, porque bien está que un cuadro tenga luces y sombras. Y puesto que de armas tratábamos, recordábamos también que el sublime loco, hijo de la fantasía de Cervantes, á pesar de haber despedazado, á impulso de una cuchillada, la celada que fabricó de cartones, hizo después otra de lo mismo, pero fortalecida con unas barras de hierro, y á la que, sin nueva prueba, diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Sirvanos, pues (añadíamos entonces y ahora), Ercilla de padrino, y *barrasadas* con sus máximas, encuentran paso las nuestras, que, en último resultado, se dirigen todas al bien entendido culto de la espada.

¿Qué otro objeto mejor que ella (concluimos) simboliza el honor, el deber y la gloria militar? ¿No está mandado que todo hombre de guerra la lleve constantemente? Y, en efecto, la lleva hasta en la muerte.

En las recónditas capillas de nuestros templos góticos véanse con frecuencia, sobre mármoles sepulcros, estatuas yacentes, que representan guerreros batalladores durante su vida, y que hoy, esperando el día de la resurrección, duermen el sueño de la muerte abrazados á sus espadas ó bracamartes.

Pero concluyamos: tiene otra vez la espada la palabra:

«¡Mientras vivas, mi brillo sea tu luz!
¡Si espiras en la lid, besa mi cruz!»

¡Luz fué del marqués de Santa Cruz el brillo de su espada, y el puño de ella debió besar en sus postimerías, recordando que la Cruz Santa era el título nobiliario de su marquesado!

PEDRO DE LA LLAVE.

15 Diciembre 1884.

DON ÁLVARO DE NAVIA-OSORIO

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

Honra del pueblo astur, sintió en la cuna,
Con alientos de honor, fe de soldado;
Y estadista, escritor, hombre de Estado,
A ser llegó sin inmodestia alguna.

No se arrastró á los piés de la fortuna.
Por la ambición ó el ocio encadenado;
Luchó con gloria, y trabajó inspirado
La obra que aún vive, sin rival ninguna.

De hábil adquirió lauro, y de prudente,
Cuando, en extrañas cortes, la grandeza
De su patria, con él, irguió la frente.

Coronó muerte de héroes su nobleza,
Y, al pié de Oran, arrebató inclemente
El bárbaro enemigo su cabeza.

TOMÁS DE REINA Y REINA.

LA ENTRADA EN LA LÍNEA

¿De dónde vienen y qué fueron el pensador y flemático alemán, el industrioso inglés, el arrogante español, el ingenioso francés, el aristocrático austriaco, árbitros hoy, por su cultura, del mundo entero?

Fueron allá, en los últimos confines de la europea historia, el bárbaro Tracio que se pinchaba sus carne y marcaba su cuerpo; el irlandés antropófa-

go, que devoraba sus deudos y parientes; el galo salvaje, que inmolaba víctimas humanas; el impúdico breton que andaba desnudo; el brutal escandinavo, que se emborrachaba bebiendo en los cráneos de sus vencidos enemigos.

Maravillosa metamorfosis que por prodigiosa y moderna inducción científica nos ha revelado la Historia. Si, la Historia, que como *hecho* es la transformación y desarrollo del espíritu humano, tal cual se manifiesta en sus dobles relaciones sociales y con el Estado; que como *ciencia*, es la inteligencia de ese desarrollo, y que, como *arte*, es su reproducción por medio de la palabra.

Mas para la realización del milagro que la Historia nos denuncia; para trazar esa *mágica línea* que, arrancando en la barbarie, termina en la civilización positiva, han sido precisos *jalones* que marcaran al espíritu humano su camino.

Esos jalones fueron, son y serán los grandes caracteres, los grandes pensadores, los insignes capitanes, los héroes, los mártires de la fe y de la ciencia; en una palabra, los *predestinados* á la realización del milagro.

En el inmenso laboratorio químico de la Historia se han ido acumulando y combinando la sangre de los mártires y de los héroes con el fósforo de los sabios, y por su virtud, y con la intervención del tiempo, la transformación ha tenido lugar, el progreso se ha verificado.

Hoy el ejército español, mejor dicho, España entera, asiste á la colocación de uno de los *jalones* de aquella línea maravillosa de la historia del progreso.

El marqués de Santa Cruz ha entrado en la línea donde ya figuran Santo Tomás, San Isidoro de Sevilla, Newton, Cisneros, Descartes, Napoleon I, Voltaire, el Gran Capitan, Balmes, Humboldt, Lavoisier, Cavour, Calderon, Alfonso el Sabio, y cien y cien más, verdaderos príncipes de la humanidad y de la Historia.

¡Loo al pensador profundo y capitan insigne,
marqués de Santa Cruz!

JOSÉ MARÍA SERRATE.

Como escritor militar, brilló en su siglo; como economista, se adelantó hasta el nuestro; como moralista, vivirá siempre.

Honrar al que honró á la patria, y por la patria muere, es levantado sentimiento de almas generosas.

JAVIER DE SALAS Y RODRIGUEZ.

IBIDEM

No es vanagloria lo que la remembranza y el ensalzamiento del marqués de Santa Cruz de Marcenado significan: celébrase la vulgarización de un libro de perenne enseñanza, por obra de pensador que supo escudriñar el corazón humano.

CESAREO FERNANDEZ DURO.

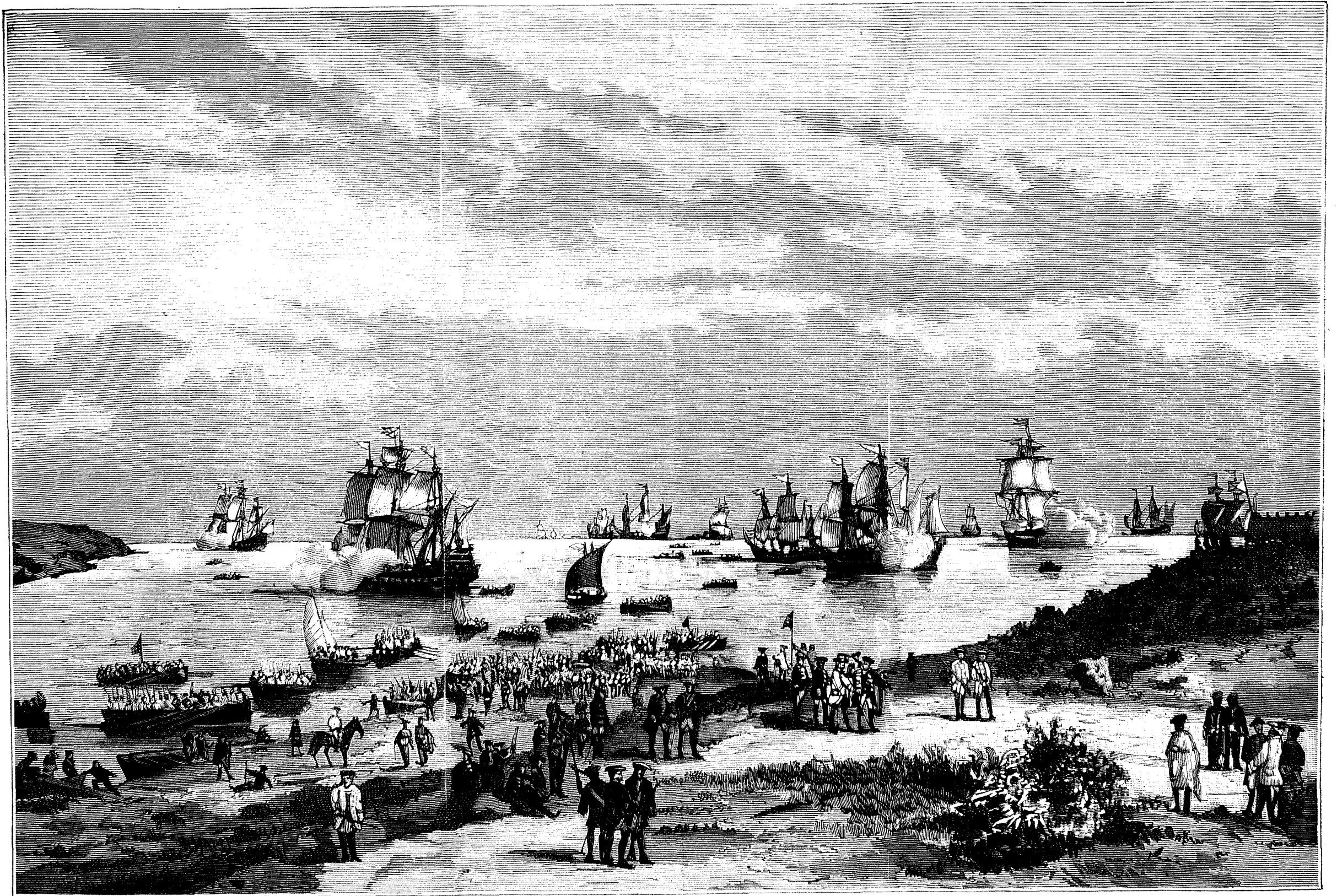
AL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

EN EL BI-CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

OCTAVA

Fué de sin par doctrina, y gran guerrero:
De su libro inmortal la luz nos guía;
De su muerte gloriosa el trance fiero
Ejemplo en Grecia y Roma ser podría.
Hoy en torno á su tumba un pueblo entero,
La inercia sacudiendo en que yacia,
Proclama una vez más que, ante la historia,
De los buenos eterna es la memoria.

FERNANDO DE GABRIEL.



DESEMBARCO EN LA COSTA DE MAZARQUIVIR (ORAN) EN 1732, DE LA DIVISION DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ, QUE FORMABA PARTE DEL CUERPO EXPEDICIONARIO MANDADO POR EL CONDE DE MONTEMAR

Dibujo de Caula, tomado de una lámina coisistente en la Biblioteca Nacional.

RAPSDIA ECONOMICA POLITICO-MONARQUICA,

DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

Distinguióse D. Alvaro de Navia Osorio por sus escritos militares, que le dieron justo renombre; y reconociendo que uno de los elementos más importantes para la guerra es el dinero, consagró también su atención al estudio de las condiciones económicas de la Nación española en los primeros años del siglo XVIII, dando á la estampa un libro, que dignamente puede figurar al lado del Proyecto Económico de D. Francisco Martínez de Mata, y de los Opúsculos de otros precursores de la ciencia económica en España, como el doctor Moncada, Olivares, Alvarez Osorio, Gándara, Fernandez Navarrete y otros, que, sin llegar al alto puesto que en ese género de investigaciones merecen ocupar D. Juan de Mariana y D. Pedro Rodríguez Campomanes, son acreedores de sinceros aplausos por haber dado los primeros pasos en el camino que más tarde siguieron con resolución los fundadores de la ciencia económica.

Dice en su *Rapsodia* el marqués de Santa Cruz de Marcenado, que un amigo le entregó el año 1722 cinco proyectos para aumentar en España el comercio, la navegación, las fábricas, la población, etc., y que, en los años de 1726 y 1727, puso notas ó comentarios á esos proyectos: notas y comentarios, que sometió al exámen de D. Jerónimo Ustáriz, varón docto y muy reputado en esa clase de estudios, dando á luz por fin, en 1732, los cinco proyectos con sus notas y otros escritos adicionales, bajo la denominación de *Rapsodia*. Como en el título mismo se decía, consagraba en ese libro el marqués de Santa Cruz sus reconocidos talentos al estudio del «Comercio suelto y en compañías, general y particular,» con las posesiones de Ultramar y con Moscovia, sin olvidarse del empleo de pobres y vagabundos, que por abundar tanto en el triste periodo de la decadencia española, constituían el objeto predilecto de todas las publicaciones, que en los siglos XVII y XVIII tenían por objeto el exámen de las cuestiones económicas.

A juzgar por el tenor de las notas y comentarios que van á continuación de cada uno de los cinco proyectos del amigo desconocido, debió tener don Alvaro de Navia Osorio un colaborador, que sugirió atinadas observaciones al notabilísimo escritor militar de principios del siglo XVIII; pero las notas, que son indudablemente del marqués de Santa Cruz, revelan que estaba dotado de muy agudo ingenio, á la par que de vastos conocimientos.

Sin haberse consagrado especialmente al estudio de los problemas económicos, da una muestra de la profundidad de su espíritu observador en lo que dice respecto de que no conviene ser tiranos con las naciones que nos compran más de lo que nos venden, porque, siendo rigurosos nuestros reglamentos, pudiera acontecer que tomasen dirección distinta las corrientes comerciales, en daño de la prosperidad nacional. Recomendaba con este motivo un sistema de reciprocidad, que es en la práctica lo que hacen los Gobiernos que se precian de liberales, y en realidad mereciendo por ello no escasa gratitud.

Sería demasiado pedir á un escritor de principios del siglo XVIII, que condenara toda clase de privilegios industriales y comerciales. Admitiéndolos sólo temporalmente, para estimular la formación de grandes compañías, daba una prueba el marqués de Santa Cruz de que el libre tráfico, defendido paladinamente entre los diversos reinos de España, merecía todas sus simpatías.

Abogó también por la rebaja de los derechos de aduanas, fundándose en que por ese medio se conseguiría la disminución del contrabando y el aumento de los rendimientos del Erario. Esto, que la experiencia vino á comprobar, constituyendo uno de los principales apoyos que tienen los economistas para combatir los paralogismos de los sostenedores de la protección, fué como adivinado por el sagaz D. Alvaro de Navia Osorio. Si no tuviera más título que éste para ser estimado como pensador,

le bastaría sin duda el haber indicado una de las razones fundamentales é incontrovertibles que hay para reformar en sentido liberal los aranceles de Aduanas.

Propuso también la redención de toda clase de censos y cargas perpetuas, pues acertadamente consideró, y lo demostró más tarde su insigne paisano D. Gaspar Melchor de Jovellanos, que la propiedad territorial agonizaba bajo el peso de los gravámenes irredimibles que la oprimían; siendo de notar, y casi de admirar, que en breves frases escribiera el principio que recientemente desarrolló nuestra Ley hipotecaria, inspirándose en la legislación de naciones extranjeras.

En el papel del amigo, á quien se refiere el marqués de Santa Cruz, al mismo tiempo que se defendía, como principio fecundo en buenos resultados, la redención de censos y cargas perpetuas, se consignaba lo siguiente: «Que se especifiquen las hipotecas rayces, sin admitir cláusulas generales.» Este principio es la base del actual sistema hipotecario. Hávalo escrito el mismo D. Alvaro de Navia Osorio, ó un amigo desconocido, la verdad es, que acogiólo con alborozo el autor de la *Rapsodia* en sus comentarios, se debe estimar como gran mérito de pensador el haber sostenido á principios del siglo XVIII que para sacar de su abatimiento la industria agrícola, había necesidad de que desapareciesen las hipotecas ocultas, admitiendo tan sólo las que específicamente afectasen á bienes determinados.

Como la *Rapsodia económico-política* no es un estudio sistemático, y abarca, por el contrario, diversidad de asuntos, tuvo ocasión el marqués de Santa Cruz de señalar, entre las causas de la desorganización administrativa en España, la existencia de regidores perpetuos, que abandonaban el desempeño de sus oficios municipales á sustitutos pobres, esquilmadores de los pueblos y corruptores de la Administración. El remedio estaba en la supresión de los regimientos perpetuos, y así lo dijo con claridad, aconsejando que se restableciese el antiguo sistema de elección anual para el desempeño de los cargos municipales.

Nada tiene de extraño que el marqués de Santa Cruz de Marcenado, para favorecer el desarrollo de la Marina nacional, recomendase la protección de la bandera española, exigiendo mayores derechos á los trasportes que se hicieran bajo bandera extranjera. Era un error tan generalizado, que el derecho diferencial de bandera se admitía, como base de sabia política, por los más distinguidos escritores de la época. Al frente de la *Rapsodia* insertaba el marqués de Santa Cruz una traducción del *Acta de Navegación*, dada por Cromwell á Inglaterra, que se consideró hasta nuestros tiempos como sólida base del creciente poderío de la nación británica. El Parlamento inglés llegó á convencerse de lo contrario, y derogó el *Acta de Navegación*, siendo desde entonces los progresos de su marina mercante muy superiores á los de tiempos anteriores. Lo mismo aconteció recientemente en España. Pero el error en que incurrió el marqués de Santa Cruz á principios del siglo XVIII, sosteniendo la conveniencia del derecho diferencial de bandera, era un error muy generalizado. En cambio, cuando el régimen colonial imperaba y el comercio privativo con las colonias se defendía con empeño y á costa de todo género de sacrificios, no vaciló el marqués de Santa Cruz de Marcenado, con su perspicacia habitual, en sostener que sería conveniente dar participación á los extranjeros en el comercio con las colonias.

Condenó, sin reserva de ninguna clase, el sistema rentístico que con más de 40.000 empleados, dejaba exhausto al contribuyente, sin llenar jamás las arcas del Tesoro. Decía, con frase muy apropiada, que los arrendadores ponían exactores para la recaudación de los tributos, cuyas mañas eran tales, que como el mal cultivador de la vid, dejaban agotada la planta, sacando en un año la mayor cantidad posible de fruto. Afirma que «en una provincia, donde se compraba por cuatro reales de plata un carnero, vió pagar otros cuatro de derecho impuesto por los arrendadores.» Tal era en la

práctica la alcabala, que hacía imposible todo comercio.

Una prueba más de la variedad de aptitudes y de la penetración del marqués de Santa Cruz de Marcenado, nos ofrece el sencillo sistema que proponía para la administración de España. La dividía en seis grandes partidos, para que en cada uno de ellos se estableciese una Intendencia, una Tesorería y una Contaduría, que dependiera de la Administración central. Era sin duda D. Alvaro de Navia Osorio un general adornado de cualidades, no tan sólo para la administración de hacienda militar, sino para la gestión de la cosa pública.

Pedia lo que hoy no tenemos todavía: la confrontación anual de las rentas de todas las provincias, con el objeto de proceder inmediatamente al remedio de los abusos ó faltas que se notasen.

Otra recomendación hacía, es á saber: que se establecieran bancos en cada ciudad cabeza de provincia, con lo cual daba á entender que no le era desconocido el poderoso influjo del crédito en el desenvolvimiento de la industria y del comercio.

De acuerdo con Ustáriz, y refiriéndose á *La Dime Royal* de Vauban, decía que no sería justo imponer los tributos sobre las tierras, sino también sobre las profesiones, empleos, etc., ó, por mejor decir, sobre toda clase de rendimientos.

El último de los proyectos del innoto amigo de Santa Cruz de Marcenado referíase á la guerra contra los argelinos y á la formación de una Caja para atender á los gastos de una formidable expedición. En esta parte aparece el general en toda su esplendidez, y no es punto que nos toque desenvolver en estos breves apuntes.

La sencillez del estilo y corrección de la frase recomiendan la lectura de la *Rapsodia económico-política*, cuyo escrito, comparado con las *Reflexiones*, á que muy á menudo se refiere, por considerarla y ser su obra magistral, no es más que producto de los ocios del egregio asturiano, cuya memoria es honra del suelo en que nació.

MANUEL PEDREGAL.

Al recordar que Colon, Hernán Cortés, Gonzalo de Córdoba, D. Juan de Austria, el duque de Alba y Cervantes fueron por mucho tiempo olvidados, cuando no perseguidos, se alegra el alma al ver á la España del siglo XIX elevar estatuas y celebrar en solemnes centenarios la memoria de alguno de los grandes hombres que enaltecieron su nombre.

JUAN MARTINEZ PLOWES.

LA DISCIPLINA

La disciplina es, ha sido y será siempre, para las colectividades armadas, lo que el alma respecto á la individualidad humana.

El principio jerárquico y autoritario constituye la base y desarrolla la fuerza y solidez de la disciplina.

El sistema de reemplazo ejerce poderoso influjo al determinar la organización militar más conveniente en cada país, y es factor importantísimo y que requiere profundo estudio para el establecimiento y conservación de la disciplina.

Los adelantos en todos los ramos, las ideas y las tendencias de la época actual, hacen cada día más difíciles y complejos los problemas que han de resolverse para alcanzar la composición de un buen ejército.

Los Códigos militares, cimentados hoy, cual en todos los tiempos, sobre los sabios principios sentados en nuestras Ordenanzas generales, son sin duda alguna los más firmes apoyos de la disciplina.

No es, sin embargo, el temor á la sanción penal el sentimiento exclusivo á que ha de aspirarse para alcanzar la perfección en la disciplina. La convicción del deber y del honor son los estímulos más poderosos que han de fomentarla y mantenerla incólume.

En los tiempos que corren, interesa estudiar la

disciplina militar de los ejércitos cuyos Gobiernos proclaman con mayor empeño principios más expansivos y avanzados en política, como los Estados Unidos de la América del Norte, Suiza y Francia.

La disciplina, como el cristal, se empaña fácilmente por el hálito de emanaciones que nacen de teorías y doctrinas opuestas á los principios de autoridad y de obediencia.

MARQUÉS DE FUENTEFIEL.

LA INSTRUCCION

El marqués de Santa Cruz de Marcenado; *Reflexiones Militares*: hé aquí un nombre y el título de un libro; la memoria del nombre durará tanto como dure la importancia del libro.

Mucho se ha adelantado en la ciencia de la guerra desde que aquel sabio general escribió su inmortal libro; muchos los inventos hechos, y muchas las teorías escritas y aceptadas; desde aquella época ha cambiado por completo el modo de ser de los ejércitos, se ha transformado radicalmente el modo de reclutarlos, su manera de combatir, y, sin embargo, aquellas advertencias, aquellas máximas y aquella enseñanza tienen hoy, como tenían entonces, un alcance, que deben ser estudiadas con detenimiento.

¡Poder del talento, poder de la instrucción! Un libro es bastante para hacer célebre un nombre, que se convierte en glorioso cuando se le unen grandes hechos militares; y al honrar en su Centenario á aquel general, á aquel sabio, se honra la nación á que sirvió, y al enaltecer su nombre como uno de sus más preclaros hijos, al recordar su historia y sus hechos, se mantiene viva su fe, para que mañana, como sucedió ayer, puedan llevarse á cabo aquellas célebres empresas que inmortalizaron é hicieron terrible el nombre español.

Cuando conmemoramos aquellos acontecimientos, poniéndolos ante la vista para que se recuerde los hechos, los escritos y las acciones del militar, del historiador, del poeta y del hombre de ciencia; cuando en los centenarios de Calderón de la Barca y del marqués de Santa Cruz de Marcenado toman parte indistintamente y confundidos paisanos y militares, se demuestra evidentemente que se ha borrado aquella línea divisoria que se quería establecer entre el elemento civil y el elemento militar. ¿Y cómo no ha de ser así? El ejército, de la nación sale, al elemento civil vuelve, es parte integrante de ella, una rama que brota de su tronco, y las glorias de uno y otro elemento, y los nombres de sus hijos eminentes, no pertenecen á nadie, sino á la nación: son exclusivamente glorias nacionales.

Si en los tiempos en que vivió el ilustre marqués de Santa Cruz, y áun en otros más remotos, era necesaria la instrucción y el saber para poder mandar con ventaja á las tropas, para conducir las al campo de batalla y para conseguir la victoria, no hay para qué decirlo, no son necesarios grandes esfuerzos para demostrar la absoluta necesidad de la instrucción. Difícil será que un hombre, aunque haya pasado la mayor parte de su vida dedicado al estudio, al llegar, y no será en la de su juventud, á los últimos grados de la milicia, haya podido adquirir la suma de conocimientos que son necesarios hoy para el mando en jefe de un ejército en campaña, tan numerosos y con las necesidades que tienen los modernos; áterra verdaderamente lo pesado del cargo y la inmensa responsabilidad que contrae á quien se le confía el espinoso y difícil de defender la integridad del territorio, ó de volver por los fueros de la justicia, vengando el insulto ó el agravio hecho á su nación por algún extranjero audaz ó altanero.

La bondad de los ejércitos modernos está en razón directa de la bondad de su instrucción y de su organización. Máxima que debe por todos tenerse muy presente, cuando tanto se ha complicado el problema de la guerra, cuando por un principio, que no es ciertamente nuevo, pero sí cada día más necesario, el de la iniciativa individual, y dado el modo de combatir en el orden disperso, un subalterno tiene en momentos dados, y de tal urgencia

que no da tiempo ni á recibir órdenes ni á pedir instrucciones, que tomar por sí disposiciones, de las que quizá dependa el éxito de una batalla, preciso le es tener toda la instrucción necesaria para que en cada caso pueda oponerse con ventaja á la agresión súbita é inesperada de un enemigo audaz y valeroso.

Pero no es sólo necesaria la instrucción para mandar y manejar las tropas dentro y fuera de los campos de batalla, mando y manejo que sólo en los libros se aprende, que la teoría sólo ellos la enseñan, aunque después la práctica termine la instrucción, que es su complemento; sino que, siendo absolutamente necesario y preciso que en los ejércitos reine una completa y cabal disciplina, para sostenerla, para que nunca desfallezca y decaiga, es necesaria la instrucción en todo el que manda, que, relativamente al grado que ejerza, debe saber más que los que tienen que obedecer; y en donde esto no suceda, bien puede asegurarse que la disciplina deja bastante que desear, que no está tan arraigada y sostenida como es preciso. La ignorancia del que manda da casi siempre pábulo á la murmuración, y cuando tiene algún fundamento, es siempre carcoma de la disciplina; hay en el jefe bastante de preceptor y de maestro, y mal puede enseñar quien necesita aprender.

Con un ejército instruido y bien organizado, aunque no sea tan numeroso como el de otras naciones más ricas que la nuestra, todavía podemos, no sólo hacernos respetar, sino hasta ser vencedores; los españoles ya hemos dado pruebas de que sabemos hacerlo: lo hizo en Italia el Gran Capitán, maestro en el arte; nuestros famosos tercios en Flandes, dirigidos por expertos y entendidos capitanes, supieron rendir hasta las escuadras enemigas; actos heroicos, triunfos ruidosos, empresas atrevidas encontramos á cada paso en nuestra Historia; ¿por qué no so han de repetir, si llega la ocasión y las circunstancias lo hacen preciso? Una condición es sólo necesaria: la de estar preparados para que los acontecimientos no nos sorprendan, y esta preparación se hace única y exclusivamente en tiempos de paz: alentar y premiar al que estudia, al que sabe; regularizar de un modo fijo é inteligente la instrucción de las tropas, sin dejarlo al capricho de nadie; que se alterne en la teoría con la práctica, y por último, organizar el ejército. En materia de organización hay mucho que hacer; la de nuestro ejército es en extremo deficiente; es tan necesario como urgente acometer la reforma, pero de una manera radical; dejemos, porque ya es tiempo, de entretenerlo en fútiles detalles, cuya utilidad sea un tanto dudosa; hay una necesidad tan imperiosa como urgente de resolver los diversos é importantes problemas orgánicos que ni áun hemos planteado; y cuando esto haya acontecido, es cuando podremos decir que nos encontramos prevenidos para el porvenir, y aunque todos los hombres de Estado de la Europa tengan siempre en sus labios la palabra paz, quizá no estemos muy lejos de la guerra, que á otra cosa no puede conducir la insaciable ambición de los poderosos en despojar al débil, valiéndose de cualquier pretexto, ó sólo invocando el de la fuerza de lo que le pertenece, aunque para ello sea necesario atropellar el derecho y hasta la justicia. Es, por tanto, de urgente necesidad acometer la organización de nuestro ejército, falto hoy de ella; y como este problema está ya resuelto en todas las naciones, es como una fórmula general, que nada más exige que aplicarla á nuestro país, teniendo en cuenta sus usos, sus costumbres, y su estado político y financiero; triste y bien triste sería que por incuria, por abandono ó por ignorancia sucediera por tercera vez lo que nos sucedió en la guerra de Africa y en la civil última. Ante el absurdo de tener una organización para el tiempo de paz y otra para el de guerra, tuvimos que perder algunos meses en pasar de la una á la otra, cuando hoy sólo días emplean las naciones, no para variar la organización, que esto en ninguna sucede, sino para llamar á las reservas, armarlas y equiparlas, que es lo que se llama pasar del pié de paz al de guerra. Necesario es tener un buen ejército; pero es necesario, para conseguirlo,

considerarlo, enaltecer su uniforme, darle lo que sea necesario, equiparar sus deberes con sus derechos, para que haya el necesario equilibrio; sucede en lo moral algo semejante á lo que acontece en lo físico: cuando pierde el equilibrio, cuando falta el centro de gravedad á un cuerpo, se derrumba, y con su caída, las más de las veces acontecen desgracias y trastornos sin cuento. Olvidemos al general *no importa*; los sucesos y los acontecimientos no suelen repetirse de la misma manera en diversos períodos de la Historia, aunque todos sabemos que, en cualquier época, y á pesar de nuestras divisiones, si un poderoso extranjero invadiese nuestro territorio ó insultase nuestra bandera, todos, absolutamente todos, cobijados bajo sus pliegues, habrían de combatir al audaz agresor ó al insolente insultador, sin acordarse de otra cosa sino de que eran españoles.

PEDRO RUIZ DANA.

EL VALOR Y EL TALENTO

Intentando probar que la valentía consiste en el entendimiento, dice D. Pedro Delgadillo y Arriola, en su DISCURSO PHILOLOGO: «Es el esfuerzo un prestantísimo hábito adquirido en el entendimiento, que media entre arrojamientos y temores, con que ni se obra excediendo por atrevido, ni se descaee por temeroso.»

Esta frase, sacada casi al pié de la letra de uno de los más bellos discursos de Aristóteles, envuelve tan importantes soluciones en el estudio de la filosofía de la guerra, que no es de admirar haya su espíritu producido tantas y tan curiosas y eruditas controversias.

Ninguna ocasión mejor, sin embargo, para provocar un nuevo debate sobre asunto de tamaño interés, que la del homenaje de honor que hoy ofrece nuestro ejército al insigne marqués de Santa Cruz de Marcenado, en quien no se sabe cuál de esas cualidades, el valor ó el juicio, fué parte mayor para darle reputación tan honrosa como le otorgaron sus contemporáneos y le reconoce y divulga la posteridad.

Hermanadas ¿á qué dudarle? anduvieron en el prócer astur excelencias tan recomendables, cuando sus escritos, y su historia y muerte, constituyen uno de los más elocuentes ejemplos de la absoluta necesidad del conjunto de tales condiciones en el hombre de guerra. El talento le hizo conocer la ocasión del sacrificio, impuéstole por el deber de salvar á sus soldados de una catástrofe, de otro modo inevitable; proporcionando así al valor, no sólo motivo, sino que fuerza también para emplearse con tanta gloria como utilidad para la patria. Nuevo Codro, no necesitó, como el ateniense, del aguijón del Oráculo para ofrecerse en holocausto á la Victoria; bastábanle como estímulo el conocimiento de los hombres que su vasta erudición le proporcionaba, la experiencia de la guerra en tantas y tan rudas campañas adquiridas, y la idea del deber, en fin, primera de entre las virtudes militares, innata en él, que le impulsaron á buscar una muerte que acabó de hacer su memoria perdurable.

De los admirables escritos de nuestro egregio compatriota, tan excelente general como hábil diplomático, historiador y filósofo, brotan en rico caudal ideas, razonamientos y pruebas con que explicar satisfactoriamente la peregrina imágen con que hemos encabezado estos renglones, feliz apotegma, cien veces comentado por otros tantos escritores, panegiristas ó críticos de las mayores celebridades militares del mundo.

JOSE GOMEZ ARTECHE.

Diciembre de 1884.

Las injusticias en la milicia, amenguan el ánimo del buen soldado, destruyen su interior satisfacción, y le convierten en mártir del deber.

La interior satisfacción fortalece al militar, haciéndole animoso.

El que manda, tiene el sagrado deber de procurar que sus subordinados sean animosos, no mártires.

ANGEL ALVAREZ DE ARAUJO Y CUELLAR.

AL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

SONETO

Tu ciencia, tu valor, tu ilustre vida,
cuyos laureles el blason sustenta,
hoy al aplauso público presenta
con orgullo la patria agradecida.

¿Qué importa que á la gloria merecida
esta reparacion llegue tan lenta?
Si olvidarse del mérito es afrenta,
la deshonra será para el que olvida.

Ya tu nombre del timbre que le abruma
restaura insigne la futura suerte;
que allá en la Historia, con grandeza suma,

Tú, preclaro escritor, soldado fuerte,
diste leccion, primero, con la pluma
y luégo ejemplo con tu heroica muerte.

J. GUILLEN BUZARÁN.

Madrid 7 de Diciembre de 1884.

LA HISTORIA DE LOS REGIMIENTOS

Hoy que la atencion del ejército está fija ante la noble y distinguida figura del ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado, y se prepara á conmemorar, cual se merece, el segundo centenario de su natalicio, considero la ocasion oportuna para presentar ante la opinion del ejército un pensamiento, antiguo en mi mente, y varias veces indicado á quien podía realizarlo; el cual, aunque aparezca mal expuesto, tal vez desarrollado por personas más competentes, pueda ejercer saludable influencia en la colectividad armada.

No es ciertamente mi ánimo el escribir un largo artículo que tenga por objeto recordar la influencia que los hechos históricos han ejercido en el ejército, ni la enseñanza que los grandes capitanes han encontrado en sus páginas. No; ni mis condiciones literarias me lo permiten, ni el fin que me propongo en esta ocasion se presta á esa clase de trabajos. Mi propósito hoy es bastante reducido: se concreta solamente á llamar la atencion sobre la historia particular de cada cuerpo, donde si se fija la oficialidad, encontrará mil ejemplos dignos de ser imitados, y que sirvan de estímulo á todo aquél que mire en la profesion de las armas algo más elevado que un oficio, y que es la base sobre la cual descansa la abnegacion y el sacrificio de la vida militar.

Para hacer resaltar mi pensamiento, no es necesario salir de los estrechos límites que nos presenta la sociedad en que vivimos, por más que ciertas ideas se hayan modificado mucho á impulsos del materialismo. Fijándose un poco, es fácil observar el legítimo orgullo con que ostentan en la actualidad ciertas familias el apellido ilustre que les legaron sus antepasados, cuyos apellidos se ven unidos en muchas ocasiones á los hechos más gloriosos de nuestra historia, y por lo tanto son dignos de la consideracion y respeto públicos. Pues bien: si esto se verifica con relacion á las familias en la época presente, ¿por qué no ha de existir ese mismo espíritu de noble emulacion dentro de cada uno de nuestros regimientos, que constituyen la familia militar?

¿No es doloroso el considerar que aquí, donde se vierte al romance la vida y hechos de un bandolero audaz, y donde la biografía de un torero se vende por miles de ejemplares, no se conozca, en cambio, por la masa general del ejército la historia de sus cuerpos armados, que son las glorias de la nacion, ni áun los hechos más culminantes que éstos han realizado?

Por esa razon, al conmemorar ahora el recuerdo del ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado, y al fijarnos en que una gran parte de su gloriosa vida militar está intimamente ligada con la historia del regimiento de infantería de Asturias, de cuyo cuerpo fué el organizador, y puede decirse que su jefe durante diez y seis años, nos ocurre llamar la atencion sobre la historia de los demas cuerpos que cons-

tituyen el ejército, dentro de los cuales, si bien no habrá muchas figuras tan grandiosas como la del marqués, se podrán encontrar miles de ejemplos dignos de imitar, y que enorgullezcan justamente á los oficiales que hoy sirven en ellos.

Noble satisfaccion deben sentir, estos dias particularmente, los jefes y oficiales del regimiento de Asturias, al ver puestos de relieve y ensalzados como se merecen los hechos gloriosos del que fué su primer coronel, al cual van unidos los timbres de gloria alcanzados por sus banderas. Pues bien: si esas glorias pertenecen al regimiento, también alcanzan los laureles á todos los individuos que sirven en él, así como la gloria de los grandes capitanes y descubridores alcanza á sus descendientes.

Pero desgraciadamente son pocos los jefes y oficiales que, habiendo servido tanto en ese cuerpo como los demás, tienen conocimiento de esos hechos históricos; pues aunque algunos por su aplicacion conozcan las diferentes campañas en que su regimiento ha figurado, como no es posible que en la historia general de una campaña se detalle la de cada uno de los cuerpos, y mucho menos los actos personales dentro de cada uno, de aquí el que, áun cuando no hayan faltado ilustrados escritores militares que se han ocupado en trazar con mano maestra la historia de las armas y señalado los hechos más culminantes de cada una de ellas; sin embargo, el resultado no ha correspondido á sus propósitos, porque siendo un trabajo que revestía un carácter general, no podía particularizarse con cada uno de los cuerpos.

Fundado en todas estas consideraciones, y abrigando la creencia íntima de que en nuestro ejército el estímulo es una de las palancas más poderosas para obtener toda clase de resultados, siempre que sea bien dirigido, de aquí parte mi pensamiento para proponer la idea de que se lleve á cabo desde luégo, y bajo la forma que se estime más oportuna, de redactar la historia particular de cada regimiento, sin omitir en ella ningun hecho glorioso ó adverso en que haya tomado parte, con el fin de que los primeros puedan servir de poderoso estímulo á las generaciones sucesivas, y los segundos de provechosa enseñanza para evitarlos.

No desconozco que en la actualidad algunos de nuestros regimientos tienen realizada esa tarea; pero no lo está ciertamente con la detencion que seria de desear al fin que dejo indicado, y sobre todo, debe procurarse que ese trabajo, una vez realizado, no sea un documento para archivarse en las oficinas del cuerpo.

Estas historias, una vez escritas, deberian ser revisadas por una comision competente, imprimirse, y que figurasen siempre en el cuarto de banderas de cada cuerpo, como un recuerdo constante de los altos hechos del regimiento.

Al lado de esa historia, y como su complemento, debería figurar, en tomo aparte, una relacion por orden cronológico de todos los jefes y oficiales que hubiesen pertenecido al mismo, añadiendo noticias biográficas sobre aquellos que durante su permanencia en el cuerpo se hubieran distinguido ó llegado á alcanzar despues reputacion y gloria en la carrera.

También deberian figurar en un cuadro de honor en los cuartos de banderas los nombres de todos los jefes y oficiales muertos en el campo de batalla, á fin de probar á propios y extraños que en el ejército no se olvida nunca al que se sacrifica en aras del deber. Este procedimiento se ha seguido en algunos casos, pero no se ha generalizado lo que debiera.

Para terminar, y como corroboracion de mi pensamiento, me bastará recordar á todos los oficiales que hayan servido en campaña, el efecto mágico que en determinados momentos produce la palabra de un jefe ú oficial cuando recuerda á sus subordinados un hecho glorioso del cuerpo, el cual es preciso imitar ó exceder. En estos casos, hemos visto que el soldado, olvidando su propia fatiga y cansancio, no se fija en el cuadro ensangrentado que le rodea; y atento sólo á la voz de su jefe y del deber recordado, se lanza sin titubear al asalto, y conquista un nuevo laurel para su bandera.

Estos episodios los hemos presenciado todos, en mayor ó menor escala, y claro es que si el sentimiento del deber ha de responder en un momento dado, se hace preciso preparar con anticipacion las fibras de ese sentimiento.

Historias tenemos en nuestros regimientos inmemoriales imperecederas, las cuales no tienen nada que envidiar ciertamente á las más afamadas de los ejércitos contemporáneos: fijémonos, pues, en esas gloriosas cenizas del pasado: avivémoslas, y tal vez de ellas, como el Fénix, renazca la prosperidad y gloria del ejército presente. Honremos al pasado, para que á su vez nos honre el porvenir.

ANTONIO DABAN.

Autoridad, respetabilidad y prestigio, son correlativos. Por eso ha dicho con razon sobrada un eminente escritor, que no puede suponerse el prestigio sin autoridad y respetabilidad, la autoridad sin respetabilidad y prestigio, ni la respetabilidad sin prestigio ni autoridad.

El derecho al respeto lo da la ley. El verdadero respeto lo infunde el propio mérito.

La ley puede suplir artificialmente el prestigio que no arranca de cualidades universalmente reconocidas; pero entre el prestigio creado por medios físicos y el que tiene su origen en el unánime convencimiento de cuantos lo admiran, hay la diferencia que existe entre la corona de pintados trapos con que se adornan las vestales de comedia, y la aureola impalpable, aunque luminosa, de las puras vírgenes, no manchadas siquiera por la sombra de un mal pensamiento.

FEDERICO DE MADARIAGA.

LA RESPONSABILIDAD EN EL EJÉRCITO

«Nada más irrita á los oficiales de un ejército que el ver á su general de contínuo entrometido á las prerogativas ó manejos de cada uno, porque sospechan que se desconfia de su cuidado ó sienten que se disminuye de su autoridad. Con que para no concitarte los enemigos y para que las cosas vayan por su regular camino, deja que ellos ejerzan libremente las funciones de su empleo, contentándote con observar si cometen falta que sea digna de reprension, advertencia ó castigo. Para que el general no éntre cada instante en bagatelas del directo encargo de los súbditos, se añade que tan ridícula figura hace el jefe metido á sargento, como el sargento puesto á jefe; el cual, si se embaraza en cuidados de pequeña consecuencia, hallará el tiempo de ménos para las cosas de gran importancia.»

(Reflexiones Militares del marqués de Santa Cruz de Marcenado, libro primero, cap. xxviii.)

Si por varios conceptos no fuera tenido el marqués de Santa Cruz de Marcenado por hombre superior ó adelantado á su tiempo, mereciérase sin duda el que encabeza estos renglones de su obra para alcanzar semejante título. Y más se agiganta la admiracion cuanto que en aquella época, no sólo la organizacion militar, sino la táctica misma, anulaban sucesivamente la personalidad por la que en categoria superior ejercia el mando, reduciéndose el militar á ser un autómatas, como, despues de todo, en el seno de aquella sociedad lo era cualquier individuo.

Conceder, pues, más aún, recomendar esa iniciativa en la época en que hasta la táctica marchaba hacia aquel orden lineal, verdadera máquina de órganos materiales cuyo movimiento respondía sólo á la fuerza de un genio único, es, á ciencia cierta, adelantarse á su siglo; prever lo que él mismo tal vez no se atreviera á destruir, rompiendo trilladas rutinas y añejas preocupaciones. No parece, al leer esas líneas, sino que aquel penetrante ingenio encontraba algo como de naturaleza en este vicio secular de nuestra milicia, algo inmanente, algo como una atmósfera que él mismo consideraba

mortal á la existencia de la fuerza armada, pero que no tenia más remedio que respirar.

Porque, efectivamente, hay principios que, no existiendo con todos sus atributos, falsean todo lo que sobre ellos se funda, y culpase por imperfecto aquello que es mal aplicado ó comprendido. La importante y delicada mision del mando no existe sin responsabilidad, ni ésta es justificable sin la iniciativa, ni el ejército es, por último, otra cosa, como organismo, que una sucesion de mando y responsabilidades. Quitese el mando, *é ipso facto* desaparece la responsabilidad: suprimase la responsabilidad, y es imposible concebir el mando, como lo es el concebir el cuerpo sin la sombra que proyecta. Y esto que, no sólo era entonces así por la esencia de las cosas, por la relacion y dependencia necesaria de causas y efectos, lo es hoy, además, como una consecuencia lógica de la division del trabajo; hecho científico que abarca á la guerra tanto ó más que á las otras ciencias, cuanto de todas se nutre para sus fines. Querer sustraerse á esta ley, es pretender aislarse del medio social y científico en que vivimos; es querer alejarse de la atmósfera individualista del siglo XIX, empeño que conduce al mismo resultado, ya se suba hasta llegar al vacío, donde nada existe, esto es, á la region de la indisciplina, como bajando á ocultarse en las entrañas de la tierra, á lo quieto, á lo inmutable, esto es, á la negacion de la actividad, que es la vida de los ejércitos.

Difícil sería trazar en estas breves líneas las sucesivas transformaciones militares que, á través de los siglos, tuvieron lugar; pero en las guerras de grandes masas de la época presente, al compararlas con las pasadas y referirlas luego á las del porvenir, se percibe fácilmente cómo las guerras del pasado fueron contiendas de caudillos contra caudillos; como las de hoy lo son de capitanes entre sí, y como las de mañana llegarán á ser de soldados contra soldados.

Nada se opone á esto, todo lo contrario; la civilización, y con ella la instrucción, avanzan, y lo que ayer no podía confiarse á un adocenado capitán, mañana lo podrá resolver un experto soldado. Y téngase en cuenta que, para resolver, es precisa la voluntad, y la voluntad, al desaparecer, oscurece la iniciativa, como el sol, al ocultarse, envuelve en sombras la luminosa atmósfera del día.

El párrafo con que encabezamos estas ligeras observaciones, escrito en el siglo XVIII, pertenece también al siglo XIX, y si aspiramos á una regeneración militar verdadera, debemos procurar que no tenga aplicación en el siglo XX, ya que él y los que le sucedan han de conocer forzosamente esa función social llamada guerra.

CASTOR AMÍ.

De la colección de manuscritos de D. Melchor Macanaz hemos sacado las siguientes correspondencias, fechadas en Oran en la época en que era gobernador de la plaza el marqués de Santa Cruz:

Tomo correspondiente á 1744. Un volumen en 4.º, en pergamino.

Oran 25 hasta 28 de Octubre de 1732.

El día 21 vinieron de Cádiz los dos navios de guerra, nominados el *Leon* y el *Constante*, con ocho piquetes de infantería y ocho compañías de granaderos, de los regimientos de Toledo, Murcia, Portugal y Palma: también han traído medicamentos y 50.000 balas pequeñas de hierro para metralla de cañón. Lleváronse tres piezas de Oran al castillo de San Felipe para la luneta de la derecha, cuya batería está fenecida como la del medio baluarte de la izquierda del mismo castillo; pero el marqués de Santa Cruz no quiere que las troneras de estas dos baterías se destapen hasta que los enemigos aumenten sus cañones; contra ellos disparan cinco del medio baluar-

te de la derecha de San Felipe, porque los infieles podrían eludir nuestro trabajo si construyesen baterías más á su derecha, donde no serían registrados de las nuestras.

El conde de Bena salió el día 22 para Cartagena con sus dos navios de guerra y con 200 enfermos y heridos; de los primeros hay poquitos en Oran, á Dios gracias, y de los segundos casi todos van curando felizmente.

El día 23, un cartucho de pólvora con espoleta que se arrojó á los enemigos, puso fuego á las faginas que suplen á el batido parapeto del castillo de Santa Cruz. Para apagar el fuego, se acudió luego con tierra y agua. Los enemigos le hacían desde las peñuelas para embarazar aquella operación, en que fué herido un soldado y el ingeniero voluntario M. de Coubilliet; el marqués de Santa Cruz hizo disparar contra las peñuelas la artillería de la Alcazaba y de San Andrés, hasta que cesó la fusilería de dichas peñuelas y el fuego del parapeto, que no hizo daño considerable.

Un sujeto, que el marqués de Santa Cruz introdujo en el campo de los enemigos, volvió con la noticia de ser muchos los heridos y muertos de los turcos, y de comenzar éstos á quejarse de que Bigotillos metió á el Bey de Argel en un mal empeño. Ulhadalid y Ulhadisai, cuñados de Bigotillos, se retiraron á sus tierras con la caballería de sus parcialidades; pero se mantiene en el campo el otro cuñado de Bigotillos, llamado Damuch, y todavía un grande número de caballería de los Alarbes; también dice el mismo sujeto enviado por Santa Cruz, que los Morabitos se retiraron porque los turcos mataron injustamente á uno de aquéllos.

26 de Octubre.—Una nueva contrabatería de Santa Cruz obligó á los turcos á retirar los cañones de su última batería: construyen otra donde no está vista por las nuestras; pero buscaremos donde colocar alguna luego que para salchichones vengan las faginas que guardamos de España.

Parece que los enemigos oyeron á nuestro contraminador, pues há más de treinta horas que cesaron en el trabajo de la cuarta mina que emprendían contra Santa Cruz.

27 Octubre.—Los enemigos prosiguen á tirar con dos cañones contra Santa Cruz, pero ninguno dispara de dos días á esta parte contra San Felipe; discurrimos será que la lluvia haya hecho enterrarse las plataformas. Estos días se pasaron á los moros un sargento del regimiento de Irlanda y dos soldados de los regimientos Valones.

Oran 21 de Noviembre de 1732.

Este día, al amanecer, salió de la plaza nuestro ejército, que constaba de 5.000 hombres con 400 caballos, y habiendo sido el primer empeño desalojar al enemigo de los ataques y batería que tenía formados contra los castillos, se logró con facilidad esta empresa, porque no tenían en esto los moros su ganancia, sino en sacar á los cristianos tierra adentro para ejecutar sus intentos; y yéndose retirando como de huida, y habiendo dicho los espías que no tenían los bárbaros más gente ni tren que el que parecía, brindados los católicos de estas noticias y su fe, fueron en su seguimiento hasta legua y media de la plaza, en donde habiendo llegado á donde pudo jugar la caballería que tenían emboscada, hicieron alto; y estando formada nuestra gente para la pelea, salieron de una celada 9.000 caballos de una parte y de otra 6.000 infantes, lo que, visto por los católicos, se abrieron en dos líneas para el juego de seis cañones que llevaban, y por el mismo vacío se introdujo la caballería enemiga, dando ocasión con este movimiento y con el embate de la infantería á que nuestra tropa cejara. Dos regimientos huyeron. Y todos quedaron descuadrados y cortados; cuya novedad advertida por el marqués de Santa Cruz, que se hallaba sobre San Felipe registrando los movimientos con su antejo, exclamó diciendo: «Me han engañado los espías y quien me los abonó,» y deseoso del socorro de aquellos pobres que infelizmente estaban sacrificando sus vidas, partió con 2.000 hombres, y habiendo llegado al sitio, se puso

delante haciendo frente al enemigo con tal denuedo y valentía, que con un sangriento choque que emprendió dió lugar á la tropa descompuesta á juntarse, reformarse y abroquelarse en un cuadro, que mantenido con destreza fué motivo para que se contuviera el enemigo. Debajo de esta forma se vino retirando nuestra gente seguida de los moros, hasta que llegando á los ataques hicieron alto unos y otros, en cuyo tiempo salieron de la plaza 8.000 hombres, y habiéndoles dado una carga cerrada, se retiraron los turcos, con lo que pudieron encerrarse en la plaza los cristianos. Al día siguiente salieron á demoler los ataques y hallaron siete piezas, cinco de ellas corrientes; y enterrados un mortero de bombas y dos piezas enclavadas, las que metieron en la plaza, con tres que pudieron traer de las seis que llevaba el ejército, á causa de haberles muerto muchas mulas y haber en el terreno mucho lodo de la lluvia del día anterior, con lo que fué más trabajosa la batalla. En esta función perdimos al marqués de Santa Cruz y al de Valdecañas, con cuyas desgracias se ha vestido de melancolía la salida y ha quebrantado los corazones, no tanto por la pérdida de la gente, que ha sido muy regular, sino por la falta de tales jefes. El número de los demás muertos y heridos se verá en la relación siguiente.

Lista de los muertos y heridos que hubo en la salida que se hizo en Oran el 21 de Noviembre de 1732.

| | MUERTOS | HERIDOS |
|--------------------------|---------|---------|
| Coroneles | 2 | 4 |
| Tenientes coroneles..... | 1 | 7 |
| Sargentos mayores..... | » | 3 |
| Ayudantes..... | » | 4 |
| Capellan..... | 1 | » |
| Capitanes..... | 9 | 52 |
| Tenientes..... | 8 | 46 |
| Alféreces..... | 19 | 50 |
| Sargentos..... | 15 | 56 |
| Tambores..... | 3 | 3 |
| Soldados..... | 513 | 1.328 |
| Total..... | 571 | 1.553 |

Se avisa de Oran, con cartas de 30 del pasado, que el día 27 del mismo mes se hizo una salida de la plaza para allanar los trabajos que los moros tenían hechos en algunas partes de la meseta, de donde ofendían con más desembarazo al castillo de Santa Cruz, lo cual se consiguió sin oposición de los enemigos, que se mantuvieron en su campo legua y media distante de Oran; y también el barrenar las peñas más inmediatas al expresado castillo, dejándose sin el peligro de que le puedan ofender las minas como ántes, y reparada la brecha. Y por algunos espías del campo enemigo que entraron en Oran, se ha sabido que Bigotillos y otros dos parientes suyos salieron heridos de la función del día 21, que fué grande la mortandad de los turcos y moros, y que el hijo del Bey de Argel se retiraba con sus tropas, dejando solamente á Bigotillos hasta 45 tiendas de turcos, que en todo compondrían de 800 á 900 hombres; por la misma parte se ha sabido que en el campo enemigo se hallan algunos oficiales de los nuestros, que quedaron heridos, y entre ellos un cabo principal, á quien cuidan los moros con especial atención, sin embargo de que ignoran quién es; pero por lo mismo que esta noticia viene dando las esperanzas, que ya se habían perdido, de los oficiales principales, que dieron por muertos, se suspende darle entero crédito, hasta recibirla confirmada.

El cabo era el marqués de Valdecañas, que después fué rescatado y prosiguió en el servicio. (Nota posterior de mano de D. Melchor de Macanaz.)

Un pensamiento para entretejer en la corona con la cual ciñe el ejército la elevada frente de su ilustrado maestro y admirado héroe el marqués de Santa Cruz de Marcenado, al celebrar el primer centenario de su muerte:

«Ni centenario, ni milenario, ni periodo alguno, puede expresar la posteridad de aquel insigne ingenio... ¡Su gloria es indivisible, pues pertenece á la eternidad!

JUAN NEPOMUCENO SERVET.

ALGUNAS IDEAS SOBRE ORGANIZACION

El autor de estas líneas no tiene ni aún la esperanza de corresponder á la galante invitación del Director de LA ILUSTRACION NACIONAL con un trabajo que raye á la altura de su benevolencia y alcance el nivel de los que los lectores de ese periódico están acostumbrados á saborear en sus columnas. Bien alto dice la voluntaria abstención que há largo tiempo se ha impuesto, que no es alarde de falsa modestia, sino convicción sincera y arraigada de su escaso valer lo que apuntado queda. Pero hay ocasiones en que el óbolo del pobre representa algo tan estimable ó más que el pingüe donativo del rico, y en ellas el tributo es obligatorio, una vez pedido, y la resistencia á pagarlo pudiera tener aires de verdadera inmodestia.

Hoy conmemoran la nación y el ejército una fecha gloriosa; y al asociarse los pensamientos y latir al unísono los corazones de los que todavía rinden culto al honor, á la lealtad y al patriotismo; al volver los ojos á aquellos dichosos tiempos en que la milicia era una religion, el sacrificio, ordinario cumplimiento del deber, y la fe lazo que sólo la muerte podría romper, ha de ser permitido, á quien ya peina canas y ha trocado las ilusiones pasadas por los desengaños presentes, que al saludar con profundo respeto á las ilustres personalidades que fueron viva encarnación de las ideas de su época, y sin renegar de la actual, suspire por las que pasaron para no volver.

Vivir y morir por la patria, consagrarle toda la savia intelectual y todo el vigor físico, dejar en sus escritos un monumento imperecedero, en sus hechos un perdurable modelo y en su gloriosa muerte un alto ejemplo, es entrar por derecho propio en el templo de la inmortalidad, donde por sus escritos, sus hechos y su muerte, está grabado con áureos caracteres el nombre de D. Alvaro Navia-Osorio, vizconde del Puerto y marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Y pagado este tributo á su memoria, no parecerá fuera de propósito que, con ocasión de su centenario, hagamos algunas consideraciones sobre organización del ejército.

Cuando se considera la organización de las milicias provinciales en los tiempos á que nos referimos, se comprende que el sistema de reservas descansaba en nuestro país, en la época citada, sobre bases racionales.

Desde 1597 aparecen los jefes de distrito, ó acompañados, y en 3 de Octubre de 1609 presentó el Consejo de la Guerra á la resolución del Rey una relación que comprendía cierto número de capitanes, entre los cuales debía elegir los sargentos mayores que habian de mandar las milicias.

Las instrucciones para ejercer esta importantísima función llevan la fecha de 25 de Enero de 1620, y se distinguen por su sencillez. El art. 7.º expresa gráficamente la naturaleza de aquélla. Dice así: «El fin principal para que se ha hecho elección de vuestra persona, es para que tengais ejercitada y habilitada la gente de vuestro distrito para cuando fuere menester servir dentro del reino. Y así os encargo pongais en ello mucho cuidado, como lo fio del celo que teneis á mi servicio; y para hacerlo como convenga, concertareis con los corregidores del dicho distrito el tiempo en que se ha de ejercitar, advirtiéndole que ha de ser en días de fiesta, y que ménos falta haga á sus labores y cultura de la tierra.»

Los sargentos mayores recibieron el encargo de nombrar los capitanes y subalternos necesarios para el completo, y de cubrir las bajas que hubiese de milicianos con el uno por diez de los vecinos que tuviesen las condiciones exigidas para dicho servicio. La compañía de milicianos constaba de 200 plazas, y estaba localizada.

Acaso no fuera de todo punto inútil hacer un detenido paralelo entre aquel ejército y los actuales, entre aquella reserva y las hoy en uso; pero esto exigiría espacio mayor del que disponemos.

El ejército, escuela de la guerra, por donde pasa rápidamente la población viril, y el sistema de la evolución completa de los contingentes en situaciones diversas para constituir diferentes reservas, dan el máximo de fuerza á las naciones fuertes, ricas y eminentemente militares. El ejército relativamente pequeño, pero en que el soldado permanece más largo tiempo en la fila; ejército con una reserva sólida, es la solución del problema para las naciones débiles, pobres y de espíritu belicoso, pero antimilitar.

Esta proposición, comprobada ya por los hechos, tiene su base racional en otras dos: 1.ª El efectivo de un ejército debe estar en relación con su misión interior y exterior. 2.ª El aumento indefinido del efectivo posible en el caso de un llamamiento general, es de todo punto inútil, si por las condiciones que constituyen su modo de ser, degenera en *muchedumbre* lo que debiera ser *ejército*.

Imaginemos una nación dotada de un gran poder de irradiación en las ideas, y elegida por la Providencia para difundirlas con sus gloriosas bayonetas; la Francia, por ejemplo, en su periodo de revolución y primer imperio. Esa nación necesita un fuerte efectivo para su misión exterior, y el pueblo armado para defender el suelo de la patria de las agresiones de que precisamente ha de ser objeto por una ley natural de reacción.

Las exigencias de su misión interior son menores: la unidad está hecha, los particularismos no existen, y los problemas se resuelven por evolución, no por revolución. Es, pues, la misión exterior la que determina la organización del ejército.

Figurémonos otra nación, portaestandarte de un principio de raza, que ha convertido en fuerte unidad lo que era haz esparcido en pequeñas y convencionales agrupaciones; la Prusia, por ejemplo, elevada á la condición de Alemania, pero sensata y práctica, y que no pretende hacer gravitar inmediatamente sobre el gran centro germánico á los alemanes, todavía sometidos al cetro de los Hapsburg ó de los Romanof, ó libremente confederados en la libre Helvecia. Esa nación no necesitará un fuerte efectivo por la misión exterior de su ejército; pero lo deberá tener para prevenir posibles reivindicaciones ó contener arraigados particularismos. En ella la misión exterior pesará ménos que la interior en la constitución de su ejército.

Paremos mientes en una nación, señora un tiempo de tan extensos territorios que no se ponía en ellos el sol; de voto decisivo en los consejos del mundo; que aportó á la civilización un espléndido continente, grande en los días de su desgracia tanto como en los de su fortuna y poderío, pero exhausta, desangrada, ciñendo á sus sienes una corona, de la que han caído una á una casi todas sus joyas, y viendo con dolor flotar en uno de sus puertos una bandera que no es la roja y gualda; una nación pobre que necesita concentrar y desarrollar sus elementos sin soñar en locas aventuras, y comprendemos que el efectivo del ejército debe estar determinado por su misión interior, tal es España.

Para naciones como la nuestra, el sistema de reservas que pudiéramos llamar germánico, y la organización del ejército de que forman parte, lejos de crear la fuerza, determinan la debilidad, si por embarazos de presupuesto no existen más que agrupaciones de individuos sobre los cuales pesa realmente todavía la obligación militar, pero desligados del verdadero ejército por la carencia absoluta de asambleas, que lo exiguo del presupuesto no consiente. Esas agrupaciones son listas de nombres en la paz, verdaderas muchedumbres en la guerra, y

hacer pesar sobre el país la carga de numerosos cuadros, convirtiéndose de tal modo en orgánico y permanente el exceso de jefes y oficiales, legado funesto de nuestras continuas discordias, en vez de aceptarlo como mal transitorio, imponiéndonos los sacrificios precisos para su decorosa dotación, sin asignarle nominales funciones y marchando resueltamente á su desaparición completa.

Se nos hará la justicia de creer que conocemos las razones que militan en favor del sistema germánico; es más, nos rendiríamos á ellas si hubiese en nuestro país paridad de condiciones con aquellos en que da resultados; pero como no sucede así; como la imposibilidad de tener asambleas anuales hace que se olviden de la instrucción militar los que la adquirieron, y no la adquieran los demás; como se reduce el efectivo de los cuerpos hasta el punto de que desaparece toda relación entre el empleo y el mando que se le asigna; como la corta permanencia del soldado en las filas impide que se creen esos lazos de familia militar que constituyen la verdadera fuerza de los ejércitos; como se gasta mucho en conducción de contingentes que vienen y van; como se impone al Erario la carga perpetua de un número de jefes y oficiales muy superior á nuestras verdaderas necesidades; como las reservas no serían fácilmente vestidas, armadas ni instruidas en el caso de movilización, y como, por último, no estamos en el caso de lanzarnos por hoy á empresas que exijan un fuerte ejército para la ofensiva y el país armado para la defensiva y las condiciones del español, belicoso porque busca el peligro y la aventura, y se complace, por consiguiente, en la guerra, pero antimilitar, porque es refractario á reglas y ligaduras, facilitan el tener muchedumbres armadas, si por acaso un invasor pisara el suelo de la patria, creemos que es preferible lo antiguo á lo moderno, si no se apoya en su verdadera base y no existen los medios precisos para su desarrollo, y expresemos nuestra creencia, errónea quizás, pero sincera. Hemos sido entusiastas del sistema cuyos inconvenientes exponemos; pero el contacto de la realidad ha hecho caer la venda de nuestros ojos.

España ha tenido y puede tener una reserva barata y bien organizada; ha tenido y puede tener un ejército activo, sólido y fuerte, aunque no contando centenares de millares de hombres, pero con sus unidades al pié de guerra, con sus cuadros de terceros batallones en los regimientos, destinados á recibir los individuos que deban aumentar el efectivo en el día del llamamiento; con sus quintos escuadrones en caballería con igual objeto; con sus cuadros respectivos en artillería é ingenieros; y si llegan días de prueba, ese ejército demostrará que puede responder á la confianza de la nación, y el esfuerzo de éste y su valor indomable y su aptitud guerrera harán el resto.

Pero no todo depende de la organización; y la garantía de que existe un verdadero ejército dispuesto á todas las eventualidades, es que tenga la firme base de una rigurosa disciplina. Así, por ejemplo, en los tiempos mismos en que dominaba un levantado espíritu, y nuestros soldados se batían heroicamente, sufriendo todo género de privaciones, llegaban momentos en que, apurado el límite de la paciencia, se presentaban síntomas de indisciplina, unas veces contenida y otras declarada en abierta sedición.

En el siglo XVII se daba á luz el trabajo de Felipe II sobre una ordenanza (8 Junio 1603), para «conservación y aumento de la disciplina, que se había ido relajando y corrompiendo en la infantería española en algunas cosas dignas de remedio.» En 17 de Abril de 1611 reprodujo Felipe III las ordenanzas de 1603 para poner con su observancia un dique á la indisciplina que se enseñoreaba del ejército, ganoso de justicia tanto como de gloria, desesperado por el favoritismo, que alteraba todos los días el orden de los ascensos, juguete de la arbitrariedad de generales, consejeros, vireyes y gobernadores, que, según la gráfica expresión del ilustre conde de Clonard, *sobreponían su voluntad á los reglamentos vigentes*.

Cuando tales cosas sucedían; cuando no se rendía

culto al ideal de justicia; cuando se ofrecía el espectáculo de escandalosas improvisaciones; cuando no bastaban servicios, lealtad y mérito personal para adelantar en la carrera, no había que esperar que la disciplina existiese; porque la subordinación que impone la regla no sustituye nunca por completo á la voluntaria sumisión á la superioridad real y efectiva del que manda. El que teniendo la conciencia de su valer y servicios no puede considerarse inferior á su superior jerárquico, le obedecerá sin duda, pero se hallará en un estado de rebeldía moral poco favorable para la disciplina; y todos los pensamientos orgánicos, todas las reformas tácticas, todas las innovaciones jurídicas, todos los gastos, todos los sacrificios, en fin, para tener un ejército á la altura de su misión, serán completamente estériles, si no irradia sus resplandores sobre la institución armada el sol de la justicia.

Fiat justitia, et ruat cælum. Si: hágase la justicia, y se perderán en el concierto de alabanzas los discordantes gritos de la desapoderada ambición; hágase la justicia, y existirá en el ejército la satisfacción interior; hágase la justicia, y desaparecerá la zizana del despecho y la envidia, sustituyéndoles la noble emulación, origen de los más altos hechos.

GREGORIO JIMENEZ.

Sr. Director de LA ILUSTRACION NACIONAL.

Me pide V. un pensamiento dedicado al ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado... ¿No sería mejor, ahora que tanto se remueven las cosas militares, recordar este suyo?

«Los pueblos contribuyen más gustosos, que para la defensiva, á otra guerra en que vean que sus asistencias aumentan el honor y dominios del país.»

El mejor homenaje que podemos tributar al autor de las *Reflexiones Militares*, es no echarlas en olvido.

MIGUEL DE GOICOEHEA.

9 Diciembre 84.

¿Quién fué el marqués de Santa Cruz de Marcenado? ¿Qué conquistas, qué laureles inmarcesibles ciñó á nuestra bandera? ¿Por qué celebrar el centenario de un casi desconocido?

Hé aquí la pregunta del vulgo.

Y ved lo que contesta el ejército español, digno de este siglo:

«Fué el marqués un buen guerrero, muerto en campaña, pero no lo escogemos por héroe entre otros mil. Lo recordamos como el eterno camarada, mejor amigo y gran maestro de la milicia. Su obra inmortal, por lo profunda y sabia, fué oráculo de Federico el Grande; por lo humana y filosófica es y será perpetua fuente de estudio.»

El marqués de Santa Cruz de Marcenado levantó un monumento glorioso á las armas patrias.

Hoy, el ejército se descubre ante él y lo vitorea. Y honrándolo así, proclama su cultura.

El autor favorito del Rey de Prusia, el inspirador de este gran táctico, no será ya en España un desconocido.

PEDRO DE NOVO Y COLSON.

Las *Reflexiones Militares* del marqués de Santa Cruz, forman un tratado completo de milicia; y el día en que un genio poderoso emprenda la tarea de constituir la ciencia militar, encontrará en ellas los elementos fundamentales de su obra.

IGNACIO SALINAS.

Aconseja á los príncipes en sus *Reflexiones Militares* el ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado, que no se hagan solidarios de las torpezas de los que en su nombre ejerzan el mando; y recuerda

que sublevado el pueblo romano por el aborrecimiento que tenía á Cleandro, malo y cruel ministro del emperador Cómodo, éste aquietó el tumulto con permitir que fuese muerto Cleandro.

Procedimientos más suaves exigen hoy nuestras costumbres; pero el consejo es tan digno de tenerse presente en los momentos de actualidad, como cuando se escribió.

FEDERICO OCHANDO.

Hoy que la actividad del pensamiento, la febril inquietud de la imaginación y la vertiginosa marcha del progreso combaten un error cada día y derriban una preocupación cada minuto; hoy que los grandes centros irradian la ilustración que va poco á poco arrinconando á la ignorancia en los escondidos pliegues de las montañas, apenas puede comprenderse lo que representa la maravillosa labor intelectual del marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Escrita su colosal obra en una época en que los soldados se batían por cobrar, los oficiales no sabían leer, los generales delectaban y los príncipes rechazaban los consejos que no pedían, sólo el deseo de ser útil á las generaciones futuras, el amor á las instituciones militares venideras y la grandeza de la patria en el porvenir, le impulsaron á luchar contra los enormes obstáculos que su época amontonó á su paso.

Honrando su memoria, de la única manera que los vivos pueden honrar á los muertos, cumplimos un sagrado deber, no exento de egoísmo; que después de todo, cuando se considera el quietismo del presente y las nebulosidades del porvenir, siente el ánimo cierta tranquilidad y complacencia llevando el pensamiento á lo que ya pasó, y recreándolo con los recuerdos de las glorias nacionales.

J. I. CHACON.

Sin instituciones militares, los pueblos caminan á su ruina ó á su vergüenza. ¡Alsacia! ¡Lorena! ¡Qué enseñanza para nosotros perdida! ¿Estaremos llamados á compensar la prevision de hoy, motivada por el descuido de ayer? De temer es, sobre todo si seguimos no más que pensando en el estómago y el traje, y confiando nuestros hombres de Estado en un *no importa* que mucho importaría olvidásemos.

UN SOLDADO.

De nuestro querido amigo y compañero de redacción el Sr. Bonelli, que, como saben los lectores de LA ILUSTRACION NACIONAL, se halla ausente de España, desempeñando una importantísima comisión, recibimos la siguiente carta.

Ya que por su forzoso alejamiento en los momentos actuales, no le sea posible contribuir con su firma puesta al pié de algun trabajo alusivo á la solemnidad que este número extraordinario celebra, aprovechamos con mucho gusto la oportunidad que nos ofrece la llegada del correo de Canarias, para que su nombre no deje de figurar en esta manifestación de honor á un grande hombre que, como el Sr. Bonelli, rindió en su corazón ferviente culto á los intereses patrios, seguros, por otra parte, de que nuestros lectores verán con interés las curiosas noticias que la carta contiene, y de que, escrita la misma bajo aquel sol que alumbró los triunfos del héroe de Orán es el mejor tributo que puede ofrecerse á su memoria.

Dice así el audaz é inteligente explorador del extremo occidental africano:

COSTA OCCIDENTAL DE AFRICA

Río Oro 10 de Noviembre de 1884.

Queridísimo Director y amigo:

Empiezo hoy esta carta, pero no sé cuándo se la remitiré. Depende de que encuentre un buque de la pesca que con la correspondencia restante la lle-

ve á Gran Canaria. Esta falta de comunicaciones es mi tormento mayor, no obstante ser muchos los que me rodean.

Escribo esta carta en una caseta de madera de 3,50 metros de largo por 2,50 de ancho, donde ondea el pabellón español desde el 5 del actual. Este palacio, en medio del desierto, me sirve de abrigo á un sol de 38° que abrasa estas arenas.

Después de cuatro días EN BUQUE DE VELA, llegué el 3 del actual á esta majestuosa bahía, capaz de contener triple número de escuadras de las que existen en el mundo.

En seguida salté á un bote para que me condujera á tierra. Ya tengo dicho que los canarios miran con justificado recelo á estos salvajes; así es que desembarqué solo, quedando en la lancha cuatro hombres armados de Remingtons. Tan pronto como puse el pié en la playa, me rodearon unos veinte, habitantes de estos desiertos, cubiertas sus bronceadas carnes con pieles de gacela, zorra, carneros, etc. La inteligencia triunfa siempre de la barbarie, y estos salvajes, de aspecto verdaderamente imponente, son ya vasallos míos y de España. Fáltame dominar á los del interior, que dentro de algunos días espero á bandadas. Si lo conseguí, la situación es mía.

A las maneras altaneras y arrogantes de un principio, han seguido las súplicas y peticiones. Para domesticarles, he distribuido ya bastante gofio (harina de maíz) y telas. El gofio lo comen con agua ó aceite, y le prefieren al mejor manjar del mundo. Su miseria es tan grande, como la indolencia de que hacen gala. Sólo se alimentan de pescado cocido en agua, ó asado entre dos ladrillos ardiendo.

Al día siguiente empecé la construcción de la caseta, que quedó terminada el 5, y enarbolado el pabellón español día y noche. Este acontecimiento se celebró empavesando mi buque *Inés*, y los cuatro *paillebots* de la pesca que había en bahía, á cuyas tripulaciones convidé con unas cuantas botellas de rom, acompañadas de vivas á España y á nuestro monarca.

En los días sucesivos he continuado los estudios de exploración. He visitado toda esta península, que tiene siete leguas largas de extensión. El terreno presenta una aridez espantosa, más llano que la palma de la mano: en algunos sitios el piso es fuerte, pero en su mayoría es arena muy blanca. Al pasar por las chozas que tienen estos desgraciados, una invasión de moscas amenaba aniquilarnos: mataba por millares, pero eran cada vez en mayor número á rodearme. Recorri luego las inmediaciones y puntos culminantes, para formar un plano á ojo. Los cuatro hombres que me acompañaban volvieron rendidos, y yo sin ganas de repetir esta excursión, á ménos que me decidiese á dejar los huesos en estas arenas.

Creo que este terreno, en su mayoría, es estéril para el cultivo; pero como factoría comercial y pesquería puede tener, si sabe aprovecharse, una trascendencia inmensa. El desierto, según voy viendo, está mucho más habitado de lo que por ahí se cree.

He sacado varias fotografías, de cuyo resultado desconfío por las condiciones en que he tenido que hacerlas. Los grupos de indígenas habrán salido mal porque es imposible obtener inmovilidad; además tenía que engañarlos, porque si supieran que los había fotografiado, me descuartizaban.

La temperatura media es: mínima, 15°; máxima, 28°; al sol 38°. Hay que tener en cuenta que un palmo de sombra es un gran hallazgo. No extrañará V., por lo tanto, que haya cambiado la piel, y tema volverla á cambiar algunas veces más. Las tardes son bastante frescas.

Me refieren mil atrocidades de los moros de Cabo Blanco, punto á donde debo ir. Parece que todos están armados de escopetas de dos cañones, y me aconsejan que vaya prevenido, pues sería fácil que en el bote me llovieran balas.

Ayer estuve á reconocer la costa de enfrente. Terreno mejor, escabroso, vegetal en parte. Los moros me reciben pacíficamente, pero es necesario estar prevenidos. Son tan pediguños, que después de darles todo lo que llevaba en los bolsillos, querían

los botones del chaleco, pues según ellos, con uno hay bastante para sujetarlo.

Le abraza su buen amigo

EMILIO BONELLI.

LA DEFENSA DE ORAN

Composicion poética dedicada á la heroica muerte del marqués de Santa Cruz de Marcenado (1)

I

«¡Grande como lo ha sido, será España
Cuando ampare la fuerza su derecho!»
Esto grita en el fondo de mi pecho
La voz del corazón, que nunca engaña.

¡Quién lo duda! Si en noche tormentosa
Luz siniestra y brillante
Descubre al fatigado caminante
La ya perdida senda, tortuosa;
Si «¡Adelante, adelante!»
Tú, ronco trueno, con fragor le gritas
Cuando el cimientto de la tierra agitas
Y en el cóncavo espacio te agigantas
Bajando de la altura
A la extensa llanura,
Hasta morir del valle en las gargantas,
¿Por qué, patria querida,
Por la ruda tormenta perseguida
Años, lustros y siglos has de verte
En noche eterna, por tu mal sumida,
Condenada á la infausta, horrenda suerte
De gozar de la vida
Sólo para sufrir ansias de muerte?
¡Ni el suplicio de Sisifo pudiera
A tan rudo tormento compararse,
Ni el nombre de español, con honra entera
Mientras sufres así, puede llevarse.

Mas no será: de tu presente historia
Las sombras pertinaces se esclarecen,
Y ya los días de soñada gloria
A la vista de todos aparecen.
Como aquellos de Otumba, de Lepanto,
De Oran, de San Quintin, de Cerignola,
Del mismo Trafalgar, que á la española
Altiva gente enaltecieron tanto.
Si pesan todos con pesar profundo,
Que cubre el alma de mortal tristeza,
Más grande, mucho más, que la grandeza
Que te hizo proclamar reina del mundo.
Si ponen del pasado frente á frente
Las negras horas de la edad presente,
Nos infunden también la fortaleza
De ilustres hombres que á la patria dieron
Ejemplos de virtud, y grandes fueron;
E imitando su energética entereza,
Del sol que oculta el esperado día
Romper podremos la cerrada bruma,
Como nave gentil que con braveza
Las sondas de la mar, también bravia,
Bate y convierte en deleznable espuma.

II

Hasta la cumbre de la abrupta sierra
Cuya verde ladera y regalada
Sirve de asiento á la oriental Granada,
Ganoso de la paz, harto de guerra,
A veces llevo el pensamiento mío
Y allí lo absorbe la africana tierra,
Como absorbe la mar al hondo río.

¡Recuerdos de la patria lisonjeros!
¡Nombre, gloria, poder, armas triunfantes!
¡Oran, que reproduce al gran Cisneros!
¡Argel, que resucita al gran Cervantes!
Nuevo mundo que surge y que lo pueblas
Tú, mente mía, con insignes glorias.
La lucha entre la luz y las tinieblas
Que agita al mundo y llena las historias,
La verdad y el error, dándose trazas

(1) Primer premio del Centro Militar en el certamen celebrado con motivo del centenario.

Para hacer de un empeño generoso
Tenaz contienda entre vecinas razas.
¡El constante luchar del pensamiento
Que estalló violento
Convertido en torrente impetuoso
Cuando poder tirano
Convierte en cárcel del cerebro humano.
¿Qué importa que el Estrecho proceloso
Separe las regiones
Del Atlas y el Pirene? De sus cumbres
Ya sé que descendieron,
Provocando sangrientas colisiones,
Guerreras muchedumbres.

Ya sé que defendieron
Con indómito ardor, leyes, costumbres
Y viejas tradiciones,
Herencias de encontradas religiones;
Pero también surgieron
Del terrible combate, acompañado
Del séquito obligado
De proezas, de hazañas y de afanes,
De virtudes, de vicios y de horrores,
Cides, Sanchos, Guzmanes,
Muzas, Abderramanes,
Y Pelayos, y Alfonsos y Almanzores.
Y al calor de la lucha encarnizada
Que dió principio en la fatal jornada
Del entonces ignoto Guadalete,
Florecieron los genios que en Granada
Alzaron el gallardo minarete
De la mezquita mora,
Donde siglos despues vióse ondeando
La enseña triunfadora
De la grande Isabel y el gran Fernando
Si apenas desde lo alto de estos montes
Consigo descubrir en la penumbra
Que envuelve los remotos horizontes
La incierta línea que hacía el Sur los cierra.
La luz de mi esperanza los alumbraba,
Y como campo de futura gloria
Surge á mis ojos la africana tierra
Y su historia, que ha sido nuestra historia,
Surge entera también en mi memoria.

III

Era un día de Julio; suavemente
El lejano horizonte se teñía
Con la luz de la aurora, que surgía
Del hondo mar, por el extremo Oriente.
Y ya cuando las sombras se ocultaban
Heridas por el sol, rumbo adelante,
Nuestras naves de guerra el mar surcaban
En demanda de Oran, desde Alicante.
Y llegaron, y vieron, y vencieron,
Como el héroe famoso,
Y en los muros de Oran al viento dieron
El pendon de Castilla victorioso.

Pero pronto las naves regresaron
Con el grueso de fuerzas aguerridas
Que tal victoria sobre Oran lograron;
Y los moros, al verlas divididas,
Las suyas, por los campos esparcidas,
En haz estrecho por su mal juntaron.
Con empeño tenaz, con fiera saña,
Con indómito ardor, todas llegaron
A los muros de Oran; pero la España
A su carro triunfal llevaba uncida
Como dócil esclava á la Fortuna,
Y otra vez fué vencida
Y humillada otra vez la Media Luna,
Si es que se humilla la altivez moruna.

Cedió por el momento el africano
Bey-Hacem-Mustafá, cuya derrota
Aumentó su rencor hacia el cristiano;
Y no pudiendo con su hueste rota
Revolverse otra vez contra el destino,
Llamó al moro argelino,
Que acudió al llamamiento de su hermano.
Ali-Ben se presenta en són de guerra,
Y son cuarenta mil los que acaudilla,
Contra ocho mil que en su recinto encierra
La plaza conquistada por... stilla.

Siente Ali la codicia del rescate,
Y antes hoy lo ambiciona que mañana;
Su fiero corazón altivo late
A impulsos de la cólera africana;
Su mente el brillo de la gloria ofusca,
Y el secreto de hallarla en el combate
En el poder del número lo busca
Y en la fuerza que manda el acicate.

¡Vano empeño es el suyo! Llega y toca
Los muros con sus huestes, arrojadas
Sobre ellos, como el mar, en oleadas
Tremendas bate la silicea roca
¡Vano empeño es el suyo! Porque dentro
De Vahran codiciada, el genio brilla
De un hombre singular, y en el encuentro
Con las huestes de Ali, las de Castilla
Opondrán al salvaje ataque rudo,
Valor y ciencia como doble escudo.

No ve Ali que el recinto amurallado
Por las llamas del genio, iluminado
Allá en el fondo de la noche oscura
Como aurora brillante resplandece.
No advierte, no, que el misterioso brillo
Surge de aquella colosal figura
Que en los riesgos se crece
Y á los ojos de todos aparece
Con la talla y el genio del caudillo.

Tal era el hombre que á su patria ha dado
Con la espada y la pluma honrosa fama;
El hombre ilustre á quien la Historia llama
Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

IV

Nace en Asturias; por su propia cuenta
Arma soldados; parte á la campaña,
Se bate con valor; el brillo aumenta
De su ilustre prosapia, y lega á España
Un nombre venerando
Que recoge la Historia,
Para eterna memoria
Del que supo vivir... *Reflexionando*,
Y, mártir del deber, murió matando.

Tal era quien las fuerzas defensoras
De la plaza sitiada dirigía;
Tal era aquel con quien luchar debía
El fiero Ali, por su desdicha, y daño
Del inmenso tropel de gentes moras
Que á seguro desastre conducía.

Llegó el momento del combate. Era
Mil setecientos treinta y dos el año
Y veintiuno de Noviembre, el día.
El sol, radiando en la inflamada esfera,
Con sus rayos ardientes parecía
Que en el bélico alarde de las tropas,
A luchar aprestadas, influía.
Al viento sueltas las flotantes ropas;
En rápidos corceles, abrevados
Del Atlas colosal en las vertientes,
Como humanas pasiones, desbocados,
Con impetu violento
Circulaban los moros combatientes.

Eran del encendido pensamiento
Relámpagos veloces. El amago
Sus giros y revueltas anunciaban,
Y blandiendo sus armas, presagiaban
Hora inmediata de funesto estrago.
Era que los sitiados, que hasta entonces
Los ataques enérgicos y duros
Del audaz argelino
Resistieron, batiéndose en los muros,
Salían á luchar con el Destino
En noble lid, á pecho descubierta,
Y uno por cada cien, en campo abierto.
¡Hazaña singular! ¡Ah! Yo adivino
En aquellos soldados animosos,
Los hijos de los héroes valerosos
Que con la enhiesta cruz de Constantino
Fueron antemural para el torrente
Que una vez mas se desbordó en Oriente.

Hijos de aquel astur que al sarraceno
Detuvo en los riscosos baluartes
Que forman sus montañas;
Del navarro tenaz, que forjó el freno



BATALLA DEL 21 DE NOVIEMBRE DE 1732, FRENTE A LOS MUROS DE ORAN, DONDE PERDIÓ LA VIDA EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ (Dibujo de Lagarde.)



MUERTE DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO EN EL BARRANCO DE LA SANGRE, FRENTE A LOS MUROS DE ORAN (Dibujo de Rodriguez Tejero).

Que á los francos detuvo en todas partes;
Del galacio, que en inclitas campañas
A ferreo yugo sujetó al normando;
Del cántabro, que baté, humilla y doma
En cien combates á la antigua Roma;
Del leal castellano, que en el día
De Villalar famoso, peleando
Por la preciada libertad moria.

Tales hijos de España conducia
A desigual combate, el valeroso
Marqués de Santa Cruz, cuyas hazañas
Diéronle justo nombre de animoso.
Bay secunda el empeño, por el flanco
Derecho de los moros. Valdecañas
Acomete el izquierdo, y como blanco
De su briosa accion, elige el centro
El insigne marqués. Asi al encuentro
De Ali-Ben, que se apoya en un barranco
Abierto al pié de la escarpada sierra,
Serenó el corazon, alta la frente,
Brotando el lábio la palabra *¡guerra!*
Inició la batalla nuestra gente.

No pudo resistir el argelino
La rudeza del choque. Bravamente
Pretende detener en su camino
Victorioso, á las tropas españolas,
Y en él su astucia y su valor opone;
Pero el genio se impone,
Y el mar domina de rugientes olas
Que aquella muchedumbre representa.
Entre los moros el terror aumenta,
Braman los mal heridos, más que gritan,
Maldiciendo la suerte del cristiano
Que respeta sus vidas, pero en vano;
Por no deberles nada, se las quitan
Con bárbaro teson y propia mano.

Asi de muertos las rocosas faldas
De los ásperos montes ve cubiertos
El insigne caudillo: mas mudable
La Fortuna le vuelve las espaldas,
Y la morisca huida, formidable,
Otra vez aparece. Ya las puertas
Del templo de la Fama que vió abiertas,
Se cierran ante él; mas como falto
Del merecido asiento no ha de verse,
Le basta rehacerse

Para entrar con más gloria, por asalto.
Ve sus fuerzas el inclito caudillo,
Ya poseidas de mortal desmayo;
Ve la victoria que al de Argel se inclina,
Y ve sobre los suyos, el cuchillo
Casi del victorioso, como el rayo
Cae destruyendo la robusta encina.

Un momento de duda; un solo instante
Perdido en ocasion tan angustiosa,
Y la plaza se rinde. La espantosa
Idea excita al héroe, y delirante,
Con la sublime abnegacion del hombre
Que se debe á su patria y á su nombre,
Adopta extrema solucion honrosa.

Hunde la espuela en el ijar del bruto,
Y dó el pánico está más manifiesto,
Llega veloz para ocupar su puesto
Y evitar á la patria horas de luto.

En medio del desórden se presenta;
Su fogoso corcel enfrena y pára;
Mira al temible riesgo cara á cara,
Y su valor se aumenta.
Con voz de trueno que domina el caos
Del batallar continuo, rudo y fuerte,
Con voz que inflaman los sangrientos vahos
Que despide aquel campo de la muerte,
Dijo á los suyos: «A morir nos llama
El deber militar; yo iré el primero,
Vosotros como sois, asi portaos.»

Su resuelta actitud de nuevo inflama
El valor de las tropas. El acero
Del general invicto á todos guía,
Y el combate otra vez se restablece
Con furia tal, que por momentos crece
La espantosa matanza en aquel día.
¡Terrible batallar! Era la lucha
Explosion pavorosa de pasiones
En varoniles pechos concentradas

Por las furias de Erebo desbordadas
En ásperas y opuestas direcciones.
Cuanto los ojos de extension abarcan,
Es campo de contienda. Los rencores
Del uno y otro bando, alli se marcan
Con sangrientos y bárbaros horrores.
En ocasion tan fuerte, desembarcan
Ultonia y Aragon. Son regimientos
Que llegan de la patria, en los momentos
Críticos del combate. Oyen lejano
Estrépito de guerra
Que domina el rumor del Oceáno
Con el fuerte estampido de los bronces.
Sienten bajo sus piés temblar la tierra
Como si rotos sus robustos goznes,
En final y espantoso cataclismo,
A hundirse fuera en el abierto abismo.

Corren hacia el combate; pero en tanto,
¡Cuán terrible catástrofe llenaba
Todos los pechos de dolor y espanto!
Aquel que espoleaba
Al brioso corcel, y lo lanzaba
Como huracan violento
Al combate tenaz; aquel que pudo
Reanimar á sus tropas con su acento
Y hacer del temeroso movimiento
Avance audaz y formidable escudo;
El sabio, el militar, el esforzado
Marqués de Santa Cruz de Marcenado,
Rotas las carnes por profunda herida,
Yace en el campo del honor, sin vida,
Aún empuñando la fulminea espada
De matar y vencer, como él, cansada.
Asi murió: de la cabal victoria
Pudo escuchar los últimos rumores;
Siendo á la vez que fúnebres honores,
Himno inmortal de merecida gloria.

EMILIO PRIETO Y VILLAREAL.

JUICIO DEL EXCMO. SR. CONDE DE AGUILAR,

señor de los Cameros, capitan general de los ejércitos de la infantería, como capitan del de Reales Guardias de Corps, coronel del regimiento de infantería de Guardias españolas, Ministro de la Guerra, acerca de la obra del marqués de Santa Cruz (1).

El asunto de la milicia tiene encarcelado en el vulgar concepto la persuasion de una absoluta incompatibilidad de las armas y las letras, y un dictámen establecido de que la crueldad, el rigor y la violencia son los constitutivos de nuestra profesion. ¡Infeliz del reino donde se establece opinion tan contra el Estado!

De que no están reñidas las armas y las letras, cuando tantos escritos de ilustres varones militares (de que no todos tienen noticia) no nos lo persuadiesen, V. S., con su presente aplicacion y estudiosa fatiga, convenceria á los más incrédulos, desengañando á la vulgaridad con darnos en su compendio, de cuanto puede acaecer en la profesion, una erudita enseñanza universal (cual pintó Cassiodoro), asi dentro de nuestra profesion como en el adorno y esmero con que ha recogido todos los aciertos y errores de los pasados, para enseñanza de los presentes.

No me sorprende que V. S. maneje los libros como las armas, desde que, por la obligacion de mi empleo, observé, en su aplicacion á éstas, las más fervorosas inclinaciones, en que fundé la más segura profecía de los efectos que hoy encuentro, advirtiéndome en el esplendor lúcido de sus talentos que, si se dedicaba al exámen y comprension de los otros, percibiria y produciria sus materias con elegancia; pero como desde que le mandé pasar á Sicilia con su regimiento hubiese perdido de vista sus aplicaciones (bien que dejó dicho no me hagan novedad sus frutos), no podré negar me sirve de asombro el

(1) La mucha extension de este escrito, que hemos querido dar á conocer por su importancia, nos ha obligado á suprimir los párrafos ménos relacionados con la crítica de las obras del marqués de Santa Cruz.

cúmulo que veo recogido en todos los libros de sus *Reflexiones Militares*.

Inflamada la ilustre sangre de V. S. en el fervor de la gloria de su patria, ha querido disfrute la Monarquía el tiempo de sus estudiosos desvelos, el que los no informados supondrian se empleaba en el ocio tranquilo de su residencia en Turin, trasladando con su asiduidad á las armas lo que alabó Ciceron en la enseñanza de las letras en Roma.

No es dado á todos, ni aún á los mismos que profesan la facultad, el comprender su extension, y creeré que ni el más versado en ella pueda suponer, ni el más arrojado asegurar que perfectamente la sabe; porque el más sabio, estudioso y experimentado general, si de buena fe nos lo quisiere decir, confesará que, llegadas á desmenuzar, jamas habrá visto ni le habrán sucedido dos cosas en la guerra, que, aunque diga se parecieron una á otra, pueda con verdad afirmar no hubiese alguna circunstancia que las diversificase.

Y así, no haciéndose comprensible á la limitacion humana la cabal prevencion de los sucesos, sólo por reglas prudentes generales se pueden, dentro de la facultad, dar avisos, que luégo la perspicacia y experiencia de quien los recibe los adapte á la urgencia ocurrente, tal vez con la celeridad precisa, á no dejar pasar la ocasion y con la sabia lentitud que asegure el intento (precision de coyuntura, que cuanto más dificulta en nuestra profesion el acierto, tanto más la ilustra con la velocidad de instantes, para acertar que son de ella sola), gloriarse V. S. no poco de haber rayado, en todo cuanto la profesion permite trasladar al papel, más alto que ninguno.

En la vasta region de la diferencia de ciencias que la profesion militar incluye (al modo en que en la república literaria se distinguen las facultades para varios fines, cumpliendo cada uno en su profesion, pero no así en la militar, pues el general perfecto todas las debe saber, y todas con anticipacion ó en acto le son precisas para el acierto del suceso que le presente el destino), V. S. las ha circunscrito á las reglas de las *Reflexiones Militares* todas; pues que empezando por la cabeza del generalísimo en su primer libro, halla un dechado que seguir para ser perfecto en las virtudes.

En el II, por el connotado de la guerra con la política, nos ilumina en ésta V. S. con todo lo que concierne á la obra, explicando los motivos de paz y guerra, y precauciones sobre alianzas y socorros, empezando político, mediando guerrero, y acabando piadoso.

En el III instruye V. S. al Monarca que lo ha de resolver, á los ministros que lo han de disponer y al general que lo ha de practicar, cuanto es previo á una futura premeditada guerra.

En el IV instruye V. S. en los primeros pasos con que el más esmerado cuidado debe proceder en una nueva declarada guerra, sin que su estudio en envolver este feto recién-nacido en las fajas de Marte, le haya dejado olvidar todas las sutilezas que para su mejor crianza puedan conducir en los avisos de Mercurio.

En el V nos da V. S. palpables las soluciones de la mayor dificultad (no conocida de todos) de la profesion, que es el campar (dón de eleccion que no hallé en muchos); discurre sobre ello, penetrando los eventos en que pudiera dudar el á cuyo cargo esté la resolucion.

En el VI nos describe V. S. todas las diferencias de marchas que, por la variacion de los terrenos ó circunstancias especiales que acaezcan, las hacen diversas para ser acertadas, ofreciéndose tantas y tan justas razones de dudar sobre elegir en ello, que vi varias veces á grandes capitanes no encontrar con la mejor conducta, y en un ramó tan distinto, que no tiene conexión con otro.

En el VII propone V. S. prudentes reglas para el gobierno de un general en el modo de usar de los medios para instruirse de lo que pasa entre los enemigos, cosa tan útil como necesaria en la profesion.

En el VIII previene V. S. los antidotos del más violento veneno contra un ejército, como son las rebeliones del país, ó de las tropas, dando, no sólo re-

glas preventivas para evitarlas, sino tambien sabias y prudentes, para cuando no alcancen aquéllas, practicar otras.

No olvida V. S. en el IX cuantas circunstancias se pueden excogitar para poner patentes las ventajas de una guerra ofensiva, proponiendo hasta los más menudos preceptos para su práctica, entretejiendo las más piadosas y oportunas razones de la política y cristiandad con la solidez de los medios que da para conseguirla.

En el X muestra V. S. los arbitrios de solicitar un combate, y diestramente propone el de que los enemigos no le eviten, una de las grandes maestrías de la profesion, en que no pocas, precipitado el deseo de conseguir lo que se intenta en los mismos medios que para ello se ponen, se arriesga el suceso ó se desvanece el fin.

En el XI, tan menudamente V. S. nos exhibe las disposiciones para dar una batalla resuelta (y aún en algunas cosas con novedad), como instruye hasta en las más pequeñas y seguras medidas que se deben tomar en todo lo que en este asunto puede acaecer.

En el XII adelanta V. S. preciosos avisos para durante la batalla, previniendo sabiamente cuantos acaecimientos parece puedan ocurrir en ella.

En el XIII, despues de dar reglas para fenecer diestramente el fin de una batalla, propone con madurez el fruto que de ella se deba recoger y los más seguros modos de conseguirlo; y empezando por lo más cristiano concluye con lo más caritativo, poniéndole delante al jefe el riesgo de la emulacion de sus glorias, para que hasta en esto haya de quedar obligado á sus avisos.

En el XIV incluye V. S. todos los elementos de la particularísima ciencia de bloquear ó atacar una plaza, lo que se deba hacer despues de su rendicion ó cuando se haya de levantar el sitio; sin que ni á la aplicacion del mayor discurso le quede que añadir, ni la sutileza más exquisita pueda preguntar más: incluyendo así cuanto hay que decir de la situacion de la plaza que se bloquee ó ataque, como cuanto á hacerlo sea conducente, desde la más leve circunstancia hasta el cúmulo de su perfeccion.

En el XV trata V. S. de las sorpresas de plazas y tropas; y despues de haber discurrido menudamente con acierto sobre las de plazas, pasa con energia á tratar de las de tropas, sin olvidar situacion ni coyuntura de las en que, por las reglas del arte, se pueda conseguir el intento.

En el XVI habla V. S. de las emboscadas con admirable distincion, y de los pasajes de los rios, de todos los modos que se pueden ofrecer, con la moderacion de su prudencia, dando las más acertadas reglas, y confesando la duda con distincion de la práctica de las que discurre, ó más fundadas ó menos fáciles de practicar.

En el XVII, con el motivo de tratar de la guerra defensiva, socorros de plazas, defensa de pais abierto propio y diversiones militares y políticas que se pueden hacer en el ajeno, nos muestra patentes V. S. cuantos eficaces medios son practicables para los fines dichos; y cada uno viene de tal modo desmenuzado para la advertencia, que constituye un original, en que no queda que hacer para el acierto sino sacar la copia, dando á un mismo tiempo V. S., para más fácil comprension, hecho el dibujo, y aún adornado con más brillante pedrería y pomposo ropaje que el que nos indica el titulo de este libro, pues incluye otras especialísimas circunstancias más que las que promete.

En el XVIII, explicando los motivos que deben resolver á no pelear, nos propone V. S. los medios para no ser obligados á combatir, siendo esta segunda para mí aquel último golpe que perfecciona á un general; pues que la inteligencia de éste debe ser manteniendo (á lo ménos sacrificando poco de lo propio) el honor y el pais, en cuyo sistema, siendo preciso retener lo uno, se hace casi imposible conservar lo otro (estrecho aprieto, en que más que nunca se inmortalizará la gloria de un general para con los que puedan dar acertada censura). Y los avisos que V. S. nos franquea para esto, son los más sanos y los más frecuentes; pero porque cumpla yo

lo que expresé al principio, no puedo dejar de decirle aquí dos cosas: la primera, que siendo imposible reducir este grande arcano á preceptos, no se pueden ceñir á reglas todas sus casualidades; la segunda, que tal vez, aún para combatir con ventaja, se debe empezar por los medios de dar á entender no querer combatir, y que en la otra limitacion que V. S. con perspicacia expone por uno de los motivos para no dar un combate, de no tener viveres prontos para seguir el alcance de una victoria, no es regla adaptable á universal máxima, pues que muchas veces (como V. S. bien sabe) la constitucion del Estado del príncipe, saca más ventaja de el fruto de una victoria que desahogue al Estado, que aún de la total destruccion que resultase de seguir al enemigo el alcance; aunque bien veo que lo que V. S. con acierto avista para la noticia, por no dejar que decir, no lo establece como precepto; pero yo genialmente cumplo con lo que costó poco á mi genio ofrecer en el ingreso de esta aprobacion.

En el XIX da V. S. avisos al general y oficiales de tropas derrotadas, abatidas ó descontentas para la enmienda de aquella desgracia, no sólo en lo material de la facultad, sino en lo formal de guerrear los entendimientos de los oficiales sin espanto, contra los de los soldados llenos de pavor; y añade todas las más sabias medidas que para esta enmienda se pueden practicar, y otras no le quedan que discurrir al general; pues aún cuando le siga la desgracia hasta perder la libertad, le da V. S. advertencias para su consuelo.

Y en el libro XX y último de sus *Reflexiones Militares* nos da V. S. un dechado de una de las más difíciles cosas de la facultad, que son las retiradas; y no contento V. S. con distinguir admirablemente la variacion que hay en ellas, pasa á subdividir lo más difícil, que es el método, en que cada distincion del terreno constituye el modo de hacerlas, poniendo casi todas las que sobre esto pueden ocurrir. Y para corona de su obra, expresa los motivos políticos y cristianos para que solicite su retiro el general que haya adquirido razonable gloria y se halle avanzado en edad.

De estos veinte preciosos abundantes manantiales se destacan diferentes benévolos arroyuelos, que serpenteando por el vasto campo de nuestra facultad, producen al Estado un cultivo de sazonados frutos que fecundan de paso, y hermosas fertilidades, de que se recoge la utilidad en provecho de la grandeza del príncipe, y ventajosos aumentos de sus súbditos, causando cada cosa el efecto correspondiente á su tamaño, ó en lo agradable, ó en lo útil, como medio cada uno, según su proporcion, para el fin, ó del gozo, ó del alivio, ó del aumento de la república. De todo lo que se infieren dos precisas consecuencias: la una, cuál sea el inagotable océano de la profesion, y cómo igualmente contribuye al comun bien, sin desdenarse, por secundar el cedro más alto del Soberano, el beneficiar al pequeño retoño del más humilde vasallo; la otra, que, habiéndolas V. S. recopilado con una reflexion que ha incluido el acierto de sus *Reflexiones*, ha querido que no tenga imperio lo caduco en el concepto que se merece, y ha seguido el consejo con que Plinio exhortaba á Rufo para que escribiese y estampase sus estudios; pues con tales deliciosos afanes y nobles tareas llega á ser propia la fama, propia la opinion, el respeto propio, y propia la universal aclamacion, que vemos sepultada de tantos insignes varones é ilustres capitanes, que ni ellos de sí, ni otros de ellos, trasladaron á la posteridad en la pluma; pues á buen seguro que, si embebecidos con los laureles que les merecieran sus glorias, no hubiesen olvidado privarnos de sus noticias, no hubiera ménos autores que citar en nuestra profesion que en las demas, aunque no obstante este menoscabo de su adorno, V. S. nos da tantos monumentos en su obra, que ninguna falta hacen, debiéndole la profesion tributar por ello el mayor reconocimiento, pues si con ella sella los labios á la crasísima ignorancia vulgar, de que la impiedad en el corazon, el desgarró en las costumbres y la precipitacion en los juicios, son los constitutivos de un soldado, sin guardar más cristianas

ni políticas medidas que las desordenadas de su voluntad ó las producidas de sus violentas pasiones, reconociendo el mundo que lo opuesto de lo que se tiene figurado, es lo que constituye un general perfecto. Si á lo ménos no adquiriese la profesion militar la benevolencia con que se debe mirar facultad tan necesaria como útil al público, á lo ménos habrá conseguido V. S., no sólo quitarle la aversion que se le pudiese tener, sino tambien mostrando que no basta para ser oficial estar en el servicio, ó servir sin estudio y reflexion en él, darle al que quiera aprender pauta universal.»

EXPEDICION DE ORÁN

FRAGMENTO DE LA BIOGRAFÍA

del marqués de Santa Cruz de Marcenado, escrita por por el oficial primero de Administracion Militar don Angel Altolaguirre, y premiada en el certámen del Centro Militar.

Convencido el rey Felipe V de que por el momento tenia que aplazar sus pretensiones con respecto á Italia, dirigió sus vistas á esas costas señaladas por el genio de Isabel la Católica como fundamento y base de nuestro engrandecimiento; allí estaba Oran, la conquistada por el cardenal Cisneros, y por una traicion perdida; su situacion frente á nuestras costas, y su importancia como puerto en el Mediterráneo, hacianla desear de todas las naciones, y la convertian en una amenaza para la seguridad de nuestras provincias del litoral; allí teniamos tambien un fin de cumplir: el deber de civilizar los pueblos cultos á los bárbaros, imponia á los españoles, como les impone hoy, la necesidad de llevar sus armas á las costas africanas, único medio de implantar el progreso en pueblos cuyo lema es la inaccion, y cuyas creencias les aíslan del género humano; que siempre los ejércitos han sido como el medio conductor de que la Providencia se ha valido para poner en contacto las naciones, hermanar las razas, borrar las fronteras y hacer caminar á los pueblos hacia la fraternidad universal, porque las rencillas que las guerras llevan en sí desaparecen pronto, pero quedan para siempre fijos los principios de progresos y de cultura que los ejércitos conducen.

Acaso por vez primera, desde los Reyes Católicos, pensaron nuestros Gobiernos en estos deberes, y acaso, tambien por vez primera, comprendieron que no era lejos de España donde se encontraba la base de su engrandecimiento, y que á sus mismas puertas habia fértiles territorios, seguros puertos, y extensos mercados en donde emplear su actividad; pues si hasta poco ántes se habia poseído á Orán y se tenia á Ceuta, poco ó ningun partido se habia sacado de tan importantes plazas.

Todas estas razones movieron al Rey á organizar una expedicion para recuperarla, razones que él mismo condensa en las siguientes palabras dirigidas al Consejo de Castilla: «Estando esta plaza (se refiere á Oran) en poder de los bárbaros africanos, es una puerta cerrada á la extension de nuestra sagrada religion y abierta á la esclavitud de los habitantes de las inmediatas costas de España, no sin fundado recelo de que, instruida esta nacion en la guerra de mar y tierra, le facilite la situacion de la Plaza y Puerto formidables y fatales ventajas sobre las vecinas provincias de estos Reinos (1).»

Realizáronse los aprestos con asombrosa rapidez, guardándose el mayor secreto acerca de su destino, para facilitar el éxito con la sorpresa; y una vez terminados, empezóse el día 3 de Junio de 1732 el embarque en Alicante de tropas y pertrechos; llegó el día 4 el convoy formado en Cádiz, y el 12 el de Barcelona, saliendo el 16 á las doce de la mañana la expedicion que iba mandada por el conde de Montemar, que llevaba como Tenientes Generales al marqués de Santa Cruz, recién promovido á este empleo, en premio de sus servicios (2), al de Villa-

(1) Real decreto dirigido al Consejo desde Sevilla por Felipe V en 18 de Junio de 1732.

(2) *Gaceta de Madrid*, 1.º de Julio 1732.

darias y al conde de Massillar, y que conducía, en 527 buques de guerra y transporte, 28.476 hombres, 5.076 caballos, 110 piezas de artillería y 60 morteros (1).

Vientos contrarios impidieron el desembarco hasta el 29 de Junio, que se verificó en la cala de las Aguadas, siendo de los primeros el marqués de Santa Cruz, que tuvo ocasión de apreciar el buen éxito de unos cañones cortos que por sus gestiones se habían hecho en Turin, disparando sobre un gran número de moros que se desbandaron sin ofrecer apenas resistencia (2). Empezó su marcha el Ejército hacia Orán, en donde esperaba encontrarla obstinada; pero una feliz circunstancia vino á facilitar en pocos días el objeto de la expedición. La compañía de escopeteros de Tarifa, que se había destacado del grueso del Ejército, hizo fuego sobre algunos ginetes moros, que viendo el corto número de los nuestros, cargaron sobre ellos; y aunque resistieron valerosamente, tuvieron que emprender la retirada por falta de municiones. El conde de Montemar envió 50 dragones á socorrerlos; pero el número de enemigos crecía de tal modo, que lo que empezó por insignificante escaramuza, terminó por formal batalla, en que 20.000 moros y 2.000 turcos, fueron tan completamente derrotados, que penetrando en Orán y cogiendo sus riquezas, la abandonaron apresuradamente, rindiéndose la plaza, así como Mazalquivir, en donde nuestras tropas entraron el 3 de Julio, apoderándose de 121 cañones, 30 morteros, y gran cantidad de viveres y municiones (3).

Tan lisonjeros resultados inspiraron á Montemar la idea de proseguir la conquista hasta apoderarse de Argel; pero lo limitado de sus instrucciones, y la orden que al poco tiempo recibiera de regresar á la Península con la mayor parte del ejército, le obligaron á desistir de sus propósitos y á reembarcarse el 1.º de Agosto, dejando 8.000 hombres á las órdenes de D. Álvaro, nombrado comandante general de la plaza y territorios conquistados.

Apénas los moros tuvieron noticia de las escasas fuerzas que quedaban en Orán, formaron el propósito de recuperarla, á cuyo efecto dispuso su jefe, el Bey Mustafá, un ataque con 12.000 hombres al fuerte de San Andrés; pero fueron rechazados y tan duramente escarmentados por la guarnición, que desistieron de la empresa; no así los argelinos, que, mejor organizados y más acostumbrados á la guerra, se presentaron en gran número con alguna artillería y el apoyo de una escuadra, haciendo blanco de sus esfuerzos el castillo de Santa Cruz, aunque se estrellaron siempre ante la heroica resistencia de sus defensores (4).

Había comprendido, desde luego, D. Álvaro la difícil situación en que se hallaba colocado, y al propio tiempo que pedía refuerzos á España, disponía todas aquellas medidas que su celo le dictaba para la mejor defensa (5), ya construyendo obras que pusieran en comunicación el castillo de San Gregorio con el de Santa Cruz, para poder socorrerlos oportunamente, ya presentándose en los puntos de mayor peligro para animar á la tropa, ó ya inspeccionando los trabajos de contra-minas, en una de cuyas visitas estuvo á punto de perecer, porque sólo hacía tres minutos que había salido de la galería, cuando, prendiendo fuego los moros al hornillo, causaron la muerte de los que en ella se encontraban.

La situación empeoró hasta hacerse casi desesperada, cuando se presentó delante de la plaza una escuadra argelina, compuesta de nueve navíos de 30 á 70 cañones, los cuales, á pesar del vivísimo

fuego de los fuertes, lograron al cabo penetrar en el puerto, que afortunadamente abandonaron en seguida, al saber que el 10 de Diciembre había salido de Barcelona la escuadra de sojorro, que llegó el día 12, conduciendo cuatro batallones, 800 granaderos del regimiento de Aragón y nueve compañías del de Ultonia (1).

Conociendo los moros la imposibilidad de que España sostuviera constantemente un ejército para defender á Orán, no entraba en sus planes empeñar formal acción, sino retirarse al interior á esperar á que se volviesen los refuerzos, para emprender de nuevo el sitio; así lo debió comprender el marqués de Santa Cruz, y así lo debieron comprender los que formaron el consejo de guerra que se celebró el 20 de Noviembre, al tener noticia de que el enemigo retiraba su artillería, cuando, á pesar de no haber podido aún desembarcar 2.000 hombres, por el estado del mar, resolvió D. Alvaro salir en la madrugada del 21, con las fuerzas disponibles, que ascendían á 7.600 hombres y 380 caballos, á fin de sorprenderlos y batirlos ántes que consiguiesen sus propósitos (2).

A este intento, formó su pequeño ejército entre los castillos de San Felipe y San Andrés, y organizando dos columnas, ordenó que la mandada por el marqués de Valdecañas y D. Miguel de Zaldúa, compuesta de los regimientos de Vitoria y Cantabria, amagase la izquierda de las trincheras enemigas, en tanto que la otra, á las órdenes del marqués de Tayde, formada por Guardias Españolas y Walonas, el regimiento de Namur y diferentes piquetes, se apoderaba de ellas por la derecha, quedando don Alvaro en el centro, con un cuadro de seis batallones, otro en medio, de reserva, y cuatro piezas de campaña para apoyar su movimiento de avance y socorrerlas en caso preciso.

Realizóse la operación tal y como D. Alvaro había dispuesto; pero los moros, que recibieron con un nutrido fuego á las fuerzas que mandaba el marqués de Valdecañas, desalojaron las trincheras tan luego como vieron al de Tayde, emprendiendo una ordenada retirada ante las dos columnas que se habían unido, y que, sostenidas por el cuadro, los persiguieron más de tres cuartos de legua, habiendo ántes hecho retirar á su caballería, que trataba de interponerse entre las tropas y la plaza.

Conocedores los moros del terreno, fueron aproximándose á su campamento, hasta llegar á una altura que, por tener un barranco en su frente, ofrecía grandes condiciones de defensa, á más de coger de flanco con sus fuegos á nuestros soldados, que sufrieron sensibles pérdidas. La experiencia que D. Alvaro tenía de su modo de combatir, le hizo comprender lo inútil de aventurar un ataque, en el que sufriría numerosas bajas sin gran resultado, pues desbandándose los moros en cuanto vieses de cerca el peligro, se reunirían en otro lugar fuerte, para de este modo multiplicar la resistencia, según su práctica; esto, unido á que el principal objeto de la expedición se había logrado, que se hallaban á tres cuartos de legua de Orán, y á que las tropas habían sostenido seis horas de combate, le decidió á disponer la retirada, que verificó en buen orden el marqués de Tayde, y para que apoyasen á las fuerzas del de Valdecañas, que eran las que más sufrían el fuego enemigo, se destacó del cuadro el regimiento de Asturias; pero quiso la desgracia que estrechándose las filas se produjese alguna confusión entre la tropa, que poco á poco fué creciendo, á pesar de los esfuerzos que para contenerla hacían los jefes, y lo que hasta entónces había sido una victoria, convirtiase en desastrosa derrota; verlos los moros y arrojarse en su perseguiamiento con su acostumbrado ímpetu, todo fué uno; pero llegaron tarde; don Alvaro, que comprendía cuán inminente era el peligro; que á la suerte de aquellas fuerzas iba unida la de Orán y la de todas nuestras posesiones de

Africa; que veía desvanecerse en un momento tantos ideales formados, tantas esperanzas concebidas, no duda, no vacila un momento, y lánzase al frente de algunos oficiales y dragones, para servir de muralla á la morisma y ofrecer su vida por la salvación del ejército, y allí, en revuelta confusión, en medio de miles de enemigos, lucha y desaparece, como en años anteriores había desaparecido en Alcázarquivir el héroe lusitano, como él grande ante el peligro, como él amante del engrandecimiento de su patria, como él fiel cumplidor de los deberes militares; pero la desaparición de D. Sebastian lleva en sí la derrota del resto del ejército portugués, y la de D. Alvaro la victoria de nuestras tropas; no, no fué estéril su sacrificio; al ver combatir á su jefe, las fuerzas de caballería cargan sobre el enemigo, detienen su ímpetu y le rechazan, dando lugar á que los infantes prosigan una retirada ordenada; pero los moros no desisten aún de su empresa; 1.500 jinetes tratan de cortar á nuestras tropas; mas se encuentran con los regimientos de Ultonia, Aragón y algunos destacamentos que habían desembarcado y venían ansiosos de tomar parte en la contienda (1), y son completamente derrotados, sembrando el desorden en los suyos, que, perseguidos por nuestros soldados, á quienes se unen los refuerzos, tienen que buscar, á la desbandada, asilo en sus campamentos, y al caer de la tarde, cuando los últimos rayos del sol iluminaban el sangriento campo de batalla, en que yacían 1.600 españoles y 10.000 moros, nuestro ejército, triste y abatido, penetraba en Orán, que aunque los laureles de la victoria habían coronado sus banderas, fúnebres crespones las envolvían, y la satisfacción del triunfo no podía compensar el sentimiento por la desaparición de su jefe, que, con su valor, hubieran sabido resarcirse de una derrota, pero no era posible compensar la pérdida de un hombre de las múltiples y brillantes cualidades de D. Alvaro.

Ayer rendimos homenaje á Calderon, hoy á Santa Cruz de Marcenado, mañana se lo rendiremos á Hernán-Cortés. Aunque tarde, ya nos acordamos de celebrar nuestras glorias, quizá porque en la hora del infortunio se recuerdan con mayor ansia los días de ventura.

Ensalcemos lo pasado, mas no para vanagloriarnos inútilmente del bien perdido, sino para robustecer nuestro espíritu y buscar en nuevos horizontes la grandeza que nos falta.

ADOLFO LLANOS.

DESPUES DE LA MUERTE

Quien sostenga con recursos y figuras fundadas en las investigaciones científicas que con la muerte concluye todo, padece una equivocación tristísima. *Plus ultra.*

Sólo el que nada cultiva, sólo aquel que jamás ha contribuido con su óbolo á la progresiva civilización, altar grandísimo donde se recrea el Supremo Hacedor, sólo aquel quedará en el panteón del olvido.

Pero el hombre, de cualquier condición que sea, que sabe dar al mundo el grano de trigo, producto del cultivo de su inteligencia, vivirá después de la muerte, como el marqués de Santa Cruz de Marcenado.

ANTONIO GARCÍA BRUNA.

(1) Apéndice E.

(2) Diario y noticia verdadera de lo ocurrido desde el 29 de Junio de 1732, etc.—B. N.—Varios.—F. V., 236-6.

(3) Conde de Clonard, *Historia de las armas*, tomo V, pág. 180.—Idem, id., id.

(4) Conde de Clonard, *Historia de las armas*, tomo V, pág. 183.

(5) En la *Gaceta de Madrid* del 4 de Noviembre de 1732 se hacen elogios de su conducta y de las disposiciones que adoptaba.

(1) *Gaceta de Madrid*, 11 Noviembre 1732.

(2) D. José del Campo Raso.—Continuación de los *Comentarios de la guerra de España*, del marqués de San Felipe, tomo III.

(1) Apéndice F.—*Historia de las armas*, conde de Clonard, tomo V.—*Comentarios de la guerra de España*, marqués de San Felipe, tomo III.

LA EUROPA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVIII

Para apreciar con exactitud las condiciones de los personajes cuyos nombres nos trasmite la Historia, hay que trasladarse con un esfuerzo de imaginación á la época en que vivieron, y hacer de ésta un estudio circunstanciado, procurando desimpresionarse del influjo de las ideas modernas, á fin de no dar, siquiera sea inconscientemente, efecto retroactivo á esas leyes, hoy de general aplicación en el orden social, que las pasadas generaciones hubieran abominado como utopías monstruosas ó criminales desvarios.

En este exámen, hecho á propósito del primer tercio del siglo XVIII, se avalora el mérito sobresaliente del marqués de Santa Cruz de Marcenado, y adquieren palpable relieve sus admirables dotes de pensador y filósofo, su erudición asombrosa, las nobles cualidades de su alma, y las múltiples condiciones de su carácter, que hacen su ilustre nombre digno, por tantos conceptos, de ser enaltecido y venerado por la posteridad.

La sociedad de su época, por lo que á España se refiere, alcanza el más bajo nivel que registra la historia de nuestra patria desde la alborada del Renacimiento. En vano el ánimo se obstina buscando en aquel periodo algo que le recuerde la España de los dos siglos anteriores. En armas, en letras, en artes, en ciencias, nada responde á la investigación; todo permanece mudo. Desde que Claudio Coello, en el anterior reinado, rompió su pincel maravilloso, viéndose postergado al charlatanismo en la pintura, que simboliza Lucas Jordan, el arte huye de nuestro suelo, dispuesto á no reaparecer hasta cerca de un siglo más tarde. Los ecos de la musa de Calderon, extinguidos apenas há diez y nueve años, no despiertan á saludar el advenimiento del quinto Felipe, y dejan reposar el número délfico, para que no se sonroje más tarde ante los amanerados preceptos del afrancesado Lujan, que busca en Racine y Corneille la inspiración que su miopía no acierta á ver en Lope, Tirso, Moreto y Calderon. En la larga serie de combates que registra la guerra de sucesión, no suenan ya nombres españoles; los Berwick, Asfeld, Catinat, Orleans y Vendôme mandan nuestras tropas y se condecoran con el laurel del triunfo, cuando éste premia el esfuerzo de los pobres soldados de Castilla, sin hacer partícipes de sus honores á los españoles que, como Aguilar, saben convertir en victoria el que Vendome consideró vencimiento de Villaviciosa. Si más adelante se habla de Ledé, Montemar y la Mina, lo mezquino del pensamiento político á que responden sus empresas deja sus figuras en lugar secundario. La empobrecida y anulada España vierte su sangre y tesoros en guerras ajenas al interés nacional, en buscar coronas para los hijos de Isabel Farnesio; y como en tan descabellados planes pierde siempre provecho y sangre, cuando no ambas cosas á la vez, la nación de Pavia y San Quintin no juzga satisfecho su orgullo con las vanas conquistas de Cerdeña y Sicilia, tan pronto ganadas como perdidas, ni cree suficiente compensación á sus sacrificios las victorias de Ledé en Melazzo y de Montemar en Bitonto.

En la corte misma, al frente del Gobierno, nombres franceses nada más. El pseudo-hacendista Orry; el espiritual embajador marqués de Harcourt, que asiste á las juntas, sentado al lado de la Reina, y cuyo voto es omnipotente, y más tarde el cardenal Estrees y su sobrino el travieso abate del mismo apellido, dirigen la cosa pública. Un cardenal Portocarrero, primado de las Españas, que imagina ser el árbitro de la nación con el advenimiento de Felipe V, se contenta con el empleo de ¡¡coronel!! del regimiento de Guardias españolas, y deja plaza al embajador marqués de Lonville, que llega á ser el rey de hecho, y á otros franceses como Valcouse, cuyas rapiñas hacen buena la memoria del célebre Chievres, y Montreal, incapaz áun para esta clase de manejos; todos inferiores en influencia á la célebre princesa de los Ursinos, visir de esta corte, por demás extraña, quien á su vez se somete al intrigante Auvigny, aventurero de poco envidiable reputación.

Con el segundo matrimonio del Rey, el aspecto de la corte cambia radicalmente. La Ursinos es desterrada, y á la fatal influencia francesa sustituye la italiana, de que es genuino representante el advenedizo Alberoni. Entónces, las expediciones á Italia; los grandes fracasos de esperanzas utópicas; la arripatía de Isabel Farnesio hacia los hijos de su marido; su inconsiderada ambición, que ni la caída del travieso Alberoni, editor responsable de sus actos, es bastante á moderar; las truhanerías políticas del aventurero Riperdá, y su ruina estrepitosa, constituyen un cuadro tan abigarrado como repulsivo, en el fondo del cual se percibe un país esquilado, una nación exánime, moviéndose sólo por el galvanismo, sin fuerza ni conciencia de sus actos, sumida en la abyección é incapaz de recobrar en mucho tiempo, en el concepto del mundo, el puesto de que ha sido arrojada por la fatalidad.

Si una época ha de juzgarse por los hombres que produce, como se juzga de un terreno por la calidad de sus frutos, aún resulta el cuadro que bosquejamos más lúgubre y pavoroso. En el medio siglo que casi transcurre desde el advenimiento de Felipe V hasta su muerte, aquella estéril sociedad sólo da vida al benedictino Feijóo, que en su *Teatro crítico* dispara contra el error y las preocupaciones, sin que sean parte á detenerle el misticismo ridículo de su tiempo, ni el temor á las investigaciones del Santo Oficio, si, contenido ya por saludable providencia del Rey, no enmudecido ni impotente. El trinitario Miñana continúa entónces la obra de Mariana, pero mostrándose muy inferior al célebre jesuita talaverano. Ferreras publica también su *Sinopsis histórica de España*. Belando su *Crónica*, y sus *Comentarios de la guerra de España* el marqués de San Felipe; mas, en justicia, ninguno de ellos merece un lugar distinguido entre los grandes historiadores ó literatos. El doctor Martin Martínez y el padre reverendo Antonio José Rodríguez, no logran igualarse en la ciencia médica con sus predecesores Vallés, el divino, y Servet, el mártir de Ginebra. Mayans y Ciscar, el Néstor de la literatura española, se aproxima más á sus modelos; pero ninguno de los anotados logra, en boca de la Fama, tanto renombre como el por tantos conceptos digno de alabanza D. Melchor de Macanaz, literato, pensador, administrador y político, honor de su patria, que, léjos de ser en ella comprendido, se ve objeto de tenebrosa persecución, como inficionado por la herejía.

Brevísimo resulta el catálogo de hombres ilustres en este periodo, por más que los historiadores, guiados de un plausible celo, no desistan de sus investigaciones para aumentarlo con nuevos nombres. Pero extendiendo el vuelo á más dilatados horizontes, como lo hizo Santa Cruz, ausente de España, se observa que este fenómeno de esterilidad en hombres y en sucesos es casi exclusivo de nuestro desventurado país en la época á que nos referimos. Léjos de ella se ve á la civilización caminar de conquista en conquista, constituirse Estados y nacionalidades, realizarse grandes empresas en el terreno de la ciencia; se observa, en fin, á la humanidad perseverando en sus manifestaciones de vida, que tienden á la perfección de la especie, rompiendo las trabas que sujetan el espíritu.

En tanto que la instalación en el trono español del nieto de Luis XIV congrega á las grandes potencias contra Francia y España, encendiendo una lucha que durara diez años, al Norte de Europa surge una nueva monarquía. El Electorado de Brandeburgo se transforma en reino de Prusia, con el consentimiento del Emperador, no obstante la profética advertencia de Eugenio de Saboya, y al ceñirse la corona por sus propias manos Federico I, solemniza su advenimiento al trono nombrando al inmortal Leibnitz presidente de la Academia de Berlin.

El joven Carlos XII, de Suecia, da comienzo casi á la par á su carrera de héroe. Humilla al rey de Dinamarca; despoja de la corona polaca al débil Augusto de Sajonia, reemplazándole con Estanislao Lekzinski, y aplasta en Narva á cien mil moscovitas; pero con estos hechos revela al mundo el poder de la Rusia y la voluntad de un despota como

Pedro el Grande, que hace surgir, á modo de invocación, entre las insalubres charcas del helado Neva, una ciudad de quinientos mil habitantes.

En Inglaterra, el reinado de Guillermo de Orange, usurpador legítimado por el voto nacional, inaugura una nueva era de su existencia política. Al morir este enemigo constante de Luis XIV, Ana, su sucesora, la hija del despojado Jacobo II, ligada por el pacto constitucional, sigue, aunque á pesar suyo, la política de su antecesor, y el duque de Malborough consigue notables triunfos y ciñe su frente con la diadema de los grandes capitanes, mientras se verifica la reunión definitiva de Inglaterra y Escocia, por la fusión de sus Parlamentos, que, inspirados en un gran sentido práctico, olvidan antiguas rencillas y dan de lado á suspicacias inconvenientes.

Ante este periodo de reconstitución, otro de terrible decadencia nos ofrece Francia en el último periodo de la vida de Luis XIV. Hombres para hacer la guerra, dinero para sostenerla, administradores en la Hacienda pública, caudillos en los ejércitos, todo falta. El rutinario Marsin, el inconcebible Tallard, Villeroy, el ignorante y presuntuoso, se dejan derrotar miserablemente por Eugenio de Saboya y Malborough, y exponen á su endiosado señor á las más terribles humillaciones. El sentido de la frase «no hay Pirineos» lo aplican entre tanto los ingleses, haciendo de Portugal una colonia británica, bajo el pretexto de estrecha alianza, que el pequeño reino acepta en un instante de impremeditación, para llorarlo durante dos siglos.

Cuando en 1709 el desastre de Malplaquet parece arrastrar á la Francia al borde de su ruina, en el otro extremo de Europa el monarca aventurero Carlos XII es vencido en Pultawa y halla asilo entre los turcos, donde concibe la ilusión de vengarse al mirar á su rival encerrado en un recodo del tormentoso Pruth; pero la astuta Catalina libra al Czar á cambio de una humillación, y éste vuelve al corazón de Europa y destruye la obra del loco real, refugiado en Bender.

La muerte del emperador José I, á quien sucede el adversario de Felipe V, prepara la paz de Europa. Este suceso importante, unido á la caída de Malborough, ocasionada por intrigas del hábil Bellingbroke, y á la victoria que logra el ilustre Villars en los campos de Denain, deciden á la reina Ana á firmar el tratado de Utrecht, muy aceptable á la Francia. España pierde en él Flándes, el Milanésado, las dos Sicilias, Cerdeña, Gibraltar y Menorca. La nación de Carlos V y Felipe II pasa á ser una potencia de las más secundarias de Europa.

Créase por este tratado el reino de Cerdeña, origen del actual reino de Italia, y á la vez muere el primer monarca de Prusia, dejando la corona á Federico Guillermo I, el rey sargento que echara los fundamentos de robustas instituciones militares. Carlos XII logra poco después huir de Demotica y enciende la guerra en el Norte de Europa, pero ve ya eclipsarse su estrella al abandonar á sus adversarios su ciudad querida de Stralsund.

En el Mediodía quedan subsistentes muchas causas de discordia. La guerra no puede hacerse esperar. En Francia, la anulación del testamento del difunto rey llama á la regencia del niño Luis XV al duque de Orleans, y esta solución no acomoda á los bastardos de Luis XIV ni á Felipe V de España. La ambición de Isabel Farnesio, excitada por el intrigante Alberoni, mueve al Rey; úrdese en París tenebrosa conspiración contra el Regente; haláganse las pretensiones de los Stuardos; se busca la alianza con Carlos XII, para derribar la casa de Hannover, y una gran expedición se dirige contra las posesiones austriacas de Italia; pero Jorge I se prepara al golpe con la suspensión del *Habeas corpus*, uniéndose al Regente, por mediación del abate Dubois, y la obra de Alberoni viene á tierra, siendo el cardenal sacrificado. Carlos XII muere de una bala en el sitio de Frederichsall, y los Estados suecos hacen responsable de la política del Rey al ministro Goertz, condenándolo á una muerte afrentosa.

Ante el peligro de sus Estados de Italia, el Austria

firma paces con el Turco, privando al célebre príncipe Eugenio del último teatro de sus glorias; pero el vencedor de Belgrado, al retirarse de la escena del mundo, escribe su nombre junto á los más grandes capitanes.

La regencia del duque de Orleans es célebre por la re'ajacion de las costumbres; por las intrigas de Dubois, el más licencioso de los prelados y el más corrompido de los ministros; por el desarreglo y la perversion en todos los órdenes, desde el alto clero, dividido por las disputas teológicas, hasta la Hacienda, representada por el agiotista Law. La mayoría del Rey, seguida de la muerte del duque de Orleans, no mejora el aspecto de los negocios; el duque de Borbon, primer ministro, se deja gobernar por su querida la marquesa de Prié, como el Regente por la Parabère y la Phalaris. El Rey casa con María Lekzinski, hija del desventurado Estanislao de Polonia, y llama al gobierno al cardenal de Fleury, con lo que la obra de destruccion de aquella sociedad corrompida na hace más que detener un tanto su marcha.

Al ocurrir la muerte de Pedro el Grande, la Rusia es ya una nacion que significa mucho en Europa. El gran Czar nada ha perdonado para trasportar á su salvaje país las luces de Occidente; pero sus esfuerzos no le enseñan á ser ménos déspota ni cruel, porque las costumbres no se modifican como las leyes. El reformador no vacila en ser el verdugo de su hijo Alejo, y cuando muere, como Francisco I, víctima de una enfermedad vergonzosa, deja el trono á Catalina, á quien ya aborrece, y que sólo ha de sobrevivirle dos años.

Al ascender Fleury al poder en Francia, en Inglaterra Walpole es elegido primer ministro. Dilatada es la administracion de ambos, aunque favorecidas por causas distintas. El hábil inglés funda su política interior en la corrupcion electoral, y con sus guerras marítimas afirmó sólidamente la dinastía de Hannover. Fleury gobierna diez y siete años, procurando mantener la paz de Europa, para hacer la guerra á los jansenistas, armado de la bula *Unigenitus*, sin ver que la gangrena va ganando lentamente el cuerpo social y que en aquella atmósfera metafísica se condensaban ya elementos para producir el más terrible cataclismo social que los siglos presenciaron.

La vista perspicaz del marqués de Santa Cruz debió seguir en su desarrollo estos sucesos que forman la síntesis del periodo más importante de su vida, y en ellos adquirió sin duda larga experiencia, y su alma hubo de extasiarse ante el movimiento intelectual de que daban gallarda muestra algunas naciones, y ante los hombres ilustres que fueron sus contemporáneos.

La misma Francia, en su decadencia, poseía aún á Fontanelle y Lesage, á Fenelon y á Masillon. En aquel tiempo florecieron: Montfaucon, que dió á luz sus trabajos eruditos; Reznard, sus comedias; sus tragedias, Crebillon; Juan Bautista Rousseau, sus odas y epigramas; Montesquieu publicó entonces sus *Cartas persas*; Voltaire hace representar su *Edipo*, é imprime su *Henriada*; Rollin, privado de su cátedra en la Universidad de París, se consagra á sus importantes trabajos literarios, y el físico Reaumur inventa el termómetro, á que da su nombre.

En Italia, Giannone da valerosa muestra de su independencia, imprimiendo su *Historia civil del reino de Nápoles*, donde se contienen ideas contrarias al poder temporal de los Papas, y no es molestado por ellas; Gravina da á conocer su *Poética*; Maffei, con su tragedia *Méropé*, emprende la reforma del arte dramático en su patria, y Metastasio, con su *Dido abandonada*, adquiere universal reputacion, mientras en Alemania, Stahl, con sus eruditas obras escritas en latin, eleva la química al rango de las ciencias, y Leibnitz, el gran físico, lega su nombre á la inmortalidad.

Pero donde el movimiento científico y literario se manifiesta de un modo vertiginoso durante esta época, es en Inglaterra. El reinado de Ana es como el siglo de Augusto de la vieja Albion: al lado de generales como Malborough, Petersboroug y Stanhope, florecen poetas y literatos como Pope, que con su

poema filosófico *Ensayos sobre el hombre*, conquista la pública estimacion; Swift, con sus intencionados *Viajes de Gulliver*; Daniel de Foé, con su popularísimo *Robinson*. Allí Prior, Gay, Addison; allí Congreve, Shaftesbury, Steele y Bolinbrocke, ministro y negociador de Utrecht, filósofo y poeta, el precursor de Voltaire, como le ha llamado Macaulay. Thompson allí, con su poema *Las Estaciones*, y Hutcheson, que da á la estampa su *Ensayo general sobre las pasiones*.

En la época de Santa Cruz, aún Newton vive, y sus teorías admirables inundan de luz el mundo de la ciencia. Steele funda el segundo periódico diario *Le Tablet*, en que colaboran Swift y Addison; el primero, *Daily Courant*, hacia poco que existía, y algo más tarde da á luz Addison el *Spectateur*, llamado á sobrevivirle y á dar la pauta á esta clase de publicaciones.

Tal era el aspecto que ofrecían las principales naciones de Europa en el tiempo en que vivió el autor de las *Reflexiones Militares*. Esta breve síntesis, por demás plagada de incorrecciones y defectos, tanto en el fondo como en la forma, hace resaltar la figura del marqués de Santa Cruz, pues no siendo inferior en el ramo que se propuso cultivar, el arte militar, como preceptista, á los hombres ilustres de otros pueblos que en otras especulaciones se señalaron, resulta indudablemente mayor su mérito, si se compara el periodo histórico que aquellos países recorrían con el que atravesaba el nuestro. Periodo fatal, que si no pudo impedir al genio tender su vuelo majestuoso, procuró velarlo en impenetrable atmósfera; como si á la luz de la civilización que ilumina los espacios y lanza el rayo hasta el fondo de los mares, le fuera vedado penetrar los misterios de una sociedad decrepita é ignorante, para extraer de sus ruinas lo poco que merece ser conocido y estimado!

No terminaremos sin hacer aquí una protesta de patriotismo. Como dice el general Almirante, el médico no se ensaña en el cadáver al hacer la diseccion, y esto hemos intentado nosotros, si con mano inhábil, con buena voluntad. Por lo demás, épocas como la que en nuestra patria anatematizamos, las han tenido y tienen todos los pueblos. La Francia de Luis XV, en los dos últimos tercios de su reinado, es un periodo aborrecible, que no merece ser con el nuestro siquiera comparado. Aparte de esta consideracion, la época objeto de estas líneas arranca para nosotros en la paz de los Pirineos, reinando el cuarto Felipe, y termina al advenimiento de Fernando VI, monarca eminentemente nacional, cuyo feliz reinado prepara el renacimiento de Carlos III y abre paso á la época contemporánea, en cuya senda se lanza el pueblo español al grito potente del Dos de Mayo.

PEDRO HERNANDEZ RAIMUNDO.

¡HONOR AL TALENTO!

Decadencia literaria é indiferentismo público al trabajo intelectual, caracterizan la época en la que se dió á conocer como escritor el marqués de Santa Cruz de Marcenado; la amalgama de tan fatales elementos hacen destacar más y más la notable figura del malogrado caudillo militar de Orán, pues ni la profundidad de ideas resaltaba entonces en las lucubraciones de los hombres de letras, ni existía siquiera esperanza halagüena de encontrar rescacimiento de prolijos afanes en la ilustracion escasa de aquella sociedad atrofiada.

Varonil entereza y constancia á toda prueba necesitó el autor de las *Reflexiones Militares* para dedicarse sin tregua ni descanso, no ya á la confeccion de su obra monumental, sino á la propaganda de grandiosos pensamientos que, algunos años despues, hubieron de realizarlos en Francia Diderot, Voltaire y d'Alembert, alcanzando con la célebre *Enciclopedia* imperecedero renombre.

Enemigos del abuso en el manejo de la hipérbole, lo mismo para ensalzar cualidades que para disminuir ajenos méritos, sólo rendimos culto á la verdad al exponer sencillamente que el marqués de

Santa Cruz de Marcenado dió muestras inequívocas de su inteligencia profesional, de su erudicion profunda, de su amor al estudio y de su valor sereno, ora lanzando á los vientos de la publicidad excelentes máximas de guerra, ora adornando sus escritos con múltiples ejemplos entresacados del libro de la Historia, ora proponiendo á los hombres de ciencia empresas dignas de su sabiduría, ora, en fin, peleando como bueno durante dilatados años y muriendo como héroe en los campos africanos.

Si no acertó en todos casos; si hoy carecen de aplicacion directa determinados principios del ilustre tratadista, recuérdese por los adustos censores que la infalibilidad nunca es patrimonio de la humanidad, y que, al caducar ciertas teorías, siempre debe hacerse justicia al talento de quien las apuntó en algun tiempo para honra suya y desenvolvimiento continuo de las leyes del progreso.

ARTURO COTARELO.

RELATION DE LA VICTOIRE (1)

remportée par l'Armée d'Espagne de la bataille d'Oran, contre les Maures.

Les lettres qui a apportées un courier arrivé d'Oran le 27 du mois dernier, marquent, que la nuit du 19 au 20 du même mois, l'armée des ennemis s'étoit approchée par le Barranco, ou Vallon creux, des postes qui couvrent les travailleurs des nouvelles fortifications des Forts Saint-Ferdinand et Saint-Philippe. Deux compagnies de grenadiers, que étoient au pied de la montagne de la Mazetta, ayant decouvert l'avant-garde des Maures, la chargerent; mais ayant reconnu le grand nombre des ennemis, elles se retirèrent de leur poste, qui fut occupé par un détachement des ennemis, jusqu'auve, que le marquis de Villadarias, commandant général des troupes espagnoles, eut envoyé des autres compagnies qui les enchasserent. Ce détachement s'étant retiré sur l'une des éminences, qui commandent le Barranco, obligea par le feu continuel de la mousqueterie, les espagnols de quitter ce même poste, mais ceux-cy ayant reçu un renfort de sept compagnies de Grenadiers, de quatre des Gardes Espagnoles et Walones, d'une du Régiment d'Espagne, etc., de deux du Regiment de Victoria, retournerent à la charge, attaquèrent vivement les troupes postées sur la hauteur, et les mirent en suite. Alors l'Armée des Maures, composée du neuf mille hommes d'Infanterie, et de deux mille chevaux, marcha en bataille contre les Espagnoles, et ceux-cy, s'étant postez sous le canon des Forts St.-Ferdinand y St.-Philippe, les ennemis s'avancerent jusqu'à la dernie porte du fusil de ces Forts, d'où ils furent très maltraitez par de fréquentes décharges d'artillerie et de mousqueterie. Après avoir demeuré pendant quelques heures exposez à ce feu; et voyant qu'ils perdoient beaucoup de monde, ils se retirèrent sans vouloir engager le combat avec la cavalerie espagnole, qui étoit postée près le Fort St.-André, et qui les attaqua pour les attirer sous le feu de ce Fort. Quelques déserteurs des ennemis ont rapporté, que leur perte montoit à quinze cens hommes. Du côté des Espagnols il n'y a eu que trois officiers, et sept soldats tuez, et environ quatre vingt blessez.

PENSAMIENTOS

La obra inmortal del marqués de Santa Cruz de Marcenado, *Reflexiones militares*, es uno de tantos jalones plantados por la mano de nuestros ilustres guerreros, en el vasto plano de la gloriosa historia de nuestra patria.

Festejar el centenario de una gloria de nuestro ejército, es honrarnos. Por eso nuestro pecho se di-

(1) Este escrito es reproduccion de un suplemento vendido en aquella época por las calles de Paris, que se conserva en el citado Archivo de Macanaz.

lata hoy de entusiasmo, al recordar el ilustre nombre del insigne general, marqués de Santa Cruz, que en estos momentos de duda y de vacilacion viene á elevar nuestros sentimientos y á fortalecer el amor á la gloria que debe residir en el alma de todo buen militar.

Decir que las armas marchan acordes con las glorias de nuestra patria; que los guerreros han legado páginas de honor á la historia de nuestra literatura, nos parece una vulgaridad.

Negarlo, sería insigne torpeza.

Existe un resorte en el hombre de armas, que se llama corazon, cuyas cuerdas pocos saben hacer vibrar, y que es el móvil de todas nuestras acciones, que es el talisman con que los genios han llevado á cabo sus hazañas. El secreto es hacer vibrar este resorte.

El dón de saber herir esa cuerda y arrancar esas notas de gloria que han llenado de asombro al mundo, sólo le ha sido confiado á esas grandes figuras militares que todo oficial estudioso lleva grabadas en su mente.

Se da como axioma, es moneda corriente entre algunos hombres del día, que el ejército debe desaparecer, porque ningun beneficio produce, siendo, por el contrario, la rémora de la civilizacion.

No tan sólo no es verdad, sino que afirmo que suprimir en la Historia, en la marcha de la humanidad, las guerras, sería borrar de sus páginas la actividad humana; pues que á la lucha por la existencia débense todos sus adelantos, todos los progresos que ha hecho la sociedad.

A toda epopeya militar ha seguido un adelanto en las costumbres; á toda invasion guerrera el perfeccionamiento de la industria y de la agricultura; y á las grandes hecatombes, el desarrollo de las artes y el florecimiento de las ciencias.

RICARDO CARUNCHO.

EL PERENNE OBJETIVO

Arturo Cotarelo, en su último y microscópico opúsculo *Pensamientos*, ha dicho: «En amor, como en la guerra, los que más avanzan son los que tienen mayores probabilidades de vencer y de morir.»

Una demostracion bien evidente, por lo que hace á la guerra, sobre otras mil que pudieran citarse, es el ejemplo que nos ofrece con su muerte en aras de la patria y del honor militar el ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado.

¿Quién ha de negar talentos y pericia en la ciencia y en el arte de la guerra al autor de las meditaciones y profundas *Reflexiones Militares*?

¿Quién ha de negar bravura, esforzado arrojo, valor heroico al preclaro defensor de Orán, inmolido ante sus muros?

Y sin embargo, yo bien sé que no ha de faltar quien, profundizando en su historia militar con el escalpelo de rigurosa critica, haya de venir á decir con Don Quijote, en su célebre y curioso discurso sobre letras y armas: «Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á éstas adherentes, que en parte ya las tengo referidas: mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida.»

Tambien sé que no faltaria quien, concordando relativamente las altas dotes, prendas y virtudes que enaltecieron la vida de este insigne general y resplandecen, por lo tanto, en su historia, replicara, ateniéndose al mismo discurso ántes citado, que «sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la malhadada máquina, y corta

y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos.»

Por eso, preciso es convenir, con el esclarecido general Lopez Dominguez, cuando, en los *Preliminares* á su libro sobre el sitio de Cartagena, principia por asentar que «la causa de que á la posteridad se deje la estimacion segura de caracteres y hechos, consiste indudablemente en que las condiciones del juicio histórico se mejoran, con notables ventajas, una vez que desaparecen la pasion y el interes del momento, quedando sólo en su lugar la *esencia* y *significacion permanente* de los actos, no complicados ni oscurecidos por accidentes transitorios de afectos particulares y exclusivos, favorables ó contrarios.»

Así me explico yo que en este caso la prepotente voz del patriotismo supere y se imponga á todo criterio escudriñador y disquisitivo, y, haciendo acallar toda critica severa, proclame en alta voz y haga resonar por do quier con estruendosos toques las mil trompetas de la Fama en loor del que con su pluma supo trazar tan *reflexiva* y concienzudamente una obra importantísima de ciencia militar, y con su espada, y mediante el sacrificio de su vida, decidir la heroica defensa de Oran.

Y como todo cuanto sea sacrificio en aras de nuestra más santa y más hermosa aspiracion nacional, el legitimo é indiscutible predominio de España en el Septentrion africano para irradiar en él la moderna civilizacion, merece el agradecimiento de la patria y el recuerdo honroso é imperecedero entre sus conciudadanos, de quien por causa tan noble y gloriosa sabe dar su sangre y su vida, justo es que el digno, instruido y generoso marqués de Santa Cruz de Marcenado no quede entre nosotros durmiendo el sueño de la pretericion y del olvido.

Y como todo cuanto á esa aspiracion nacional se refiere, cuanto á esa empresa civilizadora atañe, no puede ménos de avivar la llama del patriotismo en todo pecho español al recordar que en estos momentos se ventilan en Berlin intereses y derechos de Europa en el Africa y que allí está representada España, no hallo otro medio mejor para conmemorar hoy el centenario del insigne defensor de Oran, que recordar al actual presidente del Consejo de ministros las mismas palabras que colocó hace ya bastantes años en el epilogo de su libro *Apuntes para la historia de Marruecos* (1):

«Lo que hay, finalmente, es que con nuestra frontera al pié de Sierra-Bullones podemos esperar á que la conquista ó el influjo pacifico de nuestra cultura preparen á nuestros hijos ó á nuestros nietos la completa realizacion de la obra civilizadora que ellos solos deben cumplir, y que el mundo entero está interesado en que tarde ó temprano se cumpla en Africa. No es posible que la barbarie sea eterna sólo en la España tingitana: *no seria digno, ni politico, ni posible tampoco QUE OTRA NACION QUE LA NUESTRA se encargase de desterrarla de nuestra vista.*»

Ese debe de ser *nuestro perenne objetivo.*

JACINTO HERMÚA.

AL MÉRITO EMINENTE

Escritores ilustres y valerosos capitanes no han faltado en ningun tiempo en la patria española; mas si siempre fué raro el consorcio feliz del saber y del valor, lo es aún más el que á estos dones del cielo se hayan unido talentos de prediccion del porvenir, adivinacion de lo futuro, y querer adelantarse á su tiempo en doscientos ó trescientos años, como vemos sucedió al ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado, D. Alvaro José Navia-Osorio. Póstuma y merecida fama le ha dado su concienzuda y bien meditada obra *Reflexiones Militares*. Su muerte frente á los muros de Oran, en esa tierra africana á la que nos impulsa irresistible destino, le ha colocado entre los mártires de la patria, y orlado sus sienes con la corona de los héroes. Pero tiene tambien un

(1) En su primera edicion de 1851.—Las palabras subrayadas no lo están en el texto.

mérito eminente, en el que pocos se han fijado: *el de inventor y reformador del armamento y de la táctica de su tiempo.*

Él se comprometió á dotar á sus granaderos de un fusil que tuviera tres veces más alcance del que usaban, y con el que podían dispararse cuatro tiros en el mismo tiempo que entónces empleaban para tirar uno solo. Él solicitó de Felipe V, estando de embajador, que al relevarle de este cargo le diera un regimiento para ensayar las evoluciones, más sencillas, de una nueva táctica que habia ideado. Las reformas del armamento y de la táctica, que constituyen los adelantos más modernos del siglo para el ejército, fueron, pues, adivinadas por el sabio marqués.

¡Loor al insigne tratadista, al escritor distinguido, al buen diplomático, al héroe, al mártir y al guerrero ilustre! Pero añadamos á estas coronas la que de derecho le corresponde como reformador de la táctica y del armamento.

MANUEL DIAZ Y RODRIGUEZ.

A LA MEMORIA DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ

DE MARCENADO

SONETO

Brilló en la guerra por su arrojo ardiente,
brilló en la paz por su saber profundo,
y, honor de España, admiracion del mundo,
con laurel inmortal ciñó su frente.

Del africano cielo el sol hirviente
no eclipsó de su gloria el sol fecundo,
y, en ruda lid herido, moribundo
á Orán libró de la agarena gente.

De confin en confin, de zona á zona,
la patria de su olvido rasga el velo
y al hijo ilustre cánticos entona:

Al hijo ilustre, que en gigante vuelo
¡De héroe en la tierra conquistó corona!
¡De mártir palma conquistó en el cielo!

CARLOS CANO.

LA INFANTERÍA ESPAÑOLA

DESPUES DE LA GUERRA DE SUCESION

Al celebrar hoy LA ILUSTRACION NACIONAL este espléndido homenaje á la memoria del marqués de Santa Cruz de Marcenado, permitaseme que acuda con mi ofrenda, por más que sea pobre y baladi para tan esclarecido sujeto y ocasion tan señalada; y miétras doctisimas plumas ensalzan y refieren su ilustre vida, su heroica muerte, su amor á las ciencias y á las letras y sus brillantes servicios á la patria, dedicaré yo un humilde recuerdo á la infanteria de que era coronel el marqués, cuando despues de la guerra de sucesion, mandaba aún el regimiento de Asturias, y referiré á la ligera cómo vivian aquellos bravos soldados.

La época de Felipe V puede considerarse en nuestro ejército como de transicion de la antigua organizacion á la moderna. Obligado por la más imperiosa de las necesidades, por la de su conservacion, vióse precisado á legislar y organizar su ejército, especialmente su infanteria, *alma mater* de los ejércitos organizados; y aunque me aleje algo de mi propósito, no puedo ménos de enumerar las principales reformas que acometió ántes y en los principios de la guerra.

Fué la primera, la sustitucion ordenada en 29 de Enero de 1703 del antiguo armamento de picas, arcabuces y mosquetes, por el fusil con bayoneta; disposicion trascendental al prepararse para la lucha con enemigos dotados ya de igual armamento. La segunda fué la conversion de los antiguos y gloriosos *Tercios* en *Regimientos*, ordenada en 28 de Setiembre del mismo año; disposicion que ha sido muy comentada y discutida, pero que hoy sólo ofrece interés de erudicion; y la tercera, ordenada en 28 de Febrero de 1707, conceder nombres propios á los regimientos, prohibiendo que, como hasta en-

tónces, fueran conocidos por los apellidos ó títulos de sus coroneles.

Las necesidades de la guerra hicieron precisa la creacion de nuevos regimientos; hasta tal punto, que al terminar ésta, se dispuso en 1714 pasar una revista general, resultando que habían tomado parte en la lucha los siguientes cuerpos de infantería: uno de guardias españolas, uno de guardias waloñas, noventa y cuatro de línea, de españoles, cuatro de irlandeses, once de italianos y veinticinco de flamencos, que descontando los disueltos y refundidos por sus numerosas bajas, daba un total presente de noventa y uno de infantería española, cuatro de irlandeses, cinco de italianos y once waloñas.

Ni la recelosa política de la época, ni la situación del Tesoro, consentían mantener tales fuerzas, que fueron reorganizadas por el decreto de 20 de Abril de 1714, que puede considerarse como la definitiva organización del tiempo de Felipe V, y reducidas al siguiente pié, haciendo omisión de la Guardia; treinta y siete regimientos de españoles, cuatro de irlandeses, cinco de italianos y catorce de waloñas.

Cada regimiento constaba de un solo batallón, ó de dos; en el primer caso, su plana mayor se componía del coronel, teniente coronel, sargento mayor, ayudante, capellan, cirujano y tambor mayor; en el segundo se añadía la plana mayor del segundo batallón, compuesta de un comandante, ayudante, capellan y cirujano. Las compañías de cada batallón eran trece, incluyendo la de granaderos; en el primer batallón, la del coronel y teniente coronel, y la del comandante en el segundo, pues estos señores tenían compañía en propiedad y cobraban el sueldo y gratificación de tales capitanes con el de su empleo superior. Cada compañía tenía un capitán, un teniente, un subteniente, dos sargentos, un tambor, tres cabos primeros y tres segundos, y treinta y seis soldados; siendo, por lo tanto, la fuerza efectiva de cada batallón, sin incluir las planas mayores, treinta y tres oficiales y quinientos veinte soldados.

Los individuos de las compañías de granaderos eran escogidos, y en último caso sacados de las demás, y disfrutaban los siguientes haberes: el soldado, catorce cuartos diarios, quince el cabo segundo y diez y seis el primero; los sargentos veintinueve, los individuos de las restantes compañías disfrutaban dos cuartos diarios ménos que los granaderos, y los tambores eran considerados como cabos segundos.

La distribución de este haber era la siguiente: se les descontaba diariamente cuatro cuartos para la masa, con que se proveían de vestuario y armamento; dos para masita, con los que el capitán había de proveerlos de calzado y otras prendas, pagar al barbero y el descuento de inválidos y demás menudos gastos que ocurrieran, y el resto, ó sea ocho cuartos el granadero y seis el que no lo era, pero que aún no era fusilero, en concepto de socorro, dándole un ochavo diario en mano, y empleando el resto en el rancho; con el ochavo que recibía tenía obligación de recoserse.

El vestuario, harto más complicado que el actual, consistía en casaca á la francesa con vuelta, solapa y collarín, chupa, calzones, medias, zapatos, dos corbatas, dos camisas, sombreros de los que llamamos de tres candiles y gorra de piel de oso con manga larga los granaderos, cinturón, portafusil, cartucho ó cartuchera de piel de Moscovia, una especie de embudo para la bayoneta y frasco para la pólvora con cordón; su precio total era doscientos veinte reales, y recibía uno cada dos años; en el año intermedio recibía un medio vestuario, compuesto de zapatos, calzones, una camisa y una corbata, que importaba setenta y un reales. El armamento se componía de fusil sin bayoneta, los cabos y sargentos lo usaban rayado y espada, recibían uno nuevo cada cinco años, y su coste era cien reales.

El pelo lo llevaban recogido en forma de crencha, ó sea partido en dos por delante y recogido por detrás en una bolsa de cuero negra. Aunque este peinado no era tan incómodo como el de bucles, usado posteriormente, necesitaban la ayuda de un com-

pañero para recoger el pelo; de aquí vino el *camarada de peine*.

La recluta era casi toda personal; pues en aquella época, pareciendo injustos los sorteos y las quintas, solamente se apelaba á las derramas en las provincias, cuando el caso era urgente y las levadas no habían producido gran efecto; de aquí vino la necesidad de aquellos sargentos y cabos veteranos que se dedicaban á reclutadores y recorrían los pueblos á caza de incautos. Los capitanes recibían la gratificación mensual de quince escudos para este servicio que se les exigía con tal rigor, que el que no tenía completa su compañía, no sólo no percibía la gratificación, sino que se le descontaba de sus sueldos la parte proporcional de ella á la gente que le faltaba.

Los oficiales gozaban de haberes proporcionados á los de la tropa; el coronel percibía mensualmente 110 escudos, 80 el teniente coronel, 75 el sargento mayor, y 50 el comandante del segundo batallón, 35 los ayudantes, 30 los capellanes y cirujanos y 9 el tambor mayor. Los capitanes de granaderos 50, 30 el teniente y 25 el subteniente; 40, 26, y 20, respectivamente, los de las otras compañías. Con arreglo al reglamento de 1709, usaban como insignia un bastón con puño de oro el coronel, de plata el teniente coronel, con un casquillo liso; el sargento mayor, comandante y capitanes, puño de marfil, ayudantes y tenientes, de madera ó cochumbo los subtenientes, y liso los sargentos. Su uniforme era igual al de la tropa, con la natural diferencia en los paños y galones; sus armas, la espada y una alabarda pequeña llamada *esponton*. Usaban el peinado á la *rupá*, ó el *tupé á la greca*, que consistía en el pelo muy largo y rizado, partido como gran cascada á ambos lados de la cara.

Obtenían sus ascensos por antigüedad en el regimiento; pero algunas vacantes correspondían á S. M. y eran aprovechadas por los cortesanos y sus amigos: todos pertenecían á la nobleza, y particularmente los jefes, muchos de los cuales habían comenzado su carrera de capitanes ó en puestos más elevados aún.

Los sargentos no podían obtener su ascenso á oficial más que por gracia del Soberano, siendo rarísimo este caso; y sin embargo, tanto ellos como los soldados servían gustosos y por muchos años, encontrando más cómoda la vida militar que la del labrador ó la del industrial.

Esta organización no era un modelo, como se ve, pero era preferible á la de los antiguos tercios, pues al ménos había subordinación y disciplina; cosas que, con el dinero, fueron desconocidas de aquellos ilustres campeones de Italia y de Flandes.

CARLOS DE BARUTELL.

EL VIZCONDE DEL PUERTO

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARGENADO
Y EL ARTE DE FORTIFICAR

Tarea prolija y muy superior á nuestras fuerzas sería el intentar resumir en un artículo cuanto aparece escrito en las *Reflexiones Militares*, monumento legado al ejército y á la patria, relacionado con la ciencia del ingeniero. Abarcando ésta ramas tan varias, y no omitiendo las *Reflexiones* detalle alguno de cuantos debía conocer el que mandase un ejército, raro es el libro de los que forman la obra, que no contenga algo que se halle dentro de aquella jurisdicción. Así, pues, nos concretaremos á señalar aquellos puntos que, por su importancia capital, hayan merecido al ilustre vizconde del Puerto mayor ampliación en su escrito.

No caeremos en el apasionamiento de suponer que tuvo influencia en el arte de fortificar, de tal modo que cambiara las soluciones que en su tiempo se daban al problema, no; pero tan fuera de lo justo estaría el compararle con Vauban, como el negarle profundo conocimiento de los principios en que un ingeniero debe basar sus obras de ataque y defensa; y no tan sólo de los principios generales, sino de un lujo tal de detalles, que bien puede ase-

gurarse que los que á sus órdenes construyeran, no podrían nunca aparecer como superiores á él, dentro de su misma especialidad.

Concretémonos á un punto, y sea éste el ataque de plazas: dedica á tratar con prolijidad este asunto, los capítulos XIV, XV y XVI del libro XIV; empieza estudiando los defectos que puede tener una plaza, bien en su trazado ó bien en la construcción de sus obras, y señala con gran acierto el modo de sacar partido de ese exámen preliminar, que el sitiador deberá hacer con la observación y minuciosidad más escrupulosas. No cabe en lo posible exigir estudio más concienzudo, análisis más completo de cuantos errores han podido cometerse al proyectar defensas y al ejecutarlas. Encuétranse á la vez ideas, que si bien hoy son consideradas como axiomas, no sucedía lo propio en la época en que las *Reflexiones* se escribieron: tal es la defensa de los parapetos de tierra que, con fundadísimas razones se hace en el párrafo 15 del primero de los capítulos arriba citados, en el cual también toca, de pasada, la comparación entre la cañonera y la barbata; pero sobre esto volveremos más adelante.

Dedica el capítulo XV á la apertura de paralelas y demás operaciones del sitio, hasta la preparación para el asalto; también llama extraordinariamente la atención el profundo talento militar que revela al tratar de las dimensiones que han de tener las distintas partes de las obras, sentando que no debe prefijarse medida alguna, sino que las circunstancias determinarán, bien estudiadas las dimensiones necesarias. Téngase en cuenta que esto se escribió en una época en que se consideraba como imprescindible el dar paracada movimiento, obra ó operación de guerra, un tipo ó patrón determinado, el cual debía siempre seguirse. En cuanto á trazado de las paralelas, si bien expresa una opinión de cómo cree deben abrirse, deja una amplitud tal al ingeniero, que sus párrafos podrían transcribirse á la obra más moderna que trate del asunto. Y no sorprende ménos la gran importancia que concede en los párrafos 11 y siguientes á las salidas del sitiado, que, como es sabido, se conceptúa hoy como la base más eficaz de una buena defensa.

Interminable sería este escrito si hubiéramos siquiera de nombrar los infinitos detalles en que presenta y analiza la guerra de sitios; y eso que en el prólogo *Al lector* del libro XIV escribe que sólo al general se dirige, dejando que el ingeniero y el artillero se muevan libremente en sus órbitas; pero como á la vez expresa que sólo referentes á este asunto ha leído en distintos idiomas más de ciento cincuenta obras, quiere dar, y da en efecto, gallarda muestra de su erudición militar, á la que añade la experiencia adquirida en los sitios de Tortosa (1708) y Barcelona (1714), á los que asistió como brigadier-coronel del regimiento de Asturias, y de los que bien á las claras se ve que sacó todo el fruto que es dable á un carácter observador, del talento profundísimo y de la vasta instrucción del vizconde del Puerto.

Otro punto en que hoy está unánime la opinión, pero que revela hasta dónde conocía las necesidades de un ejército el hombre eminente cuyo nombre va al frente de este artículo, es el relativo á la posibilidad que debe tener toda fuerza para proporcionarse un atrincheramiento ó defensa en momento determinado. Notables son por demás las frases que á este objeto dedica en el art. 4.º del capítulo primero, libro XXI; revela en ellas, no tan sólo el deseo de que los oficiales todos conozcan las distintas partes de la fortificación, sino lo necesario que tal conocimiento es y la gran utilidad que sacará una tropa de que los mismos soldados sepan atrincherarse ó fortificarse, siquiera sea ligeramente y en condiciones de esperar un refuerzo. Mas atrás (libro V, cap. IV) ya había probado la necesidad de que todo ejército fortifique el campo en que ha de permanecer algún tiempo, y á la vez indicó los medios de que esto se realice sin fatigas exageradas del soldado (capítulos V y VI del mismo libro); sus argumentos son de los que no dejan lugar á la duda, y prueban, á la vez que su saber, su experiencia de lo que valen los medios de que dispone un general.



UN SOLDADO DEL REGIMIENTO DE ASTURIAS EN EL AÑO 1713 (Dibujo de Rodríguez Tejero.)

Y ya que de atrincheramientos rápidos tratamos, no podemos menos de parar la atención, siquiera sea momentáneamente, en dos puntos que se ventilan en las *Reflexiones*, intimamente ligados con el que nos ocupa. Es el primero, la indicación que hace su ilustre autor en el párrafo 5.º del cap. xv, libro xiv, del procedimiento que debe seguirse para comenzar la apertura de una paralela: se parece tanto á lo que actualmente recomiendan los autores que tratan de la fortificación de campaña, que no vacilamos en afirmar que es lo mismo que practicaron los defensores de Sebastopol al ejecutar sus trabajos de contra-aproche. Dicen las *Reflexiones* que los sitiadores deben empezar por abrir una pequeña zanja que los preserve del fuego enemigo en la primera noche, ensanchándola en las sucesivas hasta darla el perfil completo, y una vez terminados los ramales, intercalar en ellos reductos de alguna importancia: opina asimismo que para dar principio al trabajo se elegirá una noche oscura y

se procurará distraer al enemigo, llamando su atención hacia paraje distinto del en que vaya á abrirse la trinchera. Compárese este procedimiento con el de verificar la misma operación con las solemnidades de formar las tropas y batir marcha (que, si mal no recordamos, está prescrito en algun reglamento), y se verá la superioridad que revela por parte del que se declara partidario del primero.

El segundo de los puntos que incidentalmente nos proponíamos tratar, es relativo á si debe dotarse de útiles de trabajo á los soldados de infantería. Podrá haber sobre ello alguna disparidad en las opiniones, pero la mayoría se inclina á que, si no todos, gran parte de los individuos de aquella arma vayan provistos de herramientas que les permitan construir en breve tiempo ligeras defensas. No es esta ocasión de enumerar las razones que en pró de este aserto abogan: cúmplenos sólo manifestar que el que actualmente no se haya encontrado el útil más apropiado al objeto, nada dice en contra de la

opinión sentada. En el párrafo 1.º del cap. xxvii, libro xxi, trata el general Navia-Osorio este mismo asunto; y prueba tan claramente la necesidad de los útiles, que no duda en asignar los que debe tener cada compañía, distribuyéndolos de modo que no se recargue excesivamente el peso que sobre sí ha de llevar el soldado.

Algo quisiéramos decir acerca del tipo que presenta para campamentos, pero nos lo veda la longitud que va adquiriendo este escrito; sin embargo, indicaremos lo admirablemente que trata la colocación de las reservas, á las que concede importancia primordial y no otorgada por sus contemporáneos. También, al ocuparse de la defensa de su *retrinchamiento*, escribe: «Yo no quisiera cañoneras para la artillería, sino que tirase á barbata, para poder ladear las piezas según me conviniese, y para no enflaquecer el parapeto con las troneras.» No es posible expresar más lacónicamente la superioridad de las barbetas, que si hoy se considera

fuera de duda, han tenido numerosos detractores hasta hace muy poco tiempo.

No terminaremos sin expresar nuestro profundo agradecimiento hacia el vizconde del Puerto, por la opinion que stampa en el cap. XXVIII del lib. XXI, referente á los ascensos ó mayor categoria que debe otorgarse á los oficiales de artilleria é ingenieros, «ya que á la igual ó mayor fatiga y peligro que las tropas, se añade la precision de un grande estudio.» Desgraciadamente, nuestro reconocimiento hacia el autor de las palabras copiadas sólo puede ser puramente platónico.

Al dar fin á estas líneas, dejaremos consignada nuestra reverente admiracion hacia el ilustre escritor y experto caudillo que, digámoslo de una vez, rompió con las rutinas que en su época imperaban, y manifestó su talento y su perspicacia, sentando principios que, despues de largas controversias y experiencia continuada, han sido proclamados como fundamentales.

MANUEL ZARAZAGA.

¿QUIÉN ES ESE?...

¿Santa Cruz de Marcenado?...
¿Quién era?... ¿Qué pudo hacer?...
¿Por qué le han desenterrado?...

—¿No os acordais? Fué un soldado que cumplió con su deber;

Y, al morir por la locura de la gloria, consiguió... un hoyo en la tierra dura, á los piés de la escultura del que no lo agradeció.

La Historia con dos renglones se libra del importuno que escribió sus *Reflexiones* en modestas ediciones... que suele hojear alguno.

Era un sabio militar que, á las horas de escribir y el día de batallar, dió lecciones de triunfar y el ejemplo de morir;

Pues la página postrera, tan breve como gloriosa de su obra imperecedera, fué estampada en su bandera con su sangre generosa.

Ese, si no me equivoco, era el tal... de Marcenado; un valiente; vivió poco: un genio; pasó por loco: sirvió á España... y fué olvidado.

LEOPOLDO CANO.

TRES CUESTIONES

Á PROPÓSITO DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ

He oido decir á un crítico: «No me puedo explicar leyendo sus obras, la profundidad de los conocimientos militares del marqués de Santa Cruz, *coexistiendo* con una inmensa variedad de conocimientos generales. ¿Cómo se puede ser tan *general y especial* á la vez?»

A mi juicio, léjos de haber incompatibilidad entre una cultura muy general y una buena instruccion profesional, está ya perfectamente comprobado que no se puede ser buen especialista sin ser buen enciclopedista. La guerra es como la política, como el derecho, como la medicina, como la poesia, etc., un arte; y todos los artes, puramente empíricos en su origen, están hoy cada vez más en íntima é inquebrantable dependencia de los conocimientos

fundamentales, es decir, de un estudio general de todas las ciencias.

—«Más difícil de explicar me parece á mí, ha dicho otro crítico, el doble género de asombrosa actividad que caracterizó á ese hombre insigne. ¿Cómo pudo escribir tan voluminosos libros sin descuidar sus obligaciones militares? ¿No es evidente que hay una radical oposicion entre el pensamiento y la vida activa?»

Así se ha creído, en efecto, durante algun tiempo. El hombre vulgar se ha ejercitado mucho en el empleo de esta clase de sofismas para impedir el acceso de hombres superiores á los altos puestos de Gobierno.

El estado de la ciencia no permitia, por otra parte, una réplica concluyente á esta aparente antinomia entre el espíritu y la actividad corporal. Pero hoy la inteligencia y la accion no son dos términos contradictorios; son más bien idénticos en su fondo. *El pensamiento es accion condensada. Pensar es empezar á hacer.* Y el pensador no es refractario á la accion, sino en tanto que ésta es más ó ménos una contradiccion á su pensamiento. En otros términos, el hombre superior no quiere pensar de un modo y obrar de otro. Tampoco quiere proceder con la habitual ligereza del hombre *espontáneo*, del hombre puramente enérgico. Fuera de estos casos, hasta por higiene, se verá pronto á verdaderos pensadores interviniendo, para el bien de la sociedad, en diferentes ejercicios de su organizacion y direccion.

—¡Ah! Pero esto, esto sí que es triste! El marqués de Santa Cruz no ha obtenido apénas popularidad. Parece así que la gloria es sólo el patrimonio de los pintores, los músicos, los poetas; y para el inventor, para el sabio, para el pensador, para estos hombres extraordinariamente útiles, ¿no habrá nunca esas entusiastas, esas delirantes ovaciones del pueblo?

—¡Nunca; tal vez nunca! El pensador lo sabe y está resignado; más aún, contento, porque necesita y quiere sustraerse á la lisonja; quedar, en fin, desconocido *él, no su obra*. Se dirá que esta obra lleva un nombre; algun día, una moral perfecta borrará todo nombre al pié de toda buena accion. Bastará, y basta ya para algunos, la satisfaccion de saber (*ellos solos*) que han colaborado á la difusion de la felicidad en una proporcion más ó ménos apreciable; que su accion no se ha perdido en el infinito, como una gota de vapor en el sombrío azul del éter.

ALFONSO ORDÁX.

LA ÚLTIMA OBRA DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

En 1732—la suma de la tasa está fechada en 15 de Julio—publicábase en Madrid un libro titulado *Rapsodia económico-política-monárquica*, por el marqués de Santa Cruz de Marcenado, comandante general de Ceuta y teniente general de los ejércitos de S. M.

Militar casi desde la misma cuna; hábil diplomático despues; eruditísimo, ya que no correcto escritor en la edad madura, no parece sino que D. Alvaro Navia-Osorio quiso, ántes de alcanzar heroica muerte bajo los muros de Oran, acreditarse tambien como entendido economista.

Basta á demostrarlo el interesante libro que acabamos de citar, en el que aboga por la uniformidad de pesas, medidas y monedas; supresion de las aduanas interiores; moderacion de los derechos sobre mercaderías extranjerías, y proteccion á todos los peritos en artes y oficios que quisieran avecinarse en España. Propone útiles reformas en los tributos; clama por el reparto proporcional, y condena el abuso de dar en arrendamiento las rentas reales. Respecto á las compañías de comercio, tan en boga á la sazón, al contemplar los sorprendentes resultados de la Compañía inglesa de las Indias, desea que sean temporales, para que, trascurrido el plazo de la concesion, todos puedan participar del beneficio de la libertad.

No ha faltado quien tachara al autor de sobra apasionado por el sistema restrictivo, como si su libro no hubiera aparecido en el primer tercio del siglo XVIII, y como si no tuviera que ser, en parte, reflejo fiel de las ideas dominantes en la época.

En cuanto á nosotros, y si nos equivocamos culpese á nuestra incompetencia en la materia, no colocamos la *Rapsodia* en la lista de los muchos *advertimientos impertinentes que se suelen dirigir á los príncipes*, sino en la de los *pertenecientes* (1), y creemos baste á dar preferente puesto al marqués de Santa Cruz entre los más distinguidos economistas de su tiempo.

Cuando la dió á luz, mucho debía ser el crédito del autor de las *Reflexiones Militares*, á juzgar por la aprobacion que encabeza el libro que nos ocupa. La parquedad que suele encontrarse en esta clase de documentos está sustituida por tal respeto, elogios tales y tal acatamiento hacia la sabiduria del marqués, que no puede ménos de reconocerse lo grande que era su fama, debida indudablemente á sus anteriores obras, proyectos y trabajos.

Y para que el lector por sí mismo juzgue, hé aquí la copia exacta del mencionado documento:

«APROBACION DE DON MIGUEL DE ZABALA Y AUÑON, SUPERINTENDENTE GENERAL DE JUROS.

M. P. S.

He visto de orden de V. A., con tanta curiosidad como atencion, el libro en que propone el marqués de Santa Cruz de Marcenado, comandante general en Ceuta, los medios para el comercio suelto y en compañías general y particular, en Méjico, Perú, Filipinas y Moscovia, poblacion, fábricas, pesquería, plantíos, colonias en Africa, empleo de pobres y de vagabundos y otras ventajas que son fáciles á la España, extractados de diferentes proyectos y papeles que expone con sus notas; y ni sé cómo puedo cumplir con las obligaciones de aprobante, ni cómo usaré de las licencias de panegirista; porque si miro á los proyectos en que funda el marqués sus reflexiones, ¿qué más segura aprobacion puede tener, ni qué mayor elogio puede darse á sus autores, que el que les da el marqués en elegirlos por materia fundamental de sus asuntos? Si miro á los discursos que el marqués hace sobre aquellos proyectos, ¿qué más aprobacion necesitan, ni qué mayor elogio puede proporcionárseles, que el decir que son partos de un ingenio tan grande, que no pudiendo explicarlo la mayor ponderacion, sólo el marqués ha sabido ponernos á la vista un perfecto retrato, en cada renglon, de sus apreciables escritos? Y no atreviéndome á decir más, por no decir ménos, me parece que puede V. A. dar al marqués la licencia que solicita; y todos debemos repetirle las gracias por el infatigable celo que emplea tan uniformemente los empeños de su espada y de su pluma al mayor servicio del Rey, utilidad de los vasallos y honor de los españoles. Este es mi sentir.—Madrid á 10 de Junio de 1732.—D. Miguel de Zabala y Auñon.»

La creacion de poderosas escuadras de guerra para escoltas de los convoyes de Indias, proteccion del comercio y seguridad de nuestras colonias y extenso litoral; la nueva y original planta para las tropas de marina, y otras varias ideas que la *Rapsodia* contiene, las cuales revelan verdaderos adelantos en los sistemas económicos de la época en que fueron emitidas, pudiéramos todavia exponer, si el temor de hacer demasiado largo este escrito, no nos contuviese.

Basta, pues, con lo dicho para rendir, por nuestra parte, un justo tributo de respeto y admiracion hacia el sabio y erudito escritor, distinguido economista y militar ilustre que tuvo la fortuna de coronar una vida consagrada á las armas y al estudio manejando *ora la espada, ora la pluma*, con la más gloriosa de las muertes.

EUGENIO DE LA IGLESIA.

(1) *Quijote*, parte segunda, cap. I.

LA MUERTE DEL HÉROE

Dos siglos ha necesitado este ilustre hombre para que su memoria resucitada sacuda el polvo del olvido. Eximio escritor, aguerrido capitán, diplomático sagaz y prudentísimo, conquistó en vida méritos suficientes para que la gloria le otorgara diploma de oro, orlado de inmarcesibles laureles. Otros, con menores títulos, gozan hoy de fama, y sus nombres son repetidos por las multitudes. Gracias á la generosa iniciativa de personas cuyo espíritu culto no se deja seducir por el vano oropel, y entre las cuales cuéntase honrosamente el director de LA ILUSTRACION NACIONAL, el gran D. Alvaro Navia-Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, será conocido en breve en nuestra patria, como uno de los egregios hijos que más brillo la dieron, con sus letras, con sus talentos militares y con sus altas representaciones en el extranjero.

El centenario del autor de esa singular enciclopedia, antecesora de la de Francia, que se llama modestamente *Reflexiones Militares*, nos economiza á muchos españoles pudores que podrían sonrojarnos mañana. Cuando las calles de Madrid se vean henchidas por el entusiasmo que tan soberano publicista promueve; cuando, satisfecha la curiosidad del vulgo, iluminaciones y arcos, fiestas y paradas digan á los ojos del ignorante que España cuenta con una celebridad más, no se preguntará, como ahora, hablando del marqués de Santa Cruz de Marcenado: «¿Y quién es ese?» Sabrán entonces que allá, en los principios del siglo XVIII, hubo un escritor que en once volúmenes en folio encerró todo el saber de su tiempo. Heredero del buen decir de nuestros clásicos, y experto conocedor del corazón del hombre, recamó su obra gigantesca, de sólida construcción, con los más delicados primores del estilo y las agudezas más sutiles del ingenio. Historiador y novelista, erudito y creador, recorrió con su pluma incansable y agilísima la austera narración y la risueña anécdota, el mundo metafísico y los repliegues del alma donde el drama ó la comedia humana se contiene.

Dejo aparte su vida, porque me atrae irresistiblemente su muerte. Yo me figuro á tan valeroso caudillo peleando, en sus últimos días, sobre el suelo caldeado de Africa. Ambiciones de favoritos y torpezas de Reyes dislocaban continuamente, por aquellos años, los hermosos miembros unidos á España con el nombre de colonias ó posesiones adyacentes. Orán excitó un grave aprieto; iba á perderse para siempre; estaba perdida por el momento; era necesario reconquistarla, y á tal empresa coadyuvó con su arrojo y su pericia nuestro héroe.

Mucho debió sufrir el marqués de Santa Cruz de Marcenado. El hombre de estudio, aquel pensamiento que triunfaba de los problemas más escabrosos de la idea, perla encerrada en concha que se abre sólo á hachazos, se vió forzado á combatir con fuerzas brutas, donde el músculo lo es todo. En efecto, en las sucesivas acometidas que resistió de los bárbaros, más la potencia del brazo que la astucia de la sagacidad bélica, pudo oponer momentáneamente un muro de cañas, es verdad, á la dignidad de nuestro poder. Centuplicadas hordas de árabes, con la sola disciplina del furor, contra la cual no hay táctica posible, caían sobre las fortalezas de Orán, casi calcinándolas con sus miradas rojas de venganza. El marqués de Santa Cruz de Marcenado contrarestó al principio, cuando contaba con suficientes filos de espada, aquellas embestidas de huracanes, que venían como otros tantos *simouns*, del amplísimo desierto.

Desesperado de los medios naturales el marqués de Santa Cruz, pero confiado en el temple de su pecho, salió, por fin, en un postrer encuentro, de las puertas de Orán. Allí en la ancha explanada, circundada por todas partes de muertes seguras, blandió su hoja de acero, más como el que asusta que como el que mata. Amigo fidelísimo de su madre patria, pero no enemigo declarado de la humanidad, debió reducir sus golpes á las leyes únicas, aunque terribles, de la propia conservación. Un

cronista lo declara así. ¡Qué tragedia tan espantosa debía representarse en su alma! A esto se debe sin duda que los moros cerraran sobre él, con el ardor de buitres hambrientos. Sus soldados engolfáronse tal vez en la huida; dejaron á su jefe indefenso entre las uñas de los salvajes; aquél sucumbió, como bajo una montaña de pertrechos militares. Sus feroces vencedores, devoraron como canibales á aquel intrépido viajero de la nacional nombradía.

Aterra contemplar el cuadro de esta sangrienta desaparición. El hombre que consagró su existencia entera al cumplimiento de aquellos deberes que dan la corona de perfección sobre la tierra, tuvo por último lecho las bocas de las espingardas, las curvas de los alfanjes que lo asesinaron. Así ocurre en esta tierra miserable. El vicio duerme entre plumas; la virtud entre zarzas. El héroe falleció entre rocas inhospitalarias; el cobarde, el sér inútil que nunca expuso la salud de un dedo de sus manos, espira rodeado de amor; sus restos son sepultados en orgullosos mármoles; sus riquezas, hasta en la nada, despiden fulgores de letras de oro que hablan al visitador de cementerios de pomposos títulos, de empresas de salones, alcanzadas con saludos. El marqués de Santa Cruz de Marcenado no consiguió siquiera, ¡tal fué su destino adverso! una zanja donde sus huesos de acero, su cerebro de diamante, reposaran con el último sueño. Desgracia es ésta que honra, porque dos columnas de nuestros anales, sufrieron igual suerte. Él, escritor y guerrero, tuvo por compañeros, en la identidad de su hado extraño, á Cervántes y D. Rodrigo.

JOSÉ DE SILES.

AL HOMBRE

SONETO

A través del espacio y á millares
y millares de leguas de tu anhelo,
seguirás á los astros por el cielo
en sus revoluciones seculares;
penetrarás el fondo de los mares,
cual vasto libro hojearás el suelo,
y abrirás los alcázares de hielo
que coronan los círculos polares.
Conocerás las fuentes de la vida,
la faz del microscópico organismo
y la gran nebulosa indefinida;
conocerás la altura y el abismo;
mas siempre ¡oh ley fatal! desconocida
habrá una cosa para ti: tú mismo.

EMILIO FERRARI.

Los grandes hombres son la *cabeza* de la humanidad; forman el *cuerpo* los medianos y los chicos, y hacen de *piés* los *hombres gran ves*.

De ahí que el camino del progreso se recorra tan despacio.

JUAN DE MADARIAGA.

Á LA MEMORIA DE D. ALVARO NAVIA-OSORIO
marqués de Santa Cruz de Marcenado,
en el segundo centenario de su nacimiento.

¡Gloria, soñada gloria, cuán sublime
es el amor que enciendes en el hombre,
que generoso impulso á su alma imprime,
el eco solo de tu dulce nombre!

¡Cuál se transforma y cómo se agiganta
al contemplar en óptica ilusoria,
luz en su frente, lauros á su planta,
vida inmortal en la inmortal Historia!

Si la noble ambición de eterna fama
impulsara al espíritu pequeño;
si esa esperanza que el valor inflama
fuera único ideal y único ensueño;

entonces, ¡ah! venturas y martirios,
titánicos esfuerzos, dulces cantos,
inspiraciones, místicos delirios,
amores, sentimientos, risas, llantos,

todo lo grande, todo cuanto asombre,
en el humano corazón bullera,
y entonces fuera un genio cada hombre,
y entonces cada genio un mártir fuera.

Por eso tú con entusiasmo ciego
llegaste al sacrificio, ilustre Osorio,
tu alma encerraba ese divino fuego,
esa fe inquebrantable ese ilusorio
espejismo que agrada y fortifica,
que aviva la esperanza y la sustenta,
que el futuro en la mente vivifica
y el grato sueño realidad presenta.

Hoy nuestra patria, al recordar tu muerte,
triste la llora y premia tu heroísmo;
huyen los siglos, y con varia suerte
desparecen del tiempo en el abismo
razas, leyes, costumbres, religiones,
quedando sólo eterno en la memoria
del sabio las fecundas concepciones,
del héroe sus hazañas y su historia.

¿Cómo olvidarte, pues, cuando has logrado
con sublime virtud y raro ingenio,
hacer sentir, mostrándote soldado,
hacer pensar al revelarte genio?

Si hubo otra edad fanática, ignorante,
baldo del pensamiento y la conciencia,
que, inferior á tu espíritu gigante,
te vió pasar con torpe indiferencia,
es que el títan, cuando se mira opreso
en su siglo, pujante el vuelo tiende
y lo avanza; mas luego, en su progreso,
la humanidad lo encuentra y le comprende,
y aplaude entonces, y su fallo duro
se trueca en entusiasmo apasionado,
que nunca el sol nos pareció tan puro
como cuando un eclipse ha terminado.

No del sabio profundo elogiar pienso
las prudentes, juiciosas *Reflexiones*,
ni al mar le falta para ser inmenso
del pobre arroyo los mezquinos dones;

Soldado humilde, la pasión inquieta
ve el martirio y admira el varón fuerte,
perdona si al cantar, canta el poeta,
más que tu vida, tu gloriosa muerte.

Muerte que el alma acepta con orgullo,
esperada con ansia, y no temida,
dulce como del áura blando arrullo,
que abre las puertas á la eterna vida;
muerte de fe que ni el dolor inmuta,
que tiene una bandera por sudario;
muerte del sér que bebe la cicuta,
muerte del Dios que sube hasta el Calvario.

Sólo comprenderá tal sacrificio,
espíritu que al tuyo iguale en celo,
en heróica virtud para el suplicio,
en idólatra amor al patrio suelo.

Huir las pasiones frívolas y vanas,
romper del ocio grato las cadenas,
marchar á las regiones africanas
para batir las huestes agarenas;

tener por horizontes el desierto,
como jueces á Dios y la conciencia,
por Código el honor jamás incierto,
y dar, cuando precisa, la existencia;

es epopeya santa, que sin duda
quiso el cielo premiar con doble gloria,
pues hallando la muerte en la lid ruda,
dejaste por herencia la victoria.

Con alabanza, canto y regocijos
su virtud recompensa, noble España;
jamás fuiste ingrata con tus hijos,
y si hoy del hado la terrible saña
se ceba en tí, que dominaste al mundo,
que supiste vencer con entereza
y arrancar un imperio al mar profundo,
para hacerle escabel de tu grandeza,
muestra siquiera al viejo continente
que aún el pasado en tu memoria existe;
y si grande no encuentras el presente,
sé grande recordando lo que fuiste.

CANDIDO RUIZ MARTINEZ.

PLANTA Y DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE ORAN
 DE SVS FORTALEZAS, Y CASTILLOS, CON LA DE EL FUERTE, BAHIA, O PUERTO
 DE MAZARQUIVIR: Y VERDADERA, AUNQUE BREVE RELACION, DE SU GLORIOSA CONQUISTA
 y Recuperacion por las victoriosas Armas de nuestro Catholico Monarcha Felipe quinto (que Dios guarde)
 en el presente año de 1732.



COPIA EXACTA DE UN CRÓQUIS DE LA EPOCA, EXISTENTE EN EL ARCHIVO DE D. JOAQUIN MALDONADO MACANAZ

EXPLICACION SACADA DEL REFERIDO ARCHIVO

AÑO 1741

En las costas de Africa, contrapuestas á las meridionales de España, y casi enfrente del puerto de Cartagena, está plantada la ciudad de Orán, á los 38 grados de la Equinoccial y al Polo Artico. Su forma es, como se demuestra, ovalada, y en su recinto puede contener de tres á cuatro mil vecinos, aunque su ordinaria poblacion sólo es de seiscientos, sin contar la soldadesca que está de guarnicion y presidio. Está toda circunvalada de murallas, con sus cubos y baluartes para una regular defensa, cerrándola fuertemente las tres puertas de Tremecen (núm. 25), Canastel (núm. 5) y Mallorca (núm. 23). Los edificios más notables que la adornan son la iglesia de Santa María (núm. 9), el palacio ó casa fuerte de la Alcazaba (núm. 14) y los tres conventos de San Francisco (núm. 12), Santo Domingo (núm. 11) y Nuestra Señora de la Merced (núm. 10).

A la parte del Mediodía la domina una pelada montaña, llamada la Meceta (núm. 7), y para su

defensa y la de la ciudad tiene á los dos lados los castillos de San Felipe (núm. 1) y Santa Cruz (número 8), cuya artillería barre á cuantos enemigos se le opongan en la planicie que hace la montaña, ó en su falda: estos dos castillos son la principal defensa de la ciudad. Al Occidente guarnece á la ciudad el castillo de San Gregorio (núm. 18), coronando una eminencia. Al Oriente el de San Andrés (número 2), la torre de Madrigal (núm. 3) y el castillo de Rosalcázar (núm. 4), que señorea tambien á la Marina. Y al Norte la baña el Mediterráneo, que se extiende como cuarenta leguas hacia Cartagena.

Entre la Meceta y la muralla, y cercano á la ciudad, se ve el pequeño lugar de Ifre (núm. 6), habitado por los moros de paz. En la Marina hay unos corrales (núm. 6), con sus fuertes parapetos, que sirven de guardar las barcas de noche, para que no se huyan en ellas los esclavos ó los presidiarios. A la falda de la Meceta, que está á vista del castillo de San Felipe, nace la fuente nombrada de Arriba (núm. 26), tan copiosa, que forma un abundante arroyo, con fundadas pretensiones de río; porque despues de regar con sus aguas cincuenta huertas (núm. 13) que hermosean y deleitan con ur. medio

círculo á la ciudad, pone en ejercicio diversos molinos harineros (núm. 14) y batanes (núm. 15), pagando, por fin, su ordinario tributo al mar.

Saliendo por la puerta de Mallorca se camina una legua á Poniente, dejando á la mano derecha la ermita de Nuestra Señora del Cármen (núm. 17) y á la izquierda el castillo de San Gregorio, y se llega á la bahía ó puerto (núm. 19) de Mazarquivir (núm. 20), labrado sobre peña viva y sólo dominado de la montaña que llaman del Santo (núm. 22), en donde los mahometanos hicieron frente á nuestro ejército y fueron desalojados. Hay tambien en Mazarquivir su poblacion, asistida en lo espiritual por la parroquia de San Miguel.

En el año de 1509, movido del celo de la dilatacion de la fe, sacó á esta ciudad de Oran del poder de los infieles mahometanos, á 18 de Mayo, el venerable señor cardenal D. Fray Francisco Jimenez de Cisneros, gloria de España y ornamento del Orden seráfico, fundando en ella los tres conventos que llevo referidos, y la iglesia de Santa Maria de la Victoria, por la que lograron sus armas y sus oraciones contra los moros, dando muerte á cuatro mil y haciendo cinco mil esclavos, y desde entónces quedó

agregado su gobierno espiritual á la Santa Iglesia de Toledo, de quien era dignísimo arzobispo, hasta los años 1707 y 1708, en que creciendo nuestras culpas y los enemigos de esta católica monarquía, se perdieron los castillos, se abandonó la ciudad y se rindió á la necesidad la fuerza de Mazarquivir, sin que bastase el ardor de la fe del venerable P. Fray Melchor Rubert, vicario del convento de la Merced, y de sesenta y dos años de edad, que se encerró en el castillo de San Gregorio con solos cincuenta soldados, con ánimo de perder toda la vida en su defensa, como la perdieron, resistiendo primero valerosamente á siete furiosos avances de turcos y moros.

Con la pérdida de Mazarquivir quedaron muchos cautivos cristianos en Orán, sin más consuelo que el recibido en varias ocasiones por la redentora religion de la Merced; pero sus continuos clamores fueron atendidos de Dios, que excitó el fervoroso celo en su honra, en que se abrasaba nuestro católico monarca Felipe V, siempre que se acordaba (y eran muchas veces) de su esclavitud, y de la pérdida de Orán. Juntó en Alicante las naves, pertrechos y tropas que son bien notorias; y eligiendo por capitán general al señor conde de Monte-Mar le dió orden para el recobro de lo que le causaba tanto dolor.

Se hizo á la vela nuestra armada, y el 28 de Junio dió fondo con felicidad en la playa de las Aguadas, una legua al Poniente de Mazarquivir, ántes de llegar á Cabo Falcon. Dia 29 se empezó el desembarco de las tropas; presentáronse en la playa para su oposicion una amontonada multitud de moros; pero el fuege de la artillería retiró con pérdida á los jinetes africanos. Desembarcó la mayor parte de nuestro ejército, hubo algunas escaramuzas con los moros, en que perecieron algunos, ocho se pasaron á nuestro campo, y los demas, hasta el número de 14.000 caballos y 8.000 infantes, se retiraron á la montaña que domina á Mazarquivir y llaman del Santo.

EL SOLDADO CRISTIANO

SONETO

Una vida virtuosa, no sólo te dará celestial y eterna recompensa, sino el terreno logro del amor de tus súbditos y el respeto de tus émulos.

MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

No he de negar que con viril porfía,
rebelde á la razon del mundo he sido,
que es la razon contraria del sentido
que á la santa virtud y al cielo guía.

Yo no admito la audaz filosofía
que la soberbia humana ha producido,
y entre el bien y el error, he preferido
del creyente la humilde rebeldía.

Para mi sólo es Dios, entre la oscura
contradiccion que en nuestro sér contemplo,
Aquél que la aridez tornó en verdura.

El que á la caridad erige templo,
y al descender sublime de la altura,
fué de amor y verdad divino ejemplo.

J. GUILLEN BUZARÁN.

Madrid 8 de Diciembre de 1884.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO Y EL CORONEL SANGENIS

SR. D. ARTURO ZANCADA.

Zaragoza 7 de Diciembre de 1884.

Distinguido y apreciable amigo: Al recibir su honrosa invitacion, me hallaba devotamente ocupado registrando, con todo el amor divino que inspira la patria, unos voluminosos documentos que me habia remitido el sobrino y heredero del insigne coronel, sargento mayor de ingenieros, D. Antonio Sangenis y Torres, el inteligentísimo director de las obras de defensa de esta ciudad S. H. en los sitios inmortales de 1808 y 1809.

Despues de haber examinado gran número de interesantes trabajos científicos é inéditos del sabio profesor de fortificacion en la Academia de ingenieros de Alcalá de Henares, donde explicó en 1804 el nuevo plan de estudios, á propuesta del general don

Antonio Samper, llegué en mi fervoroso entusiasmo á ensimismarme en las páginas de varios cuadernos manuscritos por el héroe aragonés pocos años ántes de su gloriosa muerte, ocurrida durante el segundo sitio, y de una bala de cañon, enfrente del reducto de San José.

Al final del tercer cuaderno hallé con inexplicable alegría, por ser la mejor contestacion á la agradecida carta de V., un *Resúmen de los puntos principales de las obras del marqués de Santa Cruz*; cuyo *resúmen*, escrito por el coronel Sangenis, contiene, en 92 páginas en 4.º, la síntesis exacta de los seis capítulos del libro primero, y cinco capítulos del libro segundo de las famosas *Reflexiones*, que ocupan á los militares más ilustrados de España ochenta años despues.

¡Oh! Si al escribir el héroe de Oran las *Reflexiones Militares* hubiese podido prever que el héroe de Zaragoza habia de inspirar su conducta en los libros que brotaban de aquel claro entendimiento, es seguro que se habria considerado dos veces inmortal, por su obra y por la inmortalidad alcanzada por uno de sus discípulos, cuya importancia científico-militar ha sido reconocida por los más ilustres tratadistas de fortificacion de todas las naciones, que presentan como modelo de defensas la de Zaragoza, y reconocen el especial ingenio de su director el coronel Sangenis, educado en la escuela militar del gran general D. Antonio Ricardos, el más ilustre de los hijos de Barbastro, y en las máximas del esclarecido marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Usted, amigo mio, que es compatriota del coronel Sangenis, nacido en tierra aragonesa, podrá comprender perfectamente mi entusiasta satisfaccion al cerciorarme de la influencia que tuvieron las *Reflexiones Militares* en la sin igual defensa de esta ciudad, á la cual considero como mi amada patria adoptiva.

HONORATO DE SALETA.

EN EL CENTENARIO

del ilustre marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Alza, noble marqués, la egregia frente,
y en torno de la tumba venerada,
mira cómo tu historia acrisolada
congrega á tu nacion, lleva á tu gente.
Dos siglos han pasado, y aún potente
el brillo se conserva de tu espada.
La sabia frase en tu oracion legada
aún es vivo precepto que se siente.
Y si tu pueblo, y la invencible Astúrias,
nunca á las glorias de su suelo extraña
veneran, á través de dos centurias,
á ese tu génio, que jamás se empaña,
probarán que del tiempo las injurias
no borran lo inmortal, que aún vive España.

D. ORTIZ DE PINEDO.

DISQUISICIONES HISTÓRICO-BIOGRÁFICAS

Asi como la tierra gira sin cesar sobre su eje, asi el espíritu humano, en incesante movimiento, parece seguir también los signos de un zodiaco inalterable.

Aquel buen pueblo de Israel, que por voluntad divina entraba á saco las tierras del Cananeo, con sus desfallecimientos, con sus rebeldías y con sus ambiciones, trazó el boceto de la futura humanidad; y desde entónces no han cesado de empujarse unos pueblos á otros, universalizándose la leyenda de la tierra prometida.

Como impulsada por una fuerza superior, marcha la humanidad de Oriente á Occidente, dejando á sus espaldas el incendio y la devastacion; y despues de sestear en los oasis de las tierras conquistadas, continúa su peregrinacion, aguijoneada por aquel grito fatal que turbaba el reposo del judío errante.

Y en este giro vertiginoso á través de los siglos, la batalladora humanidad, despues de pasear sus tiendas por los dos hemisferios, ha llegado á su pun-

to de partida, y las tierras de Canaan son hoy, por raro contraste, aquellas en donde se elevan las pirámides que eternizan el nombre de los perseguidores del pueblo hebreo.

No hay esencial diferencia en los procedimientos entre aquel primer reparto del Asia Menor de los tiempos bíblicos y la distribucion de la herencia suntuosa del gran Alejandro, como no lo hay entre estos despojos sancionados por el triunfo y los que se llevan á cabo por la Roma de los Césares conquistadores, por los déspotas del Norte de Europa, congregados á la voz de Catalina la Grande para tomar parte en el festin en que se sirven los restos de la nacion heroica que dió vida á los Sobieskis y Lenkzinskis, y libró al Austria, en el siglo XVII, de la invasion otomana.

Y la misma codicia que palpitaba en aquellas negociaciones diplomáticas de Luis XIV, que hacian pedazos la España del siglo XVII, en los tratados de los Pirineos y de Nimega, impulsa hoy á los conferenciantes de Berlin, que, bajo la direccion del canciller de hierro, encubren las ambiciones conquistadoras de sus pueblos con todas las artificiosas decoraciones de las últimas fórmulas del derecho internacional; y así como en el último tercio del siglo XVII, segun la frase de un célebre historiador, los espoliadores entraban por las tierras de España á saco como en real de enemigo, así hoy se fijan sobre el Africa todas las codicias de la vieja Europa, como si se temiese que este suelo, ya cansado y estéril, hubiese agotado todas las savias necesarias para nuestra existencia.

Pero sucede hoy, con este desordenado anhelo de las naciones del continente que se disputan el dominio de un vasto imperio colonial, lo que aconteció á aquellos déspotas soñadores de la *monarquía universal*, que, conmoviendo los pueblos, hiriendo todos los intereses y todos los derechos, despiertan los dormidos rencores; los espoliados se unen, y las tempestades se preparan, á pesar de todas las voluntades, de todas las conferencias y de todos los diplomáticos.

Por triste coincidencia, ahora, como en los primeros años del siglo XVIII, las victimas del último dividendo de los grandes accionistas de Suez y del Níger, son España, y principalmente Portugal, que se ve hoy aislado ante las grandes potencias, tal vez en expiacion de la indiferencia con que en aquel infortunado periodo de nuestra historia miró la causa de nuestra independencia, uniéndose á los enemigos del nombre español.

Aparte de derechos más ó ménos confirmados sobre las tierras de Africa, puestos hoy en litigio, pueden España y Portugal aducir los que se derivan de su respectiva situacion topográfica, de sus venerandas tradiciones y de los intereses generales de la paz universal, pues cuando España habia llegado á su más brillante apogeo, nuestra grandeza estremecia á los filántropos amantes de la paz y del equilibrio europeo; y hoy no les ocurre temer á los modernos colosos que nuestra debilidad pueda ser causa de que, por circunstancias inversas, se produzca ese desequilibrio, que turbe la tranquilidad de Europa y detenga la marcha triunfante de la civilizacion.

Nada más oportuno en estos momentos que volver por tan sagrados fueros, á la vez que invocar los que directamente atañen á la defensa y el engrandecimiento de nuestra patria.

Porque la patria no es sólo el pedazo de tierra limitado entre los Pirineos y las costas, como el hogar no es sólo el espacio que se encierra en los reducidos muros de nuestras viviendas. La luz y el aire que entran por nuestra ventana, forman parte de nuestro hogar; y consideramos como una propiedad sagrada el puñado de tierra que cubre las venerandas sepulturas de nuestros padres.

Pues esas naciones que intentan fijar sus reales frente á nuestras costas, vienen á quitarnos corrientes de aire necesario á nuestros pulmones y á arrebatarlos las tierras regadas con la sangre española, y sobre las que se hallan esparcidos los

restos de nuestros antepasados, á los que debemos cristiana y respetada sepultura.

Y en tales circunstancias, como si no fueran bastante á solicitar nuestra atención estos generosos y naturales sentimientos; como si no excitaran sobradamente nuestros celos esas naves cubiertas de hierro y torres artilladas que cruzan el Mediterraneo en demanda de las vecinas costas de Berbería, en estos momentos de duda, de temor, de ansiedad, se levanta ante nuestros ojos, como por evocacion providencial, la figura majestuosa y severa del soldado ilustre que entregó su vida por conservar para España un pedazo de tierra africana.

Si esa sombra venerada no es sólo una vision fugaz de unos cuantos cerebros desvanecidos por idealismos irrealizables, y por virtud de este suceso hoy vuelven la vista al mártir de Oran todos los que mantienen vivo en su corazón el sentimiento de la patria, no habrá sido estéril el sacrificio de aquel buen soldado, y el marqués de Santa Cruz, que en vida tanto y tan bien sirvió á su patria, al estorbar con su pecho el victorioso empuje de la arrogante morisma, habrá prestado, despues de su gloriosa muerte, un último y señalado servicio.

Si; hay necesidad de creerlo: la nacion entera se asocia al homenaje debido á tan esforzado patricio, y rinde tributo al bizarro defensor de Oran.

Allí, en aquella tierra que añadió á nuestros dominios la sabia y previsora política de aquel reinado glorioso que señala el renacimiento de España, noléjos de las gargantas de Sierra Bullones, regadas tambien con sangre española, cayó destrozado por el plomo enemigo uno de los hombres más grandes que ha tenido España, en quien vivían felizmente hermanadas todas las grandes virtudes, todos los resplandores de los mejores días de nuestra raza; pues al valor legendario que caracteriza las épicas leyendas de la Reconquista, unía toda la grandeza de sentimientos de los más exaltados tiempos del romanticismo, y toda la cultura que pudieran atesorar los más ilustres hablistas de nuestro siglo de oro; mezclándose entre estas cualidades, como por adivinacion ó presentimiento, un espíritu científico de investigacion y de crítica, tan extraño al ambiente de su tiempo, una tendencia filosófica tan positiva y tan humana, que aún hoy muchos de sus pensamientos parecen léjos de sazón en nuestro lento progreso, y hay que salvar las fronteras y buscar los libros de los más avanzados pensadores de Europa para hallar autorizada sancion á sus profundas reflexiones.

La intuicion y transparencia de su clarísimo ingenio le facilitaron medios para dominar las más arduas y difíciles empresas, y así se le va viendo más grande á medida que se examina cada nueva faz de esas múltiples manifestaciones en que se revela cómo soldado, como político, como diplomático y como pensador.

En sus primeros pasos como diplomático, desplega condiciones tan excepcionales, que llaman la atención de las córtes de Europa, bastando, como demostracion de sus aptitudes especialísimas y de la singularidad de su elevado carácter, el citar aquella réplica tan hábil y tan intencionada que dirige en el Congreso de Soissons al primer ministro de la Gran Bretaña: «Sabed mi querido Valpole, que yo soy muy hombre de bien para aceptar la embajada de Inglaterra, porque bien sé que lo primero que haceis los ingleses en el momento de llegar el embajador de cualquier príncipe, es ofrecerle una pension para que descubra los secretos é intenciones de su soberano; si rehusa, le declarais la guerra hasta desconceptuarlo, y yo soy demasiado noble para hacer una traicion, y me amo lo bastante á mi mismo para que desee malquistarme con el Rey mi amo.»

La penetracion y el equilibrio de sus facultades se nota con sólo fijarse en el enunciado de las tres direcciones que sucesivamente dió á su actividad intelectual.

Educado entre las violentas convulsiones del campamento, la necesidad de dictar leyes y consejos

para la guerra era natural que fuese la principal ocupacion de su entendimiento. Inmediatamente, los estudios de la ciencia económica, apenas bosquejada por las lucubraciones de Colbert, ocupan toda su atención; porque, hombre práctico, no desconoce que tan importante y tan perentorio como la defensa de un país, es buscar por todos los medios el desarrollo de su produccion y de su comercio.

A la vez que abordaba tan importantes cuestiones, surgió á la imaginacion del pensador un problema urgente, que sigue palpitando con el mismo interés que en los momentos en que el ilustre Santa Cruz inició con su grandioso proyecto de diccionario la Enciclopedia que más tarde, aunque con distinta tendencia, llevaron á cabo Diderot y D'Alembert, preparando así la gran trasformacion de las ideas y del derecho moderno.

No puede haber, en efecto, empresa más digna de un hombre que tiene verdadera conciencia de su mision, que la de organizar esos primeros elementos de la vida intelectual, esas definiciones que resumen lo abstracto, condensando en una palabra, en una frase, todos los movimientos del espíritu humano, restableciendo por este medio en toda su pureza, una moral intelectual esencialísima, para que sea posible el trato social, y la palabra tenga un valor tan absoluto como el guarismo, y las frases, emancipadas de sus diferentes acepciones, sean lazo cariñoso de los hombres y de los pueblos, y no jeroglífico oscuro que, perturbando su razon, los condene á vivir entre alarmantes inquietudes y eternas disputas.

Ningun triunfo más completo para la humanidad que el que por el esfuerzo de esta constante labor del espíritu, á que prestó tan asiduo calor el marqués de Santa Cruz, se arribe á un punto tal de precisión y de claridad en el lenguaje, que pueda firmarse una universal protesta contra el pesimismo de aquellas amargas frases que el gran trágico inglés pone en boca de Hamlet; y que, perennemente destruida aquella negacion tan magnífica como abrumadora, repita la humanidad sin cesar: *hechos, hechos y hechos.*

Por la prematura muerte del esforzado defensor de Oran, quedaron por entónces en proyecto los vastos planes del *Diccionario universal*, y sin continuar los tomos de las *Reflexiones Militares*, dejando como la más completa revelacion de su genio once volúmenes publicados de esta última obra, en la que se encuentran los más sazonados frutos de aquel privilegiado talento.

Basta una rápida lectura para persuadirse de que la mayor parte de los progresos é ideas que á nuestra época se atribuyen, habian sido ya por su sagaz inteligencia insinuadas, cuando no claramente desenvueltas.

Por cualquier parte que se hojeen sus libros, se encuentra fácil confirmacion de este hecho.

Se trata de fijar las condiciones principales para hacer un ejército aguerrido, y, entre otras, el marqués de Santa Cruz recomienda:

Disciplinar á los soldados desde la paz. Comenzar á ejercitarlos en las pequeñas funciones de guerra; despues en las grandes.

Casi dos siglos más tarde, adquiere gran notoriedad el famoso plan de instruccion y de manobras en los mismos términos en que lo proponía el marqués de Santa Cruz en las anteriores líneas.

La infantería montada ha pasado por ser una novedad, y suscita ahora mismo interesantes polémicas, por el éxito con que ha sido ensayada en diferentes países. Si se generalizase su introduccion en los modernos ejércitos, ¿cómo se podría olvidar que el marqués de Santa Cruz proponía ya en su obra que se diera á cada regimiento de infantería una compañía de caballería y á cada regimiento de caballería una de infantería, y que se acostumbrasen los infantes á montar en la grupa?

La importancia del ataque y defensa de los flancos, no sólo no fué ignorada por el marqués de Santa Cruz, sino que aconsejó prudentes disposiciones:

«Jamás podrán abrazar mi flanco los enemigos sin gran riesgo,» decía; y decía bien, por la espe-

cial solicitud y hasta preferencia con que atendía en sus formaciones á la fuerza de los costados con relacion á la del frente.

Que las líneas de tiradores cubran las reservas. ¿Se quiere ver esta proposicion axiomática de nuestra táctica moderna, prescrita ya por el insigne general que nos ocupa? Pues hé aquí cómo la presenta:

«Hasta hallarse á tiro de fusil, ¿quién te embaraza de cubrir con una simple fila de los más inmediatos soldados de tropas sueltas, diversos intervalos para que los artilleros enemigos no distingan dónde están las tropas de mucho ó de poco fondo?»

La ofensiva táctica es hoy muy discutida; pero los alemanes la prefieren, y sus partidarios son muchos. Tambien la prefería el marqués de Santa Cruz.

En fin, en el problema táctico por excelencia, en la cuestion del fuego, el marqués, no sólo preconiza ya la necesidad del tiro rápido, sino que él mismo inventa un nuevo fusil, cuyas principales condiciones no difieren *esencialmente* de las de nuestro moderno armamento.

Segun ya hemos indicado anteriormente, si como organizador y como táctico pudo ser con justicia el maestro de Federico de Prusia, como pensador y como moralista demuestra un profundo conocimiento del corazón humano, y sus máximas pueden servir eternamente de provechosa enseñanza á los príncipes y á los pueblos.

¿Cuánta prevision y sagacidad revelan las siguientes líneas, cogidas al azar de sus libros!

«A Príncipe de nacion belicosa le es preciso de tiempo en tiempo la guerra forastera para librarse de la civil, gastando así en la primera los turbulentos humores de sus vasallos, que, dejados crecer, ocasionarian á los pueblos la peligrosa enfermedad de la sedicion.»

Sus pensamientos respecto á las relaciones de un general con sus subordinados, forman reglas de conducta de un valor inapreciable.

Véase si en las siguientes frases es posible pedir más discrecion y más conocimiento del arte de mandar:

«No seas tan amigo de tu dictámen que, por excusar el ajeno, pase por certidumbre de necedad tu presuncion de sabiduría. Tus oficiales creerán que los tienes por ignorantes si nunca te vales de su opinion; y si á veces te sirves de ella, lograrás tantos parciales como consejeros, pues cada uno se interesa más en el éxito de la operacion á que contribuye con su consejo.»

«El escuchar diferentes opiniones no disminuye tu prestigio, pues bastante gloria te resultará de haber escogido el mejor consejo.»

En tres líneas formula despues un concepto tan claro de las consecuencias de la parcialidad y de la injusticia, que es imposible concebir una sintesis más clara y afortunada:

«Con premiar al digno se estimula á otros á serlo; y con adelantar al que no lo es, el bueno se hace malo, y el malo peor.»

Pocas máximas señalarán tan oportuna y exactamente como ésta la razon y el origen de una gran parte de las desdichas que afligen á nuestro país.

Las consecuencias de la injusticia y arbitrariedad de los gobernantes son mucho más trascendentales de lo que ordinariamente se cree. Porque el mal no se circunscribe al hecho importante de que los cargos provistos en personas ineptas sean mal desempeñados. Se extiende, y origina una serie de efectos morales mucho más desastrosos. La elevacion de un hombre vulgar, ó conocidamente inepto, á un alto puesto, produce en todos los de condiciones semejantes un febril é inquieto deseo de exaltacion aná-

loga. Y, por el contrario, los hombres superiores, aquellos que todo lo aguardan del trabajo silencioso y profundo, de la paciente acumulacion de méritos, caen en un desaliento terrible, que se resuelve por un retraimiento absoluto de todos los grandes centros de la actividad social.

Aptitudes notables son restadas de los puestos en donde podían influir con su talento en bien de la patria, y la *seleccion* tiene así, por tanto, lugar en las más absurdas condiciones. Porque es *lo bueno* lo que se pierde por los amplios espacios de la triste criba del nepotismo, y es *lo malo* lo que se retiene, la ineptitud la que se impone y la que dirige por los más torcidos rumbos los asuntos públicos.

Aunque no es posible ni sería patriótico ocultar estos aspectos generales de la sociedad presente, cada vez más atraída hacia la arbitrariedad, y más rebelde á inspirarse en altos y generosos ideales, no puede desconocerse tampoco que del fondo de todas las conciencias, aún de las más alejadas de toda idea de moral y de perfeccion, se exhalan quejas, protestas y anhelos, que traducen la aspiracion de emprender cuanto ántes una tarea de reconstitucion en nuestras costumbres.

Y una prueba de estas favorables disposiciones de la opinion se halla en el solemne homenaje que hoy se rinde á las virtudes de un esforzado patricio, señal indudable del propósito de buscar inspiraciones en esos grandes ejemplos tanto tiempo olvidados.

Como el extraviado caminante que perdió torpemente su ruta, volvemos al punto de partida, y retrocediendo dos siglos, escuchamos hoy la voz cariñosa de aquel sabio maestro, de aquel estimable amigo, que este titulo cuadra mejor al que nos da sus consejos como íntimas confidencias, como bondadosas reflexiones hechas al camarada, al hermano.

Procuramos, pues, que no sean perdidas las provechosas lecciones de su saber y su experiencia, y hagamos de su libro consulta frecuente y detenido estudio; pues además de ser ésta la mejor manera de honrar la memoria de tan insigne general, cumpliremos así con la obligacion en que estamos de contribuir con todas nuestras fuerzas al perfeccionamiento y á la grandeza de las instituciones militares.

ARTURO ZANCADA.

SONETO

No adornaré tu helada sepultura,
De la patria glorioso monumento,
Con flores que, azotadas por el viento,
Perdieran su fragancia y su hermosura;
No con llanto de fúnebre amargura,
Tampoco he de regarlo, que sediento
Del Sol, lo evaporara en un momento
El rayo ardiente que eternal fulgura,
Tu heroica muerte, tu eternal renombre
En tu memoria cantará inspirado.
Fugaz ó débil, cuanto hiciera el hombre
En honra de tu mérito afamado,
Sólo en tu losa grabaré tu nombre,
Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

MIGUEL CARRASCO LABADÍA.

ESCENAS DE UN CENTENARIO

ESCENA PRIMERA

Salon elegante de un círculo de recreo. Una mesa con periódicos. Cerca de esta mesa, formando grupo, el marqués de X*, el conde de V** y el baron de Z***.

MARQUÉS. ¿Cómo estuvo Lagartijo?
BARON. Mucho mejor que Frascuelo; yo ántes era frascuelista, ahora soy lagartijero.
MARQUÉS. Lagartijista, se dice.
BARON. Es lo mismo, segun pienso.
CONDE. Pues yo soy mazzantinista.
MARQUÉS. Conde, no puedo creerlo. Luis Mazzantini es valiente, como matador... hiriendo

y manejando el capote... es matador, no es torero.

CONDE. ¿Qué le falta á Mazzantini?
MARQUÉS. Cuando usted pregunta eso, no tiene *sangre torera*.
CONDE. Ni la tengo, ni la quiero.
BARON. (Leyendo en un periódico.) Santa Cruz de Marcenado... Conde, ¿qué sabe usted de esto?
CONDE. (Tomando el periódico y leyendo en el lugar señalado.) ¡Es muy raro! Yo ignoraba que tuviese tanto mérito; ¡al marqués un centenario! No le juzgaba tan viejo.
MARQUÉS. ¿Y de qué marqués se trata?
CONDE. Del que todos conocemos; del de Santa Cruz; parece que nació en mil setecientos... ¡Si es segundo centenario!
BARON. Aguarde usted... Ya recuerdo, há un mes recibí una carta en que me piden dinero... sí... sí... para el centenario de un tal vizconde del Puerto, Don Alvaro Navia-Osorio, que fué marqués, segun creo, y escribió un libro notable titulado... no me acuerdo.
MARQUÉS. Han dado las dos y media, y hoy los toros son de empeño.
BARON. Sí, sí, vamos; adios, conde.
MARQUÉS. ¿A la noche nos veremos en casa de la duquesa?
CONDE. Sí, señor.
MARQUÉS. Pues hasta luégo.

ESCENA SEGUNDA

Una taberna.—Algunos parroquianos tomando copas, unos de pié y otros sentados.

1.º PARROQUIANO. ¿Qué corrida la del martes!
jamás la he visto peor; esos toreros de invierno, ni son toreros, ni son...
2.º PAR. No digas eso, Matute, porque el Grajo es un *chavó* que puede dar quince y falta...
1.º PAR. ¿Qué sabes tú, Castañon, de toros ni de toreros?
2.º PAR. ¿Y tú sabes más que yo?
1.º PAR. Más que tú cualquiera sabe.
3.º PAR. Haya paz, que no es razon armar gresca por toreros, que de todos, el mejor, si Curro Montes le viese... vamos... es la *perdicion*.
1.º PAR. No sea usted mala lengua, si usted nunca á Montes vió, si habla porque tiene boca.
3.º PAR. Vamos, el sabio mayor Es el *señor del Matute*.
1.º PAR. Y no digo á usted que no.
3.º PAR. ¡Puede!... Si usted sabe tanto me dará la explicacion de ese *bullicio que anda* con un marqués que es autor...
1.º PAR. Pues siendo marqués... ¡te veo! sería un *gran señoron*, de esos que viven holgando, mientras el trabajador suda y muere de miseria...
3.º PAR. Amigo, se equivocó; ese marqués, segun dicen, era hombre muy superior, y escribió un libro muy bueno, y en un combate murió.
2.º PAR. No crea usted tales cosas; la burguesia es atroz, inventa esas mojigangas, como la de Calderon, por su *propia fantasia*; pero un burgués ó un señor siempre es malo, muy *remalo*...

3.º PAR. ¡Hombre, qué exageracion! Mi maestro era muy rico y conmigo *se portó*.
2.º PAR. Eso pasaba *denantes*, pero eso no pasa hoy; ahora siempre es el maestro un grandísimo bribon.
1.º PAR. Hay novillos en Vallecas y acaban de dar las dos; venid conmigo á la plaza y no haya más *escision*.
3.º PAR. Pues, vámonos á Vallecas.
2.º PAR. Si convidas, allá voy.
1.º PAR. Cuando digo que vengais, claro está que pago yo.
3.º PAR. Pues andando.
2.º PAR. Pues andando.
1.º PAR. Queden ustedes con Dios. (Dirigiéndose á los que se quedan en la taberna.)

ESCENA TERCERA

Gabinete de estudio.—El autor escribe un breve rato, y despues lee lo siguiente:

Aún es verdad lo que excitara un tiempo La justa indignacion de Jovellanos; Aún vive aquel *chispero* tan inculto, Aún alienta aquel noble degradado. Aún España en la plaza de los toros Es trasunto de aquel pueblo romano, Que ajeno á la virtud, siervo del vicio, Esclavo fué de monstruos coronados. ¡insigne tratadista de milicia, Marqués de Santa Cruz de Marcenado! Si hoy tu fama no llega á la que gozan Los toreros de invierno ó de verano, Un dia lucirá, yo te lo fio, En que de Iberia el férvido entusiasmo Tu nombre escribirá con letras de oro, En alto pedestal de duro mármol. Un dia lucirá ¡glorioso dia! En que el fundido bronce modelado, Eterna vida prestará á tu imágen, Y recuerdo será del Centenario En que hoy comienza á memorar tu patria Al erudito, al escritor preclaro, Y al caudillo de Oran, que heroicamente Murió venciendo al bárbaro africano.

LUIS VIDART.

Madrid 26 de Noviembre de 1884.

AUTORIDADES QUE DECLARAN EL MÉRITO

del marqués de Santa Cruz de Marcenado y de sus «Reflexiones Militares.»

AMPLIACION A LAS NOTICIAS PUBLICADAS EN ANTERIORES NÚMEROS DE ESTA REVISTA

Almirante (José).—«Bibliografía militar.» Madrid, 1876.
Aguilar (conde de).—«Reflexiones Militares.» tomo X.
Aitona (marqués de).—Id., id.
Albertos (marqués de).—«Historia del Colegio de San Bartolomé de Salamanca.» 1860.
Álvarez de Baena (José Antonio).—«Hijos ilustres de Madrid.» 1789, tomo II, pág. 244.
Anónimo.—«Histoire de l'empire des cherifes d'Afrique.» Paris, 1733, 8.º
Anónimo.—«Retrato de los españoles ilustres.» con un epitome de sus vidas: Madrid, 1791. Publicacion oficial por orden del Gobierno.
Anónimo.—«Biografía» en «La Ilustracion Gallega y Asturiana.» núm. de 10 de Abril de 1879.
Anónimo.—«Biografía y noticias» en la «Biblioteca Militar Portátil.» dirigida por el brigadier don Leoncio Rúbio de Celis.
Altolaguirre (Angel), oficial primero de Administracion Militar.—«Biografía» premiada en el certámen del Centro Militar: 1884.
Anónimo.—«Biografía en el «Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos.» por



MEDALLA CONMEMORATIVA, CUYA ACUÑACION HA SIDO ACORDADA POR LA JUNTA DIRECTIVA DEL CENTENARIO

*El Marq^{te} de Santa Cruz de
Marcenado*

FIRMA Y RÚBRICA DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ EN 1725.

*El Marqués de Santa Cruz
de Marcenado*

FIRMA Y RÚBRICA EN 1728.

- los Sres. Zarco del Valle y Sanchez Rayon: Madrid, 1863.
- Barcia (Andrés de).—«Adición á la Biblioteca Oriental.»
- Canella y Secades (Fermin).—«Historia de la Universidad de Oviedo.»
- Carrion Nisias (el coronel).—«Ensayos sobre la Historia general del arte militar.»
- Castañon (Luis).—«Reflexiones Militares:» tomo iv.
- Clariana y Gualves (Antonio).—«Reconquista de Oran.»
- Clonard (conde de).—«Historia orgánica de las armas de infantería y caballería:» Madrid, 1851.
- Colmeiro (Manuel).—«Biblioteca de economistas españoles de los siglos xvi, xvii y xviii:» Madrid, 1861.
- Contreras (Juan Senén).—«Compendio de las Reflexiones Militares:» Madrid, 1787.
- Coxe (Guillermo).—«España bajo el dominio de los Reyes de la familia de Borbon,» traduccion del francés, 1836. Hay tres traducciones al español: una de D. José Gonzalez Carvajal; otra de don Jacinto de Salas y Quiroga, y la tercera de don Rafael Sevillano Carrasco y Labadía (Miguel), teniente de caballería, premiado con el segundo premio en el certámen del Centro Militar: año 1884. Manuscrito.
- Diana (Manuel Juan).—«Capitanes ilustres:» Madrid, 1851.
- Diez Gonzalcz (Santos).—«Apologia de la literatura española.»
- El príncipe Eugenio de Saboya.—«Reflexiones Militares,» tomo x.
- Fernandez de Navarrete (D. Martín).—«Biblioteca marítima,» obra póstuma.
- Federico de Prusia.—«Archivo de los marqueses de Santa Cruz de Marcenado.» Manuscrito.
- Feijóo.—«Teatro crítico:» tomo i, discurso 15, y tomo iv, discurso 1.º
- Fuertes Acevedo.—«Biografía premiada con mencion honorífica en el certámen celebrado por la Junta directiva del Centenario.»
- Folard (el caballero).—«Comentarios á la Historia de Polibio:» Amsterdam, 1759.
- García de la Huerta (Vicente).—«Biblioteca militar:» Madrid, 1860.
- Gonzalez de Posada (Cárlos).—«Memorias históricas del principado de Asturias:» Tarragona, 1794.
- Guibert (conde de).—«Ensayos de táctica.»
- Gregoire (Luis).—«Diccionario enciclopédico,» traducido al español: Paris, 1874, tomo ii.
- Hernandez Raimundo (Pedro).—«Biografía del marqués de Santa Cruz de Marcenado:» ILUSTRACION NACIONAL.
- Labauve (Eugenio).—«Manuel de l'officier d'Etat Major:» Paris, 1825.
- Langier de Tasy.—«Historia del reino de Argel,» traduccion al español de D. Antonio Clariana: Barcelona, 1733.
- Langlet (el abate).—«Methode pour étudier la géographie:» Paris, 1742, tomo xii.
- Larouse.—«Diccionario enciclopédico:» Paris, 1880.
- Lobo (Eugenio Gerardo).—«Obra poética:» Madrid, 1738.
- Luence y Ponce (Pedro).—«Principios de fortificación:» Barcelona, 1772.
- Macanaz (D. Melchor de).—«Biografía:» 1738. Manuscrito en la biblioteca de D. Joaquin Maldonado Macanaz.
- Maldonado Macanaz (D. Joaquin).—«Biografía» en el *Semanario Pintoresco*: 1853.
- Manrique y Arenzana (D. Juan Francisco).
- Madariaga (D. Juan), capitán de infantería de Marina.—«Biografía» premiada con mencion honorífica en el certámen del Centenario: 1884. Manuscrito.
- Menendez Valdés (Gregorio).—«Avisos históricos y políticos del capitán...» Madrid, 1774.
- Miñano (Sebastian de).—«Diccionario geográfico estadístico de España y Portugal:» Madrid, 1826-29, tomo v.
- Miravel y Casadevante (José).—«El Gran Diccionario histórico de Luis Moreri,» traduccion del francés: Madrid, 1750.
- Mr. du Real.—«Ciencia de gobierno.»
- Pasarón y Lastra (Ubaldo).—«Milicia y organización:» Habana, 1861, tomo iv.
- Ponzano Martin.—«De Hispaniarum litteratura.»
- Peralta y Barnuevo (el doctor).—«De la pasión y triunfo de Jesucristo:» Lima, 1738.
- Rios (Vicente de los).—«Discurso sobre los inventores de artillería:» Madrid, 1763.
- Rocquancourt.—«Arte é historia militar.»
- Sabasona (baron de), catedrático de Economía política de la Universidad de Sevilla.—Carta dirigida á D. Luis Vidart, de que se da noticia en LA ILUSTRACION NACIONAL.
- Salazar (D. Luis de).—«Reflexiones Militares,» tomo x.
- Salas (Francisco Gregorio).—«Poesias:» Madrid, 1783.
- San Felipe (marqués de, D. Vicente Bacallar).—«Comentarios de la guerra de España.»
- Sangenis.—«Estudios de fortificación» (inéditos): 1808.
- Santibañez.—«Discurso preliminar de la traduccion de las novelas de Marmontel.»
- San Miguel (Evaristo).—Prólogo á la obra «Capitanes ilustres,» 1851.
- Salas (Javier), teniente coronel de artillería.—«Biografía,» premiada con mencion honorífica en el certámen del Centenario: 1884.
- Trelle de Villademoros (José Manuel).—«Asturias ilustrada:» 1736-39-60, tomo ii.
- Trévoux «Memorias de.»—Paris, 1733.
- Vallecillo (Antonio).—«Apologia:» Madrid, 1883.
- Vergy (Mr. de).—Traduccion de las «Reflexiones Militares:» Paris, 1738.
- Vidart (Luis).—LA ILUSTRACION NACIONAL, 1884, y «Biografía» en el *Almanaque de La Ilustración Española y Americana*: Madrid, 1884.
- Villamartin (Francisco).—«Napoleon III y la Academia de ciencias:» 1864, y en la última coleccion de sus obras, 1883.